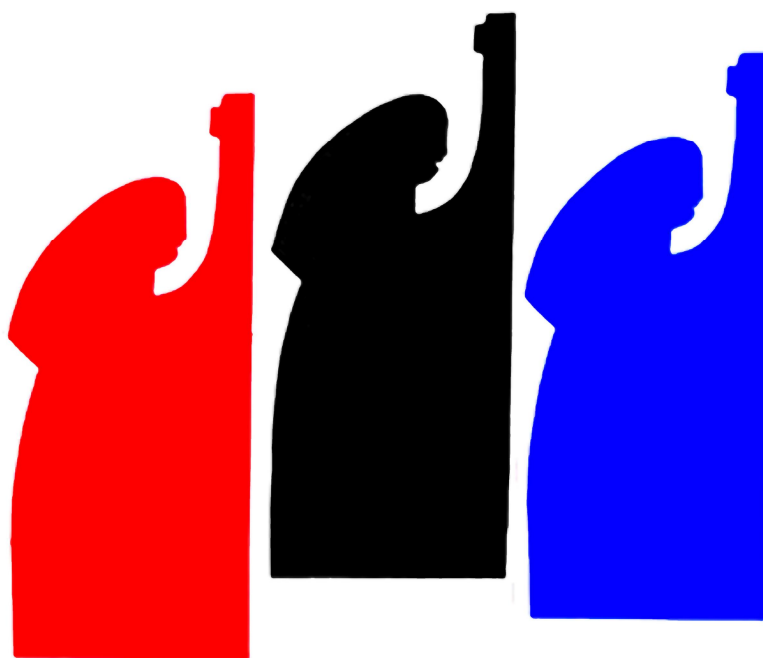


# **Alianza y autonomía: las estrategias políticas del movimiento de mujeres en Nicaragua**

*Gema Santamaría*



Para las mujeres nicaragienses que siguen haciendo la revoluci3n m1s dif3cil de todas:  
contra el patriarcado y la discriminaci3n

## **Índice**

<b>Prólogo</b>	p. 5
<b>Introducción</b>	p. 6
<b>Reflexiones teóricas</b>	p. 13
Perspectiva feminista: algunos conceptos clave	p. 14
Movimiento de mujeres en Nicaragua: sandinistas y feministas	p. 17
Enfoques teóricos sobre los movimientos sociales: visiones tradicionales y visión feminista	p. 18
La política de identidad y el movimiento de mujeres	p. 24
El Estado y su carácter patriarcal	p. 28
Autonomía y acción política	p. 36
 <b>Orígenes del movimiento de mujeres en Nicaragua</b>	 p. 38
Liberalismo e independencia: las mujeres como individuos “iluminados”	p. 38
Los “calandracas”: mujer y discurso ilustrado	p. 40
La primera ola del movimiento de mujeres: las sufragistas	p. 45
La primera ola en Nicaragua: Toledo de Aguerri y las ilustradas	p. 48
La Dinastía Somoza y las mujeres del Partido Liberal	p. 50
“Del dicho al hecho...”: los primeros años de la dinastía	p. 50
El Ala Femenina del Partido Liberal: las somocistas en el poder	p. 54
Las feministas nicaragüenses no son “hijas de Sandino”	p. 56
 <b>Las compañeras de la revolución: el movimiento de mujeres en Nicaragua durante la Revolución Sandinista</b>	 p. 60
Cuando el movimiento de mujeres se volvió popular: la segunda ola y su contexto	p. 61
Prosperidad en los números, descontento social en las masas: contexto político y económico de la segunda ola	p. 61
La segunda ola: hablar de feminismo en plural	p. 66
La segunda ola en Nicaragua: las compañeras de la revolución	p. 71
La revolución sandinista: todos unidos contra el dictador	p. 71
Las mujeres y la revolución sandinista: el caso de AMNLAE	p. 74

“No hay revolución sin emancipación de la mujer. No hay emancipación sin Revolución”	p. 81
<b>“Ser mujer” como estrategia política: el movimiento de mujeres en la etapa pos- sandinista</b>	p. 82
El movimiento de mujeres se globaliza: el contexto de los noventa	p. 84
La democracia formal llega a América Latina y el neoliberalismo, también	p. 84
Las ONGs y el ascenso de las expertas	p. 88
Las nicaragüenses frente al Estado: “ser mujer” como estrategia política	p. 94
El gobierno de Violeta Chamorro: neoliberalismo y conservadurismo	p. 94
El movimiento feminista en los noventa: el caso de la Red de Mujeres contra la Violencia	p. 99
Las mujeres nicaragüenses: ni sandinistas ni individuos del mercado	p. 105
<b>Conclusión</b>	p. 106
<b>Anexo</b>	p. 111
<b>Bibliografía</b>	p. 112

## Prólogo

Con todo lo académicamente incorrecto que pueda ser, decidí escribir un prólogo para esta investigación. Así, en primera persona, pues es la única que verdaderamente soy (no me considero tercera y mucho menos primera persona del plural).

Esta tesis está escrita por una mujer nicaragüense, residente en México desde hace varios años. Feminista por convicción.

Hasta aquí las razones por las cuales elegí este tema no parecen evidentes. ¿Cuántos autores no prefieren escribir sobre algo que les permita establecer una sana distancia, una incuestionable objetividad? Para bien o para mal, muchos. Al hacerlo, colocan entre el “objeto” de estudio y ellos (el sujeto) una barrera que simula la cuarta pared que erigían los actores de teatro para mantener la sangre fría ante la pasión del público.

Yo decidí quitar la cuarta pared. Reconocer que entre las mujeres nicaragüenses y yo no hay una relación sujeto-objeto, sino una relación subjetiva que me impulsó a realizar este estudio.

Un mes antes de nacer, mientras mis padres se dirigían a Masaya para huir del ataque de la Guardia a la capital nicaragüense, un grupo de guerrilleros sandinistas quiso arrebatarles la comida y la leche que llevaban para subsistir varios días. Una miliciana lo impidió: “la compañera está embarazada”, dijo. Y los dejaron ir.

Durante la lucha revolucionaria mi mamá sacaba planos de la ciudad de la facultad de arquitectura donde estudiaba para entregárselos camufladamente a los sandinistas. Años más tarde, mi abuela escondía a sus hijos en un hueco de tierra que había cavado detrás de su finca para impedir que se los llevaran a cumplir con el servicio militar que impusieron los sandinistas cuando llegaron al poder.

A los doce años recibí de manos de Violeta Chamorro un reconocimiento por ser alumna destacada. Le di las gracias a Doña Violeta, como todos le llamábamos. Ella no era la presidenta, era la madre de todos los nicaragüenses.

Hoy, la imagen de la mujer nicaragüense ya no es representada por una guerrillera con un rifle AK-47 en el hombro y con uniforme verde olivo. Hoy, la mujer nicaragüense es la modelo escultural de la cerveza “Toña” que luce el mismo bronceado y los mismos lentes de sol que todas las mujeres de este mundo globalizado.

Aún así, el movimiento de mujeres sigue luchando. Las nicaragüenses se niegan a aceptar opciones identitarias que las hagan “sandinistas” o “individuos del mercado”. Quieren ser “mujeres”, con todo el proceso de interiorización y politización que ello implica.

“Una no nace mujer, se hace” dijo Simone de Beauvoir. Y eso es justamente lo que las nicaragüenses estamos haciendo. Desde este estudio, va una humilde aportación para el entendimiento de este proceso.

## Introducción

Máxima

En verdad en verdad les digo:  
No hay nada más poderoso en el mundo  
que una mujer.

Por eso nos persiguen.  
*Gioconda Belli, poeta nicaragüense*

Las mujeres nicaragüenses, al igual que miles de mujeres en América Latina y en el resto del mundo, se han movilizado desde hace siglos en el ámbito público para erigir sus demandas y para denunciar la exclusión que han experimentado por razón de su género. Tanto las nicaragüenses como el resto de mujeres que conforman esa categoría llamada “movimiento de mujeres” decidieron, desde distintos escenarios y contextos históricos, romper el silencio y hacer uso de un espacio que, tradicionalmente, les ha sido negado por el hecho de ser mujeres: el espacio público. Con ello, han desafiado el estereotipo tradicional de la mujer como mero objeto pasivo de la historia y han logrado proyectarse como sujetas y protagonistas de la misma.

El movimiento de mujeres en Nicaragua da cuenta de esa historia trazada por años de lucha y transformación. Pero además, permite entender un proceso que no se detiene en las fronteras de dicho país centroamericano, sino que es extensivo a la movilización de las mujeres latinoamericanas y tiene referentes en las oleadas del movimiento a nivel mundial. En este sentido, Nicaragua no es un caso de estudio aislado, sino que provee variables explicativas para estudiar los movimientos de otros países. Esto se debe a dos razones principalmente. En primera, a que la movilización de las nicaragüenses ha sido una de las más fuertes y visibles en América Latina. Sobre todo a partir del triunfo de la revolución sandinista, se convirtió en un verdadero movimiento popular compuesto por los sectores más diversos de la población y logró superar la estructura de clase media que ha limitado los alcances del movimiento en la mayor parte de los países latinoamericanos. La segunda razón, quizás la más importante, es que Nicaragua ha experimentado una serie de transiciones políticas que ofrecen evidencia empírica sobre la relación Estado/elites políticas- movimiento de mujeres. En específico, la transición que se presentó en los noventa, de un Estado más interventor y basado en un discurso socialista a un Estado neoliberal y basado en un modelo de economía de mercado, permite establecer una serie de pautas acerca de las oportunidades y obstáculos que presentan cada uno de estos modelos o discursos para los movimientos de mujeres.

La presente tesis tiene como objetivo general estudiar la relación que se presenta entre un movimiento social como es el movimiento de mujeres y el Estado. Esta inquietud se fundamenta en la creciente importancia que los actores de la sociedad civil han adquirido tanto en el ámbito nacional como en el escenario internacional. El Estado, una vez considerado el actor central por

excelencia de las relaciones internacionales, ha ido perdiendo importancia y legitimidad. Otros actores no tradicionales, como los movimientos sociales, las organizaciones no gubernamentales o los organismos internacionales, han ido ganando terreno como actores que atraviesan fronteras y nacionalidades y crean redes de solidaridad basadas en identidades diversas. Estos actores, además, han sabido incorporar los intereses de sectores específicos de la sociedad civil que no han sido escuchados ni representados por los actores políticos tradicionales, como el Estado, los sindicatos o los partidos políticos.

Las mujeres han sido uno de los grupos sociales más ignorados por estos últimos, lo cual, aunado a una cultura patriarcal y a un sistema político económico de dominación masculina, ha llevado a la creación de movimientos de mujeres que buscan responder a sus necesidades y demandas específicas. No obstante, estos movimientos no actúan sólo al margen de las instituciones políticas tradicionales y, en muchas ocasiones, buscan como interlocutor al Estado, en tanto éste posee los recursos materiales e institucionales para generar cambios o continuidades en las relaciones genéricas. Es decir, el Estado puede actuar tanto en un sentido “negativo” (por su capacidad de obstaculizar los avances del movimiento y de reproducir conductas patriarcales) como en un sentido “positivo” (por la facultad de transformar sus demandas en leyes y programas concretos).

En lo referente a cómo se relaciona el movimiento de mujeres con el Estado, sostengo que puede caracterizarse por una estrategia de cooperación- participación o por una estrategia de oposición- no participación. Así mismo, la autonomía que mantiene el movimiento en relación al Estado puede manifestarse en dos sentidos: autonomía organizacional y autonomía de recursos. Y su presencia puede también corroborarse a partir de dos factores: existencia de una política de identidad basada en el hecho de ser mujeres y la capacidad de establecer una agenda propia.

Es importante aclarar que la autonomía de recursos también se manifiesta en relación al financiamiento internacional. Aunque esta es una dimensión que no estaba considerada en el primer planteamiento de la tesis, la investigación realizada (especialmente la que tiene como marco temporal la década del noventa) me permitió descubrir que ésta es, de alguna forma, la expresión internacional de la dinámica que se crea a nivel nacional frente a los recursos del Estado. Dicho de otra forma, el financiamiento internacional actúa generalmente en la misma dirección que el financiamiento público: en detrimento de una agenda realmente independiente del movimiento.

Como objetivos específicos se encuentran analizar las transformaciones del movimiento de mujeres en Nicaragua basándome en cinco principales ejes temáticos: autonomía (organizacional y de recursos); características de sus demandas (agenda política); tipo de organización (elite/popular - vertical/horizontal); política de identidad y composición social. También analizaré la actitud de las elites gobernantes frente al movimiento de mujeres y, en general, las políticas públicas de género que llevaron a cabo.

En cuanto a los ejes históricos, estudiaré tres momentos en el desarrollo del movimiento de mujeres en Nicaragua. La primera ola de fines del siglo XIX y principios del XX protagonizada por las sufragistas, es decir, por mujeres que demandaban principalmente el derecho al voto, siguiendo la tradición de sus antecesoras francesas e inglesas del siglo XVIII. La segunda ola de las décadas de 1970 y 1980 encabezada por las sandinistas y las compañeras de la revolución. Y la década del noventa que representa, más que una nueva ola del movimiento, una etapa de repliegue y redefinición del movimiento, en el que las feministas mundializadas marcaron las pautas de las nuevas demandas y estrategias. Es importante aclarar, sin embargo, que el primer momento se presentará más a manera de antecedente histórico del movimiento, y que son el segundo y el tercero, los que constituyen la principal evidencia empírica de la presente investigación.

Para cumplir con dichos objetivos tomaré como unidad de análisis general al movimiento de mujeres nicaragüenses y, en específico, a la Asociación de Mujeres Nicaragüense Luisa Amanda Espinoza (AMLAE) durante la etapa sandinista y a la Red de Mujeres Contra la Violencia en la primera mitad de los noventa. Por movimiento de mujeres entenderé a los grupos de mujeres que se organizan en el espacio público para defender sus derechos, sin importar el componente numérico del mismo o si se presentan o no como feministas.

Así mismo, haré uso de la perspectiva feminista no sólo para definir los conceptos clave de la tesis, sino para analizar los distintos ejes temáticos e históricos en el desarrollo de la misma. El feminismo y su uso de la categoría de género, como explicaré en el primer capítulo, permiten visibilizar aspectos clave del movimiento de mujeres en Nicaragua y su relación con el Estado. Por ejemplo, la manera en que la identidad de género actúa como estrategia y finalidad del movimiento, las condiciones de cultura patriarcal que llevan a estas mujeres a luchar contra de la discriminación y la exclusión, o la forma en que el Estado reacciona a las demandas de las mujeres con base en la designación social tradicional del género femenino, reproduciendo a su vez conductas patriarcales en leyes o programas.

La hipótesis de la presente investigación, basada en el caso nicaragüense, es que la autonomía del movimiento de mujeres (tanto organizacional como financiera) es un elemento necesario para que éste impulse una agenda que obedezca realmente a sus intereses y objetivos; pero no es suficiente para que el movimiento sea exitoso, en tanto dificulta el acceso a recursos materiales e institucionales importantes para que el movimiento traduzca sus demandas en acciones o programas concretos. Así mismo, planteo que una política de identidad de género, basada en el hecho de ser mujeres, es un efectivo instrumento de movilización, que permite que el movimiento construya su autonomía y se demarque de intereses partidistas. La ausencia de esta identidad colectiva o su presencia diluida en otros discursos merma la cohesión del movimiento y la claridad en las estrategias.



Sustentando esta hipótesis, argumento que el movimiento logra tener más impacto en la realidad de las mujeres nicaragüenses a través de una organización que involucre a los diversos sectores de la población de manera directa, al contrario de lo que sucede cuando es una pequeña elite la que pretende representar los “intereses de las mujeres.” Por otra parte, sostengo que el Estado o los grupos gobernantes involucran las demandas del movimiento, si y solo si, estas coinciden con las necesidades estructurales del país o favorecen las coyunturas político- electorales del gobierno en cuestión, lo cual, indudablemente, reafirma que los alcances de esta alianza son limitados.

La distribución de los capítulos de esta tesis está basada, con la excepción del capítulo teórico, en los ejes históricos antes mencionados y cada uno de ellos está atravesado por los cinco ejes temáticos. En cada uno de estos capítulos está presente el escenario internacional como contexto y como marco de lectura e interpretación para el caso nicaragüense.

Esta especie de diálogo entre lo nacional e internacional se puede dar gracias a que las tres principales etapas u oleadas del movimiento de mujeres nicaragüenses coinciden, ya sea en los periodos o en las dinámicas, con las etapas del movimiento a nivel mundial.

Tenemos así las demandas y el discurso ilustrado de las sufragistas de Francia, Inglaterra y Estados Unidos como telón de fondo de la movilización que llevaron a cabo las latinoamericanas casi un siglo más tarde, con los procesos de independencia y con la llegada de los liberales al poder. La segunda ola del movimiento de mujeres en América Latina, caracterizada por la teoría y práctica de un feminismo socialista que actuaba hombro a hombro con los partidos de izquierda y participaba en las insurrecciones populares como espejo del movimiento que llevaron a cabo las sandinistas al lado del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Y finalmente la etapa de repliegue y atomización del movimiento de mujeres latinoamericanas a principios de los noventa, el rompimiento claro del feminismo con la izquierda institucional y un activismo organizado en ONGs, como una tendencia presente en las mundializadas nicaragüenses que rompen con el partido y optan por la autonomía organizacional.

De hecho, ese es uno de los elementos más novedosos de esta investigación, en relación a las fuentes consultadas. Generalmente las referencias al escenario internacional son secundarias o nulas, lo que impide situar el movimiento de mujeres en Nicaragua en su contexto y hacer uso de las variables explicativas que ofrece una perspectiva comparada.

Como mencioné anteriormente, los cinco ejes temáticos aparecen de manera recurrente en los tres capítulos de desarrollo histórico. Así tenemos que durante la primera ola, la movilización de las sufragistas estaba integrada por una elite de mujeres de clase media y clase media alta, educadas y de inclinación política liberal. Sus demandas tenían como base el pensamiento ilustrado, de acuerdo al cual todos los seres humanos (independientemente de su raza, clase o género) poseen las mismas facultades y merecen las mismas oportunidades. Su agenda estaba caracterizada por exigir,

justamente, igualdad de oportunidades en el ámbito público. El derecho al voto y al trabajo remunerado, el acceso a la educación y los derechos matrimoniales figuraban entre sus objetivos políticos; no aparecían, sin embargo, demandas en el ámbito privado ni llevaban a cabo acciones que desafiaran los roles reproductivos o sexuales de la mujer. Además de estas limitantes se encuentran el que su agenda respondiera a los intereses y necesidades de una pequeña elite y no a los de la población femenina en general; el que esta elite no haya podido hacer extensivos sus privilegios al resto de las mujeres y el que su organización operara de forma vertical rindiendo cuentas, en última instancia, al partido liberal. Las sufragistas nicaragüenses no poseían ni autonomía de recursos ni autonomía organizacional y, a partir de la llegada del primer Somoza al poder, se convierten en un mero brazo de poder del partido. No logran construir una política de identidad de género que supere las diferencias de clase social o las inclinaciones políticas. Las elites liberales por su parte mantenían un discurso que, sobre todo comparado con el de los conservadores, era favorable a las mujeres. Sin embargo, sus políticas respondían, sobre todo, a un interés por utilizar la mano de obra femenina en el nuevo modelo económico y a que las mujeres fueran promotoras de una educación laica y republicana. El que se les haya permitido ejercer su derecho al voto hasta 1955, prácticamente un siglo después de las primeras demandas de las sufragistas, es la mejor evidencia de que su política de género era bastante limitada.

Por su parte, la segunda ola estuvo encabezada por las sandinistas: mujeres de clase media y educadas, pero también mujeres obreras, campesinas y amas de casa de los barrios populares. El movimiento de mujeres nicaragüense dejó de ser coto exclusivo de una pequeña elite de mujeres educadas, haciéndose extensivo a las mujeres de las clases populares. Esta etapa tiene sus orígenes en los años previos al triunfo de la revolución sandinista, cuando cientos de mujeres apoyaron al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) para derrocar la dictadura de Somoza, actuando desde las trincheras, los movimientos estudiantiles o las organizaciones populares. Su agenda estaba atravesada por el discurso revolucionario y tenía como fundamento ideológico un feminismo de carácter socialista que afirmaba que “no hay revolución sin emancipación de la mujer y no hay emancipación de la mujer sin revolución.” El movimiento actuaba en total cooperación con el FSLN y, tras el triunfo de la revolución en 1979, empezó a operar principalmente a través de una de las organizaciones populares del gobierno: la Asociación Luisa Amanda Espinosa (AMNLAE). En cuanto a los recursos, dependía totalmente del financiamiento del Estado, lo cual, aunado a su falta de autonomía organizacional, limitó los alcances del movimiento. Mientras los intereses del movimiento coincidieron con los de la elite gobernante se lograron avances importantes (leyes para darle el acceso a las mujeres a la tierra, derechos de la mujer dentro de la familia e incluso decretos que prohibían el uso de la imagen de la mujer como objeto sexual); sin embargo, cuando la guerra civil se agudizó, la defensa militar de la Revolución se impuso y todos los programas sociales

pasaron a segundo o tercer término. AMNLAE, al y fin al cabo un organismo también vertical que respondía a los mandatos del FSLN, no pudo más que alinearse con las nuevas prioridades de las elites gobernantes. La elite del FSLN, a pesar de tener un discurso que proclamaba que el Estado debía hacerse responsable de todos los sectores vulnerables de la población y de reconocer que las mujeres habían ocupado un lugar primordial en el triunfo revolucionario, hicieron a un lado sus demandas. Cientos de mujeres abandonan AMNLAE con el fin de crear un movimiento propio, autónomo y que representara realmente sus intereses.

Así da inicio la más reciente etapa del movimiento, la cual se compuso (y compone) en su mayoría por mujeres de clase media y educadas que buscan beneficiar con sus acciones a todas las nicaragüenses, independientemente de su inclinación partidista, de su clase social o de su creencia religiosa. El movimiento se atomizó y dividió en organismos no gubernamentales especializados, medianamente articulados en redes temáticas. Este, a diferencia del de la segunda ola, actúa en representación de las clases populares pero no las involucra de manera directa. Es decir, repite el modelo de elite de las sufragistas de la primera ola, pero logra por primera vez que el movimiento se organice de forma más horizontal gracias a su esquema de redes. Su agenda está sustentada en los preceptos feministas, aunque suele diluirse en un discurso más amplio de género y derechos humanos que le hace perder radicalidad. Una de las redes más importantes de esta etapa, y de hecho la única que sigue existiendo hasta el día de hoy, es la Red de Mujeres Contra la Violencia. Su forma de operar ilustra muy bien la manera en que se relacionó el movimiento, a principios de los noventa, con el Estado y con las elites gobernantes. Aunque llegó a cooperar parcialmente con el gobierno de Violeta Chamorro para avanzar algunas demandas, sobre todo con el Instituto Nicaragüense de la Mujer, jamás actuó dentro del partido en el poder (la Unión Nacional Opositora) ni dependía de los recursos financieros del Estado. Sí dependía, sin embargo, del financiamiento internacional, lo cual mermó su autonomía de recursos e hizo que su agenda tuviera que adaptarse a los discursos que estaban más en boga en las plataformas de acción de los organismos internacionales. Estas activistas erigen claramente una política de identidad de género, por encima de su identidad de clase o su inclinación partidista. El movilizarse en torno a “ser mujeres” se convirtió en una estrategia política efectiva para que el movimiento defendiera su autonomía organizacional y construyera una agenda propia. Por otro lado, el modelo de Estado que inauguró Chamorro al llegar al poder, caracterizado por una política económica neoliberal y una política social conservadora, presentó varios obstáculos para que el movimiento alcanzara sus objetivos. Las leyes, programas y campañas públicas impulsadas por la elite gobernante echaron atrás varios de los avances alcanzados por el movimiento durante la revolución. Los pocos avances institucionales aparecen más bien como medidas cosméticas para quedar bien ante los ojos del financiamiento internacional. De ahí que sea aún más admirable que estas mujeres mundializadas hayan podido

reinventar su identidad colectiva y sus estrategias en mitad de las adversidades de la coyuntura nacional.

Finalmente lo que está presente en todo el presente trabajo de investigación es el espíritu de las mujeres nicaragüenses, que sin importar guerras o severos ajustes estructurales siguen movilizándose y tratando de llevar a cabo la revolución más difícil y profunda de todas: contra el patriarcado y la discriminación de género.

## Reflexiones teóricas

Para analizar la relación que existe entre el comportamiento de un movimiento social como lo es el movimiento de mujeres y un actor como el Estado,<sup>1</sup> encabezado por gobiernos distintos, con políticas públicas diferenciadas, se deben tomar en cuenta algunas reflexiones teóricas. La perspectiva que servirá como base para dichas reflexiones será la feminista.

Cabe señalar que no se encontró una teoría que explicara todos los aspectos del fenómeno, pues no se pretende estudiar sólo el movimiento de mujeres en Nicaragua, en cuyo caso la teoría de los movimientos sociales resultaría una herramienta suficiente. Tampoco se busca analizar de manera aislada las políticas públicas del Estado nicaragüense, lo cual podría traducirse en el uso exclusivo de las discusiones teóricas en torno al Estado.<sup>2</sup>

La tesis, en cambio, indaga la dinámica que se genera entre el Estado y el movimiento de mujeres. En particular, me centro en dos aspectos de esta dinámica: la manera en que el Estado afecta al movimiento de mujeres y la manera en la que este último se relaciona con la estructura estatal. En cuanto al primer aspecto parto del supuesto de que el Estado resulta necesario para que el movimiento logre realmente avanzar sus intereses, en tanto posee los recursos materiales e institucionales necesarios para poder generar cambios efectivos y duraderos en las relaciones genéricas.<sup>3</sup> Este, empero, puede actuar tanto en un sentido “negativo” (por su capacidad de obstaculizar los avances del movimiento y de reproducir conductas patriarcales) como en un sentido “positivo” (por la facultad de transformar las demandas en leyes y programas concretos). En lo referente a cómo se relaciona el movimiento de mujeres con el Estado, sostengo que puede caracterizarse por una estrategia de cooperación- participación o por una estrategia de oposición- no participación.

---

<sup>1</sup> Es importante aclarar que se tomará como actor al Estado y no simplemente a los gobiernos en turno, porque en las transiciones políticas analizadas (dictadura somocista- gobierno sandinista- gobiernos de Violeta Chamorro) hay un quiebre en el modelo de Estado. Es decir, no son transiciones que den continuidad al modelo anterior o que sólo conlleven a un cambio en las elites en el poder, sino que hay cambios fundamentales en los discursos y en los modelos a seguir (liberal-socialista-neoliberal).

<sup>2</sup> De hecho autores como McAdam han señalado cómo existe en general una “falta de diálogo” entre los politólogos y los sociólogos, en tanto los primeros se han dado a la tarea de “conceptualizar el poder casi exclusivamente en términos institucionales”, dejando de lado el impacto de los movimientos sociales sobre éstos, mientras los segundos, estudian sólo los movimientos sociales y pasan por alto su “relación con procesos políticos institucionales”. Para ver más: Doug McAdam, *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago, The University of Chicago Press, 1982, pp. 2-4. Así, esta separación entre las instituciones políticas y los movimientos sociales ha generado, como señalan Ferree y Merrill, que las instituciones sean estudiadas sólo en términos de sus efectos y los movimientos sociales sólo en términos de sus orígenes, restándole importancia a los movimientos sociales como generadores de cambio social. Ver: Myra Marx Ferree y David A. Merrill, “Hot movements, cold cognition: Thinking about social movements in gendered frames”, en *Contemporary Sociology*, Vol. 29, No. 3, mayo 2000, p. 454-463.

<sup>3</sup> Con ello no quiero decir que las leyes o instituciones del Estado puedan proveer todos los elementos necesarios para realizar transformaciones profundas. Un fenómeno como la cultura patriarcal no puede ser desarraigado a través de una ley que lo prohíba, se requiere una transformación de mentalidades que debe hacerse desde “abajo” para que realmente perdure.

Aunque se abordarán principalmente dos actores, el movimiento de mujeres por un lado, y el Estado por el otro, hay otros conceptos clave que serán definidos, entre los cuales destaca la identidad y la autonomía, elementos que atraviesan la dinámica entre el movimiento y el Estado, y que constituyen las piedras angulares de la transformación del movimiento de mujeres a partir de la década del noventa.

### **1.1 Perspectiva feminista: algunos conceptos claves**

Para estudiar los conceptos de Estado y movimiento de mujeres, entre otros, se hará uso de la perspectiva feminista, en tanto provee herramientas útiles para entender la relación que existe entre éstos e ilumina aspectos que son ignorados por otras perspectivas.

Cuando hablo de “perspectiva feminista” me refiero al conjunto de propuestas teóricas y metodológicas que toman como punto de partida la dimensión de género para estudiar la realidad social, política y económica, y que además, señalan cómo el género es una dimensión que explica las relaciones de poder existentes tanto en el ámbito público como en el ámbito privado. Los conceptos centrales de esta perspectiva tienen en común visibilizar y politizar la realidad social; entre estos destacan: patriarcado, género e intereses de mujeres. Cada uno de estos ha tenido manifestaciones también en lo político; por ejemplo, el nombrar la existencia de relaciones de poder en el ámbito privado (considerado como “espacio de libertad” por los liberales) y de una clara relegación de la mujer hacia ese ámbito, permitió que el movimiento de mujeres de la “segunda ola” (en específico el representado por las feministas radicales) estructurara sus demandas políticas bajo el slogan “lo personal es político”. Es decir, el feminismo, además de poseer una propuesta teórica, constituye también una propuesta política pues no sólo aspira a describir la realidad, sino transformarla.<sup>4</sup>

El concepto de “género” ha sido una de las principales propuestas teóricas del feminismo, en específico, del feminismo anglosajón. Los orígenes del uso de esta categoría de análisis se ubican a mediados de los setenta por parte de feministas universitarias estadounidenses. El género ha sido definido como el resultado de la socialización del sexo y como el conjunto de atributos que se asignan a hombres y a mujeres a partir de reales diferencias sexuales y capacidades reproductivas. Como afirma Barbieri, es “una dimensión de la sociedad, aquella que surge a partir de un real, la existencia de cuerpos sexuados, una categoría o subconjunto de los cuales tiene (tendrá o tuvo) la probabilidad

---

<sup>4</sup> En palabras de Celia Amorós: “el feminismo es en su entraña político, es una irracionalización de las relaciones de poder identificadas en ámbitos en los que pasaban desapercibidas como tales bajo otros ropajes ideológicos...”, que confronta, “el poder más ancestral de cuantos han existido sobre la Tierra: el de los varones sobre las mujeres...” en Celia Amorós, “Presentación ( que intenta ser un esbozo del status questionis)”, en Celia Amorós (editora): *Feminismo y Filosofía*, Madrid, Editorial Síntesis, pp. 12,14.

de producir otro(s) cuerpo(s)...<sup>5</sup> O citando a Joan W. Scout, género es “un elemento constituto de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y [...] es una forma primaria de relaciones significantes de poder”.<sup>6</sup>

Como dije ya, esta categoría es elemental para explicar el tema que ocupa a esta tesis. Sólo haciendo visible la dimensión de género del movimiento de mujeres y del Estado se puede comprender la dinámica que existe entre ellos; dimensión que no termina en la composición genérica al interior de cada uno de los actores, sino que es extensiva a las características atribuidas a uno y otro género en el imaginario colectivo de la sociedad nicaragüense. Dicho de otra manera, las características socialmente atribuidas al género masculino y femenino, han legitimado y perpetuado la exclusión de las mujeres del ámbito público, el ejercicio limitado de su ciudadanía y su participación marginal en la economía. La movilización de las mujeres en Nicaragua, y en otras partes del mundo, no puede entenderse fuera de esta exclusión que se percibe sustentada en el género y que las ha llevado a organizarse para cambiar su situación a través de la acción colectiva. Además, las oportunidades y obstáculos que el Estado ha planteado para el movimiento, tampoco pueden entenderse fuera del género, pues el papel que se les asigna a las mujeres dentro de los modelos estatales obedece, además de a sus atributos de raza, etnia o clase social, al género al que pertenecen.

Veremos a lo largo de este capítulo cómo las teorías tradicionales, tanto de los movimientos sociales como del Estado, no son útiles para explicar la relación entre estos actores. Ni las concepciones que ponen el acento en la clase social ni aquellas que formulan la ciudadanía en términos de individuos asexuados, atinan en explicar porqué, tanto dentro de un modelo de Estado socialista como de uno liberal, las mujeres nicaragüenses quedaron fuera del poder político. Asimismo, las teorías tradicionales de la acción colectiva, como la de la “movilización de recursos”, pasan por alto la fuerza cohesionadora de la identidad de género y por tanto no pueden explicar las movilizaciones que buscan, más allá de un beneficio material inmediato, el reconocimiento de capacidades y derechos compartidos que les han sido negados a un buen grupo de la sociedad, por razón de su género.

Otro de los conceptos elementales de la teoría feminista es el de “patriarcado” o “dominación patriarcal.” Este es utilizado en la literatura feminista para denunciar una estructura de poder que atraviesa todos los demás sistemas de dominación (incluidos el de raza, clase, etnia, etc.). La categoría fue empleada por vez primera por Kate Millet, quien expandió el uso que le daba Weber como sistema de dominación de los padres hacia un calificativo común de las sociedades de dominación masculina.<sup>7</sup> Así mismo, este es definido por Hartmann como un “conjunto de relaciones sociales entre

---

<sup>5</sup> Teresita de Barbieri, “Certeza y malos entendidos sobre la categoría de género” en Laura Guzmán Stein y Gilda Pacheco Oreamuno (comp.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*, Costa Rica, IIDH-ASDI-Comisión de la Unión Europea, 1997, p.14.

<sup>6</sup> Citado en: Marta Lamas, “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría 'género'”, en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Ed. Porrúa-PUEG, 1996, p. 331.

<sup>7</sup> Para ver más: Teresita de Barbieri, *op. cit.*, p.6.

los hombres que tiene una base material y que, si bien son jerárquicas, establecen o crean una interdependencia y solidaridad entre los hombres que permiten dominar a las mujeres.”<sup>8</sup> Luisa Posada, por su parte, lo define como el “entramado de pactos que pone el control de la sociedad en manos masculinas”.<sup>9</sup>

Finalmente, el concepto de “intereses de las mujeres” es fundamental para dimensionar los logros del movimiento y entender cómo se pueden llevar a cabo alianzas entre mujeres de distintas clases sociales y diversas afiliaciones políticas al interior del mismo. Al respecto, existe un gran debate acerca de la posibilidad o imposibilidad de hablar de manera abstracta de los “intereses de las mujeres.” Dado que la dimensión genérica de estos intereses se ve afectada por otras categorías identitarias como la clase social, la etnia, las inclinaciones políticas, entre otras, podría parecer arbitrario hablar de sus intereses a partir del “filtro” de la categoría de género, dejando las otras en segundo plano. La perspectiva feminista, sin embargo, reconoce que no existen *per se* intereses que atraviesen al sexo femenino, pues hacerlo equivaldría a esencializar el género y entenderlo de manera monolítica. Como propone Virginia Vargas, los intereses de las mujeres son dinámicos y flexibles, están estructurados en “contextos históricos específicos y en sus procesos de confrontación, negociación y alianzas con el sexo masculino, la sociedad, el Estado y entre ellas mismas”.<sup>10</sup>

Feministas como Maxine Molyneux han aportado importantes reflexiones al respecto. Molyneux advierte que deben reconocerse las diferencias, en lugar de asumir rasgos homogéneos. Sugiere dividir los intereses de la mujer en dos rubros: aquellos intereses de la mujer originados a partir de sus condiciones socio económicas y que obedecen a necesidades más inmediatas (*intereses de género prácticos*) y los intereses de la mujer desde su condición genérica (*intereses de género estratégicos*), en los cuales se hayan objetivos como abolir la discriminación, la división sexual del trabajo, la división entre lo público y lo privado, entre otros.<sup>11</sup> La autora concluye que cuando los intereses prácticos se transforman en estratégicos se traducen en prácticas políticas feministas.

Alicia Martínez, por su parte, también reconoce la imposibilidad de “universalizar los intereses femeninos”, sin embargo, ofrece una posibilidad que no anula las otras categorías que constituyen la identidad de las mujeres.<sup>12</sup> Para la autora la mejor manera de plantear los intereses de la mujer es “ubicar la necesidad más radical que permea la mayoría de los malestares, demandas y requerimientos

---

<sup>8</sup> Citado en: Alma Rosa Sánchez Olvera, *El feminismo mexicano ante el movimiento urbano popular. Dos expresiones de lucha de género (1970-1985)*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 2002, pp.18-21.

<sup>9</sup> Luisa Posada, “Pactos entre mujeres,” en *Creatividad Feminista*, p.1. <http://www.creatividadfeminista.org/articulos/pactos1.htm>

<sup>10</sup> Geertje Lycklama a Nijeholt, Virginia Vargas, Saskia Wieringa (comp.), *Triángulo de poder*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996, p. 8.

<sup>11</sup> Maxine Molyneux, “Mobilization without emancipation” Women’s Interests, the State and Revolution in Nicaragua” en *Feminist Studies*, No. 2, 1985, pp. 232-235.

<sup>12</sup> Alicia Inés Martínez, “Un vínculo en tensión: políticas públicas y diferencias genéricas”, en Alicia Inés Martínez (comp.), *Mujer, gobierno y sociedad civil, Políticas en México y Centro América*, México, FLACSO, 1993. pp. 7-50.



femeninos propios de la situación compartida por las mujeres como género.”<sup>13</sup> Es decir, propone identificar ciertas necesidades básicas en las que las mujeres pueden coincidir y describe ciertos intereses en los cuales pueden converger la mayoría de las mujeres, independientemente de otras categorías, estableciendo así la posibilidad de llegar a consensos y unir voluntades a través de un movimiento social. En este sentido coincide con Vargas, quien afirma que “un mínimo paquete en cuya propuesta parecen estar de acuerdo casi todos los movimientos de mujeres es el de que hay que ponerle fin a la subordinación basada en cuestiones de sexo...”<sup>14</sup>

Los planteamientos de estas autoras me permitirán explicar cómo pueden llevarse a cabo acuerdos, a pesar de las diferencias sociales y políticas en ciertas etapas del movimiento de mujeres en Nicaragua.

## **1.2 Movimiento de mujeres en Nicaragua: las sandinistas y las feministas**

Empezaré por describir qué entiendo por movimiento de mujeres para el caso nicaragüense, para después establecer cuál es el enfoque teórico de movimientos sociales que utilizaré.

Mi estudio incluye tanto a las mujeres feministas como a las no feministas que han participado al interior del movimiento. Es decir, pondré énfasis en el denominador común de que son mujeres que se movilizan en el ámbito público para exigir mayores derechos y oportunidades, independientemente de que entre ellas existan diferencias notables en cuanto al grado de trasgresión de sus roles genéricos o de las transformaciones sociales que están dispuestas a llevar a cabo para alcanzar sus objetivos. La razón, es que sólo así podré establecer un marco comparativo entre las distintas etapas del movimiento y rastrear la transición que se da en términos de la identidad que las mantiene unidas.

Una definición pertinente de movimiento de mujeres es la que ofrece la investigación titulada *Movimiento de mujeres en Centroamérica*: “...los movimientos de mujeres están constituidos por todos los espacios organizativos que las mujeres conforman para enfrentar, socializar, reconocer y resolver necesidades e intereses ligados a su condición de género subordinado y discriminado.”<sup>15</sup>

No obstante, las organizaciones de mujeres que más me ocupan son aquellas que se organizan en torno a una identidad sandinista y que luego adoptan una identidad colectiva basada en el género a fines de los ochenta y principios de los noventa. En esta última etapa, sin lugar a dudas, mis sujetas de estudio son las feministas, en tanto son ellas las que construyen una nueva identidad de género que denuncia la opresión de las mujeres y convierten esta identidad en una estrategia política que les

---

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 23.

<sup>14</sup> Lycklama a Nijeholt, Vargas y Wieringa (comp.), *op. cit.*, p. 9.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 22.

permite movilizarse.<sup>16</sup> En este sentido, una de mis unidades de análisis es la organización llamada Asociación de Mujeres Nicaragüense Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE), la cual es central para entender el movimiento de mujeres en la década del ochenta, pues ilustra muy bien cuál era la relación de los sandinistas con el movimiento en general. La otra unidad de análisis es la Red de Mujeres contra la Violencia, la cual surge en la década del noventa y es un claro ejemplo de una organización que se moviliza en torno a una identidad de género y que hace uso de los recursos e instancias que se abrieron en el ámbito internacional.

### **1.3 Enfoques teóricos sobre los movimientos sociales: visiones tradicionales y visión feminista**

En cuanto al enfoque teórico de movimientos sociales, haré uso principalmente de los ensayos publicados por Rachel Einwohner, Myra Marx Ferree, Francesca Polleta y otras en revistas como *Gender & Society*, *Contemporary Sociology* y *Annual Review of Sociology*. Así mismo me basaré en otros textos para hacer las comparaciones pertinentes con los enfoques tradicionales de los movimientos sociales. En general, los tres trabajos antes mencionados son revisionistas pues le dan a las categorías de género e identidad una importancia que les había sido negada en los enfoques tradicionales de la Sociología. Empezaré por hacer una breve reseña acerca de los anteriores modelos interpretativos de los movimientos sociales y la acción colectiva.

Hasta principios de la década de 1970, la tradición social sociopsicológica de la Escuela de Chicago dominó el escenario teórico.<sup>17</sup> Entre los supuestos generales se encontraban que: los movimientos sociales forman parte de la acción no institucional- colectiva (opuesta a la institucional- convencional) que surge para hacer frente a situaciones no definidas y a cambios estructurales en el funcionamiento normal de la sociedad. El descontento, la presión y la frustración causada por el “colapso” del cambio estructural motivan la movilización, misma que se da a través de procesos simples de comunicación.<sup>18</sup> La conducta colectiva es así interpretada como una respuesta irracional por parte de los individuos ante una crisis dentro del orden social. Aunque existen varias versiones de este modelo (sociedad de masas, inconsistencia de status, comportamiento colectivo, etc) lo cierto es que todas coinciden en poner el acento en las causas del movimiento social y no en cómo se sostiene y desarrolla una vez originado. La causa señalada está siempre relacionada con el “colapso” o con el cambio inesperado que se da dentro de la estructura social, mismo que lleva a un estado psicológico de desorden que

---

<sup>16</sup> Incluso Ana Leticia Aguilar señala que son las feministas las que le han otorgado al movimiento su “conciencia reflexiva,” es decir, la capacidad de autodefinirse para poder actuar como fuerza política y social. Y las que han abierto tanto para las feministas como para las no feministas nuevos espacios en el ámbito público. Ana Leticia Aguilar T. y otras, *Movimiento de mujeres en Centroamérica*, Managua: Las Dignas, 1997, p. 24.

<sup>17</sup> Jean L. Cohen; Andrew Arato, “Los movimientos sociales y la sociedad civil” en *Sociedad Civil y Teoría Política*, México: Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 558.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 558-559.

genera que los individuos se organicen en un movimiento social para satisfacer el sentido de pertenencia que no encuentran en el orden existente. Además se presupone que estos individuos no tienen una meta política clara, sino que se movilizan sobre todo para responder a un estado anímico alterado. McAdam, en su crítica al modelo explicativo clásico de los movimientos sociales, sostiene que en todas las versiones de este modelo se observa “una secuencia causal que va del colapso estructural, a la insatisfacción, a la protesta colectiva.” Visto en un diagrama señala que la lógica argumentativa es: colapso estructural—insatisfacción emocional—movimiento social.<sup>19</sup>

Los movimientos sociales de las décadas de 1960 y 1970, sin embargo, desafiaron estas interpretaciones. La acción colectiva emprendida por la Nueva Izquierda, los movimientos de derechos civiles y feministas no correspondía a la de “disconformes sociales anómicos” ni respondían a una crisis en específico, los actores poseían objetivos claros y metas definidas y surgieron bajo estructuras sociales diversas. Ante este vacío explicativo surge en Estados Unidos la teoría de la “movilización de recursos” y en Europa occidental la teoría de los “nuevos movimientos sociales”.<sup>20</sup>

La teoría de la movilización de recursos tiene como pregunta central cómo se da la acción colectiva, en lugar de preguntar porqué. La acción es explicada a partir de la decisión racional de cada participante basada en un cálculo costo- beneficio y la existencia de incentivos selectivos y de recursos suficientes para combatir la exclusión de los espacios tradicionales de poder.<sup>21</sup> Cabe destacar dos elementos: la presunción de que la movilización es realizada por “individuos racionales” y que el objetivo principal de éstos es el acceso a las instituciones políticas. Al contrario del modelo clásico, la acción colectiva no es interpretada como una respuesta irracional por parte de individuos emocionalmente inestables, sino como una respuesta racional y calculada por parte de individuos que consideran la vía del movimiento social como la más útil para lograr sus objetivos.<sup>22</sup> No obstante, se enfatiza más el que estos individuos cuenten con los recursos necesarios para llevar a cabo la movilización que los motivos que pueden llevarlos a la acción colectiva.<sup>23</sup> Recursos que, a su vez, son proveídos por una elite que tiene el poder político y económico para que el movimiento tenga éxito. Es decir, sugieren que sin recursos la gente no se movilizaría, por lo que el movimiento depende en todo caso de factores externos- objetivos y no de los factores subjetivos o de percepción de la realidad por parte de los integrantes.<sup>24</sup> Finalmente, es importante mencionar que, a diferencia del modelo

---

<sup>19</sup> McAdam explica, por ejemplo, que en la versión llamada “teoría social de masas” se ubica el colapso en el aislamiento social causado por la falta de grupos políticos intermedios que puedan integrar a la gente en la vida social y política, éste aspecto, a su vez, genera una sensación de alienación que lleva a la gente a comportamientos “extremos” como la movilización social. Para ver más: Doug McAdam, *op. cit.*, pp. 6-19.

<sup>20</sup> Cohen, *op. cit.*, p. 560.

<sup>21</sup> Francesca Polletta, James M. Jasper, “Collective identity and social movements” en *Annual Review of Sociology*, Vol. 27, 2001, p. 284.

<sup>22</sup> McAdam, *op. cit.*, p. 20.

<sup>23</sup> Aguilar, *op. cit.* p. 16.

<sup>24</sup> Para ver más críticas de este modelo: McAdam, *op. cit.*, pp. 20-35, Polletta y Jasper, *op. cit.*, pp. 283- 306; Cohen, *op. cit.*, pp. 560-572.

clásico, los movimientos sociales son analizados como un fenómeno político y no como un fenómeno meramente psicológico,<sup>25</sup> lo que nos permite entender la acción colectiva como una forma de hacer política y como una estrategia organizativa para alcanzar determinados fines.

La teoría de los nuevos movimientos sociales, en cambio, señala que los participantes de un movimiento buscan algo más que concesiones político- económicas dentro de las instituciones, y que sus objetivos de movilización están más relacionados con el “reconocimiento de nuevas identidades y formas de vida”.<sup>26</sup> Según este enfoque la acción colectiva no está limitada a cálculos estratégicos y obedece más bien a formas de identidad colectiva que no están acotadas a las condiciones estructurales de los participantes (por ejemplo, a su clase económica). Esta interpretación se aleja de la lógica instrumental de la movilización de recursos y sostiene que los integrantes de los movimientos están “centrados más en la sociabilidad y en la cotidianeidad que en el acceso al poder político y, a menudo, vinculados a la resistencia de los procesos de empobrecimiento social, pero también a los cambios en la sociedad moderna”.<sup>27</sup> Además, los defensores de esta teoría afirman que la razón por la cual los nuevos movimientos sociales no tienen como principal objetivo a las instituciones políticas es que buscan también transformar la dimensión no- pública de la vida social, es decir, la misma sociedad civil. En este sentido el Estado o las instituciones públicas tradicionales no son los únicos objetivos del movimiento, sino las dinámicas de la vida privada y de la sociedad civil en general, espacios en los que se reconoce también la existencia de formas de dominación que pueden ser transformadas.<sup>28</sup>

Aunque este modelo ha sido criticado por limitarse a señalar la existencia de identidades en lugar de explicar su conformación, logró ir más allá de la teoría de la movilización de recursos al incluir a otros posibles actores de los movimientos sociales distintos al modelo de “hombre”, “racional” e “individuo”. Otra aportación de esta teoría es que, a diferencia de la interpretación sociopsicológica de los años setenta, reconoce que los actores, más allá de afirmar su identidad, logran hacer “conciencia de su capacidad para crear identidades y de las relaciones de poder implicadas en la construcción social de esas identidades”.<sup>29</sup>

El enfoque teórico que voy a utilizar en esta tesis, basado en los ensayos de las autoras mencionadas anteriormente (Rachel Einwohner, Myra Marx Ferree, Francesca Polleta y otros), está vinculado con

---

<sup>25</sup> Mc.Adam, *ibid.*, p. 16.

<sup>26</sup> Polleta y Jasper, *op. cit.*, 289.

<sup>27</sup> Fernando Calderón, “Los movimientos sociales en América Latina: entre la modernización y la construcción de la identidad”, en Fernando Quesada (ed.), *Filosofía política I: Ideas políticas y movimientos sociales*, Madrid: Editorial Trotta, 2002, pp. 187-202. En América Latina, Calderón explica que, con mayor fuerza a partir de los ochenta, estos movimientos se pueden dividir en dos tipos: reactivos (movimientos que se resisten a las formas excluyentes de la modernización- movimiento obrero, campesino, comunitarista urbano) y proactivos (movimientos que son manifestaciones de la modernidad pero que tratan de participar en ella de manera crítica- movimiento ecologista, feminista, pacifista).

<sup>28</sup> Cohen, *op. cit.*, 578-579.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 574.

la teoría de los nuevos movimientos sociales y se aleja de los dos anteriores; aunque es importante destacar que la perspectiva feminista provee, en última instancia, las principales herramientas explicativas. Entre las características de este enfoque se encuentra un reconocimiento explícito de la importancia y el potencial de la identidad dentro de la movilización, específicamente, de la identidad de género. La cohesión que genera esta identidad me permitirá explicar el porqué de la acción colectiva, más allá de incentivos económicos o de análisis costo-beneficio (como la teoría de movilización de recursos) o de un mero sentimiento de anomia o descontento social (como la teoría sociopsicológica). Así mismo, se considera que los objetivos del movimiento de mujeres no se limitan al acceso al poder económico o a los espacios políticos tradicionales, sino que sus integrantes buscan transgredir y transformar la vida pública y privada fuera de los espacios institucionales. El movimiento de mujeres no surge como respuesta a un cambio social o colapso puesto que desafía una estructura de dominación (la dominación patriarcal) que ha estado presente desde los albores de la historia de la humanidad.<sup>30</sup>

Polleta y Jasper en su trabajo titulado “Collective identity and social movements” realizan una nueva interpretación de la identidad que reconoce el potencial de la misma en la formación y en el fortalecimiento de los movimientos sociales. Argumentan que la identidad no debe ser tomada como un factor opuesto al interés individual, a los incentivos para actuar, a las estrategias de organización o al impacto sobre las instituciones políticas.<sup>31</sup>

En su artículo atribuyen a la identidad la capacidad para incentivar a los participantes a movilizarse, pero no porque al adoptar o asumir cierta identidad puedan obtener beneficios económicos (como explicaría la “elección racional”) sino porque podrían solucionar preocupaciones y alcanzar deseos cualitativos que mejorarían sus vidas.<sup>32</sup> Existe una lealtad que genera la identidad colectiva y que incluso puede preceder a la movilización pues tiene sus orígenes en la pertenencia a un grupo social específico. La identidad crea así “solidaridad y compromiso”<sup>33</sup> y puede generar tanto la participación en un movimiento como la salida del mismo.

En cuanto a la relación entre identidad y estrategia, afirman que la primera puede generar y ser una manifestación de la segunda. Es decir, los activistas pueden optar por una estrategia organizativa no por una elección racional, sino porque va más de acuerdo con la percepción de “quiénes somos”.

---

<sup>30</sup> Es importante aclarar que, si bien es cierto, se reconoce que la Revolución Sandinista se caracterizó por un contexto de ruptura con los paradigmas dominantes que las mujeres utilizaron para desafiar su subordinación, este contexto no se relaciona con el concepto de “colapso” de la teoría sociopsicológica. Según esta última, el cambio social es causa suficiente para la movilización. Sin embargo, en el caso del movimiento de mujeres la relación causal no es obvia. La revolución desafiaba principalmente la desigualdad de clase, mas no la inequidad de género; por tanto, la revolución pudo haber coadyuvado a impulsar al movimiento, pero no explica por sí sola la movilización. Incluso tuvo que haber un rompimiento respecto a las demandas revolucionarias tradicionales para que sus demandas como mujeres no se diluyeran en el discurso marxista.

<sup>31</sup> Polletta, *op. cit.*, pp.283-306.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 285.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 287.

Incluso la formación de una identidad puede reflejar una estrategia de protesta pues la habilidad para reclutar más miembros y formar alianzas depende también de qué tan efectivamente pueda un grupo enmarcar su identidad.<sup>34</sup>

Finalmente, la identidad es presentada como el resultado positivo de los objetivos de un movimiento. La construcción de una identidad puede ser en sí misma la meta principal de un movimiento social.<sup>35</sup>

Esta lectura de los movimientos sociales y, en específico, del papel de la identidad al interior de los mismos ilumina importantes aspectos del movimiento de mujeres en Nicaragua. Las mujeres nicaragüenses utilizaron la identidad de *ser mujer* como fuente de cohesión entre las miembros del movimiento. En muchos sentidos, el distanciarse de la identidad de “obreros”, “campesinos” o sandinistas fue una estrategia política que les permitió, primero, independizarse de la estructura patriarcal del gobierno y el partido sandinista y que facilitó, después, la adhesión de mujeres de distintas clases sociales y partidos políticos al movimiento amplio de mujeres en la década del noventa. De esta manera, la construcción de una nueva identidad basada en el género y no sólo en la clase era una meta del movimiento, pero continuó siendo una estrategia y un incentivo de movilización durante toda la década del noventa para lograr incluir sus demandas en la agenda pública y para diferenciarse de otras movilizaciones. Los tres elementos (incentivo, identidad y resultado) se hicieron presentes en la construcción de la identidad de género dentro del movimiento de mujeres en Nicaragua.

Es evidente, entonces, que el género ocupa un papel relevante al interior de un movimiento compuesto por mujeres y en el cual éstas buscan avanzar sus intereses como mujeres. No obstante, como demuestra Rachel Einwohner junto con otras autoras, la dimensión de género de un movimiento social es mucho más compleja.

En su ensayo “Engendering social movements: cultural images and movement dynamics” pretenden unir el estudio de los movimientos sociales a los estudios de género y argumentan que el género es “mucho más que una característica individual de los participantes de un movimiento” y que más bien los “movimientos, sus actividades y las arenas en las cuales operan están permeadas por el género”.<sup>36</sup> Se concentran en tres aspectos: de qué manera los movimientos sociales pueden estar permeados por el género, a través de qué procesos y qué implicaciones tiene el género para el resultado de la movilización.

A la primera pregunta responden que el colectivo está permeado por el género en el momento en que una serie de significados sociales atribuidos de manera distinta a hombres y mujeres pueden estar,

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 288-290.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 231.

<sup>36</sup> Rachel L. Einwohner, Jocelyn A. Hollander y Toska Olson, “Engendering social movements: cultural images and movement dynamics” en *Gender & Society*, Vol. 14, No. 5, 2000, p. 694. La expresión original en el texto para expresar que un movimiento social está permeado por el género es “engendered”. A falta de una traducción apropiada utilizo la expresión “permeado por el género”

conciente o inconcientemente, relacionados con algunos aspectos del movimiento. En este sentido la identidad de género puede ser utilizada concientemente desde adentro para alcanzar sus metas o puede ser utilizada desde afuera para desacreditar o favorecer la imagen de los integrantes de un movimiento. Las autoras advierten que no es que los actores manipulen todo el tiempo la identidad de género, sino que el uso del género como estrategia de movilización o como calificación externa o interna del mismo pueden suceder de manera interactiva e inconsciente.<sup>37</sup>

Los procesos por los cuales un movimiento adquiere una dimensión genérica van más allá de la composición sexual del mismo. Entre los que señalan las autoras destaca el proceso por el cual los actores buscan mantener o cambiar el significado social del género al que pertenecen, el uso de los atributos “femeninos” o “masculinos” como tácticas para legitimar una movilización o la asignación externa de dichos atributos por parte de los observadores. Estos últimos procesos pueden afectar de manera positiva o negativa a los movimientos sociales. De ahí que las autoras aborden como tercer aspecto de la identidad la manera en la cual ésta puede afectar los resultados. Aquí interviene la legitimidad que el pertenecer a uno u otro género pueda aportar al movimiento.

Las mujeres nicaragüenses, por ejemplo, enfrentaron durante la Revolución Sandinista la dificultad de legitimar su participación en los espacios no tradicionalmente “femeninos” (ejército, altas esferas del partido, puestos públicos) y al confrontar el doble discurso de los sandinistas, que las aplaudía como mujeres revolucionarias pero que las seguía relegando al papel de “madres de soldados”, tuvieron que justificar su movilización criticada por unos como burguesa y por otros como inadecuada para su sexo.

Si el carácter emotivo de una identidad colectiva es un factor indispensable para el éxito de un movimiento, ¿porqué se ha negado su importancia en las interpretaciones dominantes sobre los movimientos sociales? Para Ferre y Merrill es claro. Esto obedece a una construcción teórica androcéntrica, que, temiendo incluir en el análisis una variable atribuida a lo femenino y por tanto desvalorizada (la emotividad), ha llevado a los teóricos a empeñarse en explicar la acción colectiva a través de una explicación racional, calculadora, egoísta y jerárquica (atributos relacionados con lo masculino).<sup>38</sup>

Lo que ellos proponen en su ensayo, titulado acertadamente “Hot movements, cold cognition: thinking about social movements in gendered frames”, es justamente estudiar cómo en la elaboración de una teoría intervienen sesgos interpretativos basados en el género (pues el conocimiento es subjetivo) y reconocer, una vez identificados esos sesgos, la importancia que tienen las emociones en la solidaridad y la efectividad de un movimiento social. Explican cómo tanto la teoría sociopsicológica como la de movilización de recursos, llevan implícita una valoración de la

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 683.

<sup>38</sup> Marx Ferree y Merrill, *op. cit.*, p. 456.

racionalidad como única fuente de legitimidad de un movimiento social. En este sentido, estas teorías serían dos caras de la misma moneda, pues mientras la sociopsicológica descalifica a los movimientos sociales por su falta de racionalidad, la de movilización de recursos los valida sólo como expresiones de un comportamiento racional.<sup>39</sup> Por otro lado, reconocen que la construcción de las teorías no es neutral y que, por el contrario, está ligada a las ideologías de los autores que las escriben. Por ejemplo, afirman que no es casual que la escuela sociopsicológica, en la cual los movimientos eran interpretados como manifestaciones irracionales y originadas por un colapso, tuviera su mayor auge durante los cincuenta y sesenta, época en la que existía un temor generalizado hacia las movilizaciones nazis y totalitarias.<sup>40</sup> De igual forma, la teoría de movilización de recursos es resultado de una visión particular de lo que es la política, en específico, el “modelo de elites” del sistema político norteamericano. Para estos autores, sólo una pequeña elite tiene los recursos necesarios para participar en el escenario político, por tanto la acción colectiva es una manera de hacer frente a esta limitante y su éxito dependerá de la cantidad de recursos que puedan obtener de la elite.<sup>41</sup>

Así pues, el hacer visible el vínculo entre la construcción de las interpretaciones teóricas y la subjetividad, así como la conexión entre el conocimiento racional y los atributos de género, les permite atribuir validez explicativa a los valores y las emociones de los integrantes de un colectivo. Los trabajos de Polletta, Einwohner, y otros, que se han expuesto aquí coinciden con esta lectura, pues reconocen la importancia de la identidad de género y de las emociones como factor de unión y movilización.

#### **1.4 La política de identidad y el movimiento de mujeres**

Al hacer uso de este enfoque de los movimientos sociales estoy utilizando de manera implícita el concepto de “política de identidad”, el cual se refiere a las acciones colectivas que buscan combatir sistemas de dominación (llámese patriarcado, racismo, colonización o capitalismo) con base en la reafirmación de una identidad y de una subjetividad determinada.<sup>42</sup> La identidad colectiva, a su vez, se refiere a un constante juego en el que las personas ubican sus propias características y aspiraciones con base en lo que los hace distintos o similares frente a los otros; como afirma Jenkins “similitud y diferencia son los principios dinámicos de la identidad.”<sup>43</sup> En este sentido, Mouffe explica que “toda identidad se establece por relación y que la condición de existencia de toda

---

<sup>39</sup> *Idem.*

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 457.

<sup>41</sup> McAdam, *op. cit.*, pp. 20-22, 36-37.

<sup>42</sup> Ochy Curiel, “Identidades esencialistas o construcción de identidades políticas: el dilema de las feministas negras”, [http://www.creatividadfeminista.org/articulos/fem\\_2003\\_negras.htm](http://www.creatividadfeminista.org/articulos/fem_2003_negras.htm), p. 1.

<sup>43</sup> Richard Jenkins, *Social Identity*, Nueva York, Routledge, 1996, p. 4.



identidad es la afirmación de una diferencia, la determinación de algún otro.”<sup>44</sup> Así pues, la política de identidad se refiere a la acción de construir un “nosotros” dentro de la diversidad, con base en un exterior o alteridad.<sup>45</sup>

No obstante, hay diversas concepciones de política de identidad. Liz Bondi, por ejemplo, distingue aquellas *humanistas* basadas en la idea de que el sujeto humano está “enraizado en una esencia predeterminada” de las *anti-humanistas* que lo conciben como una construcción social.<sup>46</sup> Dentro de la primera tendencia ubica a la perspectiva humanista liberal, la cual se basa en el supuesto de que hay una esencia basada en la razón que nos hace a todos iguales, pero que a su vez es excluyente pues, al suprimir la diferencia, se erige implícitamente sobre una falsa universalidad basada en un único modelo de ser humano: hombres, blancos, occidentales y burgueses.<sup>47</sup> Dentro de la segunda, en cambio, ubica tanto la perspectiva marxista como la freudiana, en cuanto ambas ponen de manifiesto que no hay una identidad natural o esencial, sino que es construida a partir de procesos estructurales.<sup>48</sup> Aunque, la misma autora afirma, que ambas presentan algunas contradicciones, la primera por caer en esencialismos al decir que sólo la identidad de clase es la conciencia verdadera y la segunda porque su énfasis en el inconiente parece desproveer a los sujetos de toda capacidad de autoconciencia y, por tanto, de acción política.<sup>49</sup>

Por su parte, al interior del pensamiento feminista, podemos encontrar diversas corrientes que conciben la política de identidad de forma distinta, aunque en general están más relacionadas con una concepción anti-humanista que cuestiona el hecho de que exista una esencia intrínseca a uno u otro género,<sup>50</sup> pero que a su vez plantea la posibilidad de movilizarse en torno a una identidad colectiva construida políticamente basada en el hecho de ser mujeres.

---

<sup>44</sup> Chantal Mouffe, “Por una política de la identidad nómada”, en *Debate Feminista*, Año 7, Volumen 4, México, 1996, p. 6.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 7-9.

<sup>46</sup> Liz Bondi, “Ubicar las políticas de la identidad”, en *Debate Feminista*, Año 7, Volumen 4, México, 1996, pp. 14-37.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 17. Para ver más sobre los supuestos liberales, ver el apartado dedicado al pensamiento ilustrado liberal del capítulo siguiente.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 16- 19. En el caso de la teoría marxista se trata, a grandes rasgos, de un descubrimiento de la identidad colectiva basada en el hecho de ser explotados y excluidos y que surge gracias al trabajo en la fábrica y el despertar de una conciencia crítica. En la freudiana, por su parte, se argumenta que las características del sujeto no están dadas biológicamente y que son los procesos psíquicos, dominados por el inconsciente, los que forman al sujeto.

<sup>49</sup> *Idem.*

<sup>50</sup> Quizás la única corriente que podríamos considerar humanista o esencialista es la del feminismo cultural, en tanto considera que hay una cultura de la feminidad “natural” asociada al cuidado, a la preservación y a la paz. (Silvina Álvarez, “Diferencia y teoría feminista”, en Elena Beltrán y Virginia Maquieira (eds), *Feminismos, Debates teóricos contemporáneos*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 246). Aunque es importante decir que plantean que esta cultura de la feminidad se crea a partir de la reivindicación de la diferencia sexual femenina y no desde la construcción masculina de la feminidad (Curiel, *op. cit.*, p. 3) y por tanto, en esta esencia, sitúan la posibilidad de liberación de las mujeres.

Las feministas de la igualdad y de la diferencia<sup>51</sup> se basaron, sobre todo en los setenta y ochenta, en la “identidad de ser mujer” para movilizarse en contra del patriarcado; es decir, la identidad basada en el género sirvió como elemento articulador de su acción colectiva.<sup>52</sup> Tanto las feministas de la igualdad como las de la diferencia (en específico las del feminismo cultural) hicieron uso, aunque de forma distinta, de la identidad de género para articular sus demandas: las primeras al señalar la identidad de género como algo socialmente construido y que permitió desafiar el discurso biologicista de lo natural<sup>53</sup> y las segundas enfatizando las cualidades “femeninas” en contraposición al paradigma masculino y patriarcal. De tal forma que el movimiento feminista de estos años partía de una política de la identidad que reconocía que la identidad colectiva basada en el género era construida y no descubierta, y que apelaba a la acción para dismantelar el sistema de dominación patriarcal.<sup>54</sup>

Sin embargo, la política de identidad empezó a ser cuestionada por otras corrientes del feminismo, que consideraban que su uso estaba reproduciendo los mismos esencialismos y falsas universalidades que pretendían dismantelar. Las críticas provinieron principalmente del “feminismo de la diferencia dentro de la diferencia,”<sup>55</sup> y del feminismo posmoderno.

El primero plantea, a grandes rasgos, que “las mujeres no son un grupo homogéneo, ya que existe entre ellas una diversidad relevante (...) que marca diferencias sustantivas tanto en la teoría como en la práctica”.<sup>56</sup> En este sentido, encontramos a colectivos de negras, lesbianas, latinoamericanas, campesinas, indígenas, pobres, etc., que denuncian que la construcción de la identidad “mujer” estaba basada en un modelo de vida de las blancas, occidentales, burguesas y heterosexuales.<sup>57</sup> Así pues, para esta corriente, esta visión del género femenino volvía a establecer una falsa universalidad, pues así como “hombre” es una categoría excluyente que no reconoce las diferencias de género, también la categoría “mujer” es limitada y excluyente si no reconoce las diferencias que existen entre las propias

---

<sup>51</sup> Cabe señalar que así como dentro del feminismo de la igualdad existen diversas corrientes (liberales, socialistas y radicales), dentro del feminismo de la diferencia podemos ubicar, de acuerdo a Silvina Álvarez, tres corrientes principalmente: feminismo cultural, feminismo pos-moderno y el feminismo de “la diferencia dentro de la diferencia” (feminismo negro, feminismo lesbiano, entre otros). Ver: Álvarez, *ibid.*, pp. 242-286. Para ver otra definición del pensamiento feminista de la diferencia sexual, ver María Milagros Rivera Garretas, *Nombrar el mundo en femenino: pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Barcelona, Editorial Icaria, 1994, pp. 81-85.

<sup>52</sup> Curiel, *op. cit.* p. 3. En Rivera Garretas, *ibid.*, p. 78.

<sup>53</sup> María Milagros Rivera Garretas, *op. cit.*, p. 78.

<sup>54</sup> Ver Curiel, *op. cit.* y Bondi, *op. cit.*

<sup>55</sup> La definición de “feminismo de la diferencia dentro de la diferencia” es utilizada por Silvina Álvarez, quien menciona principalmente a las feministas lesbianas, a las feministas negras, así como a las feministas que hacen énfasis en los contextos históricos y sociales específicos que marcan un orden de prioridades distinto en las demandas y en las reivindicaciones que hacen las mujeres. Ver: Álvarez, *op. cit.*, p. 246.

<sup>56</sup> *Idem.*

<sup>57</sup> Curiel, *op. cit.* Siguiendo este argumento, podemos afirmar que las lesbianas no tendrían porqué sentirse identificadas con demandas de independencia económica y emocional de los varones, mientras que las campesinas no tendrían porqué reivindicar el derecho al trabajo cuando llevan años teniendo que mantener a sus familias con su trabajo fuera del hogar.

mujeres. Como lo expresa Francesca Gargallo, al referirse al grupo de Las Cómplices<sup>58</sup> formado por feministas mexicanas y chilenas en 1993, este feminismo considera que es necesario “reconocer la diferencia entre mujeres como algo que sustenta la libertad y no impone la desigualdad...”, y a través de sus propuestas “constru[yen] el derecho a la diferencia primero desde una diferencia con respecto al sistema de dominación patriarcal, y en un segundo momento, ofrecían a las mujeres la legitimidad de sus individualidades...”<sup>59</sup>.

Por su parte, las feministas posmodernas han criticado también la política de identidad, pues consideran que es imposible hablar de categorías homogéneas, y por tanto, de género. En todo caso, consideran que esta categoría es una ficción puesto que sólo existe la “diversidad radical, es decir, la ausencia de características comunes...”<sup>60</sup> Una de las principales expositoras de este pensamiento, Judith Butler, plantea que el género, como cualquier otra identidad, es inestable. Y es inestable pues al requerir de un acto de diferenciación para construirse (y por tanto de exclusión de lo que no se es) está expuesta a ser subvertida o desafiada, pues esa exclusión no está basada en una esencia.<sup>61</sup> Para Butler el género es más bien un acto performativo basado en la “repetición estilizada de actos”, que no expresa una esencia, sino que “puede rehacerse y reescenificarse.”<sup>62</sup> En otras palabras, se trata de un acto que ya ha sido interpretado una y otra vez por otros actores, pero que está basado en un guión limitado y limitante, pues entiende a los géneros en un marco binario con “significantes unívocos,” pensado para servir a una “política social de regulación y control del género.”<sup>63</sup> Sin embargo, para Butler sí existe la posibilidad de que la política de identidad sirva como un mecanismo de ruptura y no de reproducción del estatus quo: que el acto performativo del género sea subversivo. Es decir, cuando a sabiendas de que la identidad es construida y no revelada, se busca realizar un *performance* que se más bien una “contrarrepresentación”.<sup>64</sup>

---

<sup>58</sup> El grupo de las Cómplices estaba integrado por: Margarita Pisano, Ximena Bedregal, Amalia Fisher, Edda Gabiola, Sandra Lidid, Rosa Rojas y Francesca Gargallo.

<sup>59</sup> Francesca Gargallo, *Ideas feministas latinoamericanas*, México, Universidad de la Ciudad de México, 2004, pp. 143-145. Así mismo, afirma que “Las Cómplices consideraban que el feminismo tiene distintas vertientes de origen, provenientes de los cortes o conflictos con que se construye el sistema cultural patriarcal: mujeres pobres, campesinas, profesionales, indias, blancas, negras, heterosexuales, lesbianas, bisexuales, viejas, jóvenes, maduras, adscritas a proyectos políticos socialistas, neoliberales, vinculadas a ideologías religiosas.”

<sup>60</sup> Álvarez, *op. cit.*, p. 246.

<sup>61</sup> Judith Butler y Ernesto Laclau, “Los usos de la igualdad” en *Debate Feminista*, Año 10, Vol. 19, 1999, México, p. 116.

<sup>62</sup> Judith Butler, “Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista” en *Debate Feminista*, Año 9, Vol. 18, 1998, México, p. 297.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 311. La autora explica que se ha creado la ficción de que existen dos géneros esencialistas con el fin de limitar la propia fluidez del acto performativo que es el género, y por tanto, se castiga a aquellos y aquellas que pretendan salirse de esta supuesta esencia.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 297. Aunque, como explica Curiel, el “performance” también tiene sus límites cuando hay una vuelta al género binario, y al jugar con los roles de género “...no los reconstruye, sino que los reproduce.” Ver: Curiel, *op. cit.*, p. 4.

Por mi parte, considero que una política de identidad basada, no en el esencialismo, sino en la construcción de una identidad de género como estrategia política y con vistas a una transformación radical, posibilita e impulsa la acción colectiva. Es decir, como afirma Liz Bondi, es necesario reivindicar una política de identidad feminista que sea antihumanista, pero que a su vez conciba la acción política como una posibilidad.<sup>65</sup> Para el movimiento de mujeres es elemental contar con una identidad construida que permita hacer alianzas políticas, bajo el entendido de que ésta puede y debe siempre ser reinventada, cuestionada, construida. Ni la atomización y despolitización de una diferencia que no admite una base común ni un esencialismo que genere exclusiones y falsas universalidades, sino una política de identidad que reconozca, en palabras de las pensadoras de la Librería de mujeres de Milán, que: “una mujer es libre cuando significar su pertenencia al sexo femenino es lo que elige sabiendo que no es objeto de elección”<sup>66</sup>

En el caso del movimiento de mujeres en Nicaragua, la identidad de género ocupó, durante los ochenta y los noventa, un lugar privilegiado en la conformación de redes de solidaridad entre las mujeres. Fue así mismo una estrategia y una nueva fuente de legitimidad; su construcción les permitió organizarse en torno a intereses y objetivos en concreto. Ser mujer se convirtió, con especial énfasis tras la revolución sandinista, en un emotivo pronunciamiento político. Además, el movimiento construyó una nueva identidad para el género femenino. Una que se distanciaba de la esposa, madre o hija, y que las constituía no sólo en “compañeras de la revolución” sino en mujeres capaces de revolucionar y dismantelar hasta la última herencia del Estado capitalista y patriarcal. Las feministas fueron las principales diseñadoras de este nuevo significado de *ser mujer*.

A estas mujeres las movilizó una identidad en común, las ideas y emociones que compartían. Buscaban un acceso más equitativo a las esferas públicas, pero también un cambio fuera de estas: en el ámbito privado, en la cotidianidad, en la dinámica social. Existía un interés de por medio, pero no sólo en términos tradicionales de acceso al poder público, sino en todas las esferas de la vida pues, como reza el slogan de las feministas radicales, estas mujeres se dieron cuenta de que “lo personal es político”.

## **1.5 El Estado y su carácter patriarcal**

He dicho ya que el Estado es, ya sea por las oportunidades u obstáculos que presenta, un actor central para que el movimiento pueda o no avanzar sus demandas, y que es la relación de éste con el movimiento la que ocupa el tema de esta tesis. Para efectos de esta investigación, cuando hablemos de “Estado” haremos referencia a la descripción que han hecho algunas feministas del mismo, puesto

---

<sup>65</sup> Bondi, *op. cit.* pp. 28-29.

<sup>66</sup> *Non credere di avere dei diritti*, 170 (*No creas*, 181). Citado en: Rivera Garretas, *op. cit.*, p. 222.

que su lectura visibiliza la dimensión de género y me permite así entender los efectos que éste tiene sobre el movimiento de mujeres.

Meteoyer lo define como “un aparato complejo y dinámico que está construido por un conjunto diferenciado de instituciones, agencias y discursos derivados de una coyuntura histórica y política particular”<sup>67</sup> La autora señala que el Estado es el escenario donde ocurren las relaciones de poder, en particular las relaciones de género, y no se halla ni “aislado de la sociedad ni los procesos sociales se encuentran completamente sometidos al mismo”.<sup>68</sup> Su carácter dinámico es lo que explica que tanto el Estado pueda condicionar el éxito o el fracaso de los movimientos, como que éstos puedan también influir en él para crear “nuevas oportunidades políticas.”<sup>69</sup>

También Connel reconoce al Estado como un “proceso” y no como un aparato estático. Coincide con Meteoyer en que el Estado no está desligado de los procesos sociales. De hecho, afirma que su estructura institucional “es parte de una estructura social más amplia de relaciones de género”.<sup>70</sup> El reconocimiento de esta característica es fundamental para mi estudio, pues lejos de entender al Estado como un actor inmune a la estructura de género patriarcal existente, se visualiza como una expresión más de la misma, quizás la más desafiante en tanto tiene la capacidad de reproducir y perpetuar esta estructura, desde la dimensión, complejidad y alcance que le otorga ser el reducto central del poder público.

Como afirma Connel, es importante también estudiar el andamiaje institucional del Estado y sus instrumentos de coordinación interna, pues son los que le dan “coherencia en la práctica”.<sup>71</sup> El Estado está conformado entonces por un “conjunto de instituciones sujetas a coordinación (por medios administrativos o presupuestarios) por parte de una directiva estatal”.<sup>72</sup>

Para exponer la dimensión de género que tiene el Estado me basaré principalmente en el estudio de Connel, quien provee un marco teórico para el estudio del mismo, y en la reveladora obra de Catherine A. MacKinnon titulada *Hacia una teoría feminista del Estado*. Ambos autores tejen importantes críticas a los enfoques tradicionales y delinean propuestas desde el feminismo. Principalmente se refieren a las dos perspectivas que han dominado el escenario teórico hasta el

---

<sup>67</sup> Cynthia Chávez Meteoyer, *Women and the State in Post-Sandinista Nicaragua*, London, Lynne Rienner Publishers, 2000, p.8. En este sentido, más allá de ofrecer una lista de elementos que conforman al Estado *per se*, se le ve como una organización política cuya composición puede variar dependiendo del contexto histórico.

<sup>68</sup> *Idem.*

<sup>69</sup> Bárbara Hobson; Marika Lindholm, “Collective Identities, Women’s Power Resources, and the Making of Welfare States”, en *Theory and Society*, Volumen 26, 1997, pp. 479,480. Coincido aquí con Hobson y Lindholm, para las cuales los escenarios institucionales no son estáticos, y por el contrario, constituyen “sistemas dinámicos en los que la contingencia histórica, los actores sociales, y los nuevos campos discursivos desestabilizan y reconfiguran los arreglos institucionales.”

<sup>70</sup> R. W. Connell, “The State, Gender, and Sexual Politics: Theory and Appraisal”, en *Theory and Society*, Volumen 19, 1990, p. 509.

<sup>71</sup> *Idem.*

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 510.

momento: la liberal y la marxista. A continuación se presentarán las principales características de estas concepciones y sus respectivas limitantes para explicar el caso que me ocupa.

Para los liberales el Estado es, o debe ser, “un árbitro neutral entre intereses en conflicto y un garante de los derechos individuales”<sup>73</sup> La ciudadanía, concepto recurrente entre los liberales, consiste precisamente en el ejercicio de estos derechos y en el cumplimiento de ciertas obligaciones civiles, políticas y sociales por parte de los individuos. Es “el reconocimiento por parte del Estado de unos derechos- civiles y políticos-, la presencia efectiva en el espacio público y la participación plena en él por medio del ejercicio de los derechos políticos, esto es, del derecho al voto”.<sup>74</sup> Para los liberales, tanto las instituciones como el marco legal que conforman al Estado son neutrales, es decir, a nivel teórico no se concibe que la estructura estatal beneficie a unos individuos sobre otros. La razón de esta concepción descansa en el origen ilustrado de la tradición liberal. Uno de los principales pioneros y arquitectos de esta tradición es Rousseau, quien plantea la existencia de un Estado cuya legitimidad descansa en un contrato social entre los ciudadanos y la autoridad, por el cual los individuos renuncian a una parte de su libertad, a favor de un orden social benéfico para todos.<sup>75</sup> A pesar de que, siguiendo el argumento ilustrado de universalidad de la razón, las mujeres deberían participar en igualdad en este pacto, lo cierto es que Rousseau establece lo que algunas feministas han llamado “desigualdad natural”. Es decir, para Rousseau, al igual que para otros ilustrados, las mujeres se inclinan “naturalmente” al espacio privado, la naturaleza y el amor, mientras los hombres prefieren la esfera pública, la cultura y en ellos predomina la razón.<sup>76</sup> De tal forma, el ejercicio de una ciudadanía plena de las mujeres no aparece limitada, a nivel conceptual, por parte del Estado; en todo caso, pareciera haber una auto limitación natural por parte de las mujeres.

Sin embargo, otros ilustrados reconocerán la falacia de este sustento “natural” de la desigualdad entre los sexos. John Stuart Mill, heredero de la Ilustración y uno de los principales teóricos liberales del siglo XIX, va a llevar más lejos el principio ilustrado de la universalidad de la razón y va a criticar a un Estado que se suponía liberal, el inglés, por mantener subordinadas a las mujeres a causa de las anacrónicas fuerzas de la tradición y los prejuicios.<sup>77</sup> Propone así, la emancipación de la mujer en varios ámbitos: el derecho a la educación, al trabajo, al voto y leyes matrimoniales más justas;

---

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 512.

<sup>74</sup> Beltrán y Maquieira, *op. cit.*, p. 20.

<sup>75</sup> Lo importante aquí es que, bajo los principios ilustrados de igualdad, racionalidad de los sujetos y autonomía, se concibe a un Estado que deriva su autoridad del consentimiento y el pacto y no de la tradición, como se suponía bajo el Antiguo Régimen. *Ibid.*, pp. 18-20. Para ver una crítica feminista al pacto rousseauiano: Carole Pateman, *The sexual contract*, Stanford, Stanford University Press, 1988.

<sup>76</sup> En la *Dedicatoria a la República de Ginebra del Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* escrita por Rousseau en 1775 se establecen muchas de estas premisas. Para ver una crítica de ésta, ver: Rosa Cobo, *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean-Jaques Rousseau*, Madrid, Editorial Cátedra, 1995.

<sup>77</sup> John Stuart Mill, *The Subjection of Women*, 1869, citado en: *Ibid.*, pp. 51-53.

demandas que, como veremos en el siguiente capítulo, enarbolaba el movimiento de mujeres de la época.

No obstante, a pesar de que en este autor encontramos un reconocimiento de la carga patriarcal del Estado (aunque él no utiliza tal calificativo), lo cierto es que consideraba que en la eliminación de los obstáculos formales, las mujeres tendrían asegurada su plena ciudadanía. De hecho, además de una mayor igualdad en la formulación de las leyes e instituciones políticas, Mill concibe la igualdad de acceso al mercado laboral como otro de los ejes fundamentales de la emancipación. Idea sostenida también por otros liberales de la época (incluidas las sufragistas que analizaremos más adelante) y que se mantiene vigente entre los liberales actuales, como los llamados “teóricos de la modernización”.<sup>78</sup>

En otras palabras, los liberales sostienen que “la ausencia de obstáculos legales [es] condición suficiente para la emancipación”.<sup>79</sup> Por tanto, el papel del Estado debe limitarse a proveer un marco legal e institucional que provea las condiciones para la igualdad y, dado que parten del supuesto de que tanto las leyes como las instituciones son neutrales, vinculan la igualdad “de jure” con la igualdad “de facto”.

Los ciudadanos, por su parte, son presentados como individuos asexuados y desligados de su contexto social.<sup>80</sup> Así es que las mujeres, teóricamente, no tienen necesidades distintas ni condiciones particulares para poder acceder a la ciudadanía.

Finalmente, otra consideración fundamental dentro de la concepción liberal del Estado es la división entre el espacio público y el espacio privado; según la cual, la sociedad se encuentra dividida en dos espacios perfectamente diferenciados y excluyentes. El ámbito público se refiere a las normas, el Estado, el orden, mientras en el privado, a la libertad, la familia, el amor. El concepto de ciudadanía y de política están fundamentados en esta división. Como lo han señalado algunas feministas: “...(L)a definición de ciudadanía ha estado ligada a la participación en el ámbito público y a lo masculino [...], originando dos tipos de leyes que mantienen la separación entre público y privado [...] y que se reproduce por la vía de la intervención de las instituciones del Estado como a través de la organización de la vida cotidiana, familiar y comunitaria.”<sup>81</sup> Y lo político, definido por la teoría liberal, se limita a un “proceso de negociación racional entre individuos, un proceso para contener las

---

<sup>78</sup> La “teoría de la modernización” parte del supuesto de que el capitalismo por sí mismo genera una democracia liberal, la cual a su vez mejora automáticamente el estatus de la mujer”. Creen entonces que la inclusión de la mujer en la producción industrial y en la fuerza de trabajo moderna creará las bases para su liberación, bajo la lógica de que una modernización de tipo capitalista en la economía se “derramará” hacia todos los sectores de la sociedad, incluidos la mujer. Para ver más: Mary E. Hawkesworth, “Democratization: Reflections on Gendered Dislocations in the Public Sphere”, en Rita Mae Nelly (eds), *Gender, Globalization & Democratization*, Estados Unidos, Rowman & Littlefield Publishers, 2001, pp. 226-227.

<sup>79</sup> Beltrán y Maquieira, *op. cit.*, p. 57.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 510.

<sup>81</sup> Aguilar, *op. cit.*, p. 31.

fuerzas de destrucción y establecer el orden.”<sup>82</sup> El espacio privado, vinculado sobre todo con el ámbito familiar y personal, es excluido del quehacer político, su existencia se diluye y se ignora en la medida en que no es algo que incumba a los “grandes temas políticos.” Además, dado que se supone que en este espacio predomina el amor, la fraternidad y la libertad, no conciben a la familia como una organización en la cual se presenten relaciones de poder o de subordinación. Consecuentemente, el Estado no tendría porqué intervenir en este ámbito; muy al contrario, debe respetar ese espacio de libertad individual. Las feministas, incluidas las feministas liberales, cuestionarán esta idealización del espacio privado con la pregunta: ¿libertad para quién?

Hasta aquí se han expuesto los rasgos generales de la concepción liberal del Estado. Toca ahora exponer los principales conceptos de la teoría marxista del Estado.

Para empezar, los marxistas señalan que el Estado no es neutral. Sostienen, en cambio, que éste representa los intereses de las clases dominantes y que sus leyes y políticas actúan en beneficio de estas elites y en detrimento de las clases oprimidas. El Estado es “una herramienta de dominio y represión”<sup>83</sup> y es el principal brazo de poder del capitalismo. No es más que “una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.”<sup>84</sup>

La sociedad se plantea dividida entre las clases dominantes, poseedoras del capital, y las oprimidas que carecen de los medios de producción. Afirman que para estas últimas, para el proletariado, el ejercicio de la ciudadanía ha sido negado por parte de una estructura estatal que actúa en detrimento de las mismas. Así, en el *Manifiesto Comunista* Karl Marx y Friedrich Engels afirman que: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”, y que la burguesía, que se llama así misma iluminada, “no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.”<sup>85</sup>

La deslegitimación, por parte de los ilustrados burgueses, de la autoridad basada en la tradición, dio lugar a una basada en la explotación y el poder económico; a través de la cual se ha creado “*un solo Gobierno, una sola ley, un solo interés de clase...*”<sup>86</sup> Para Marx y Engels el supuesto “interés general” que representa el Estado es una falacia, una ilusión, que impide que las clases desposeídas se pronuncien a favor de sus intereses particulares y se asocien con base en su clase social.

La enajenación y la explotación de los desposeídos por parte de los privilegiados, sólo puede ser superada a través de la revolución, misma que plantean debe ser protagonizada por el proletariado,

---

<sup>82</sup> Verónica Alicia Zebadúa Yáñez, *¿Lo personal es político?: un panorama del concepto de “lo político” en la teoría feminista*, Tesis, México: ITAM, 2001. p. 9.

<sup>83</sup> Catherine A. MacKinnon, *Hacia una teoría feminista del Estado*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1989, p.284.

<sup>84</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista. Obras escogidas*, Madrid, Fundamentos, 1975, pp. 21-34. Citado en: Josetxo Beriain y José Luis Iturrate (editores), *Para comprender la teoría sociológica*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1998, p. 36.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 37. Las cursivas son de la edición.



clase social originada a partir de la industrialización y que tiene la capacidad de poner fin al mismo orden económico que le dio origen. Dicha revolución conducirá a la abolición de las clases sociales, la división del trabajo y la propiedad privada, es decir, al comunismo.

Aunque el objetivo final del proyecto político del marxismo ortodoxo es la eliminación del Estado, se reconoce que en un primer momento el proletariado tendrá que actuar desde el mismo e imponer desde ahí su poder: “...toda clase que aspira a implantar su dominación [...] tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés como el interés general, cosa a que en el primer momento se ve obligada”.<sup>87</sup>

Como podemos ver, la sociedad se concibe dividida, al margen del género, la nacionalidad o la etnia, en clases sociales. Dado que el poder está determinado por las relaciones económicas, la división del trabajo y la propiedad, no se analiza la sociedad en otras categorías que no sean la de clase. Las necesidades de las mujeres y su participación en la vida política y económica son diluidas dentro de la clase social a la que pertenezcan. En otras palabras, lo que importa no es su género, si no en última instancia, si son burguesas o proletarias. Como ilustra la siguiente expresión de un oficial en Yugoslavia en 1978, reproducida por Molyneux, “los marxistas han descubierto que las causas de la opresión de las mujeres no descansan en su opresión por los hombres, sino en su estatus ligado a la clase social [...] Por tanto la única manera de alcanzar la emancipación de la mujer [...] es forjando el camino de la lucha revolucionaria.”<sup>88</sup>

No obstante, el marxismo sí llega a reconocer teóricamente la sujeción de la mujer. Las feministas coinciden en que algunas de las reflexiones más importantes en torno a la subordinación de la mujer, las ofreció Engels en su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.<sup>89</sup> En ésta, Engels argumenta que la opresión de la mujer es resultado directo de la propiedad privada y de su exclusión del proceso productivo.<sup>90</sup> El autor establece que a raíz de que la familia monogámica sustituyó al matriarcado como modelo social, el marido es el único que posee la propiedad privada y sólo él, como varón, puede recibirla o heredarla a través de un sistema patrilineal.<sup>91</sup> Además, la exclusión de la mujer de los procesos productivos hace que no tenga acceso a los productos del trabajo; de tal forma que sin propiedad y sin ningún ingreso material, la mujer queda, a nivel de la familia, sujeta al marido: “El hombre es en la familia el burgués, la mujer representa en ella al

---

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>88</sup> Maxine Molyneux, “Women in Socialist Societies: Problems of Theory and Practice”, en Kate Young, Wolkowitz and Mc Collagh (eds), *Of Marriage and the Market: Womens Subordination Internationally and Its Lessons*, Londres, Routledge, 1984, p. 65.

<sup>89</sup> Hay que señalar que otras autoras se refieren a August Bebel como el autor que fue más favorable a la idea de la emancipación femenina; pues incluso en su obra *Mujer y socialismo* (1985) establece que “la subordinación de las mujeres tiene características específicas que no pueden subsumirse sin más en el marco de la explotación de los trabajadores”. En: Beltrán y Maquieira, *op. cit.*, p. 60. Sin embargo, como afirma Maxine Molyneux, (*ibid.* 1984, p. 64), la postura teórica predominante entre los marxistas es aquella que identifica los orígenes de la subordinación de la mujer con su lugar dentro de la división de clases sociales.

<sup>90</sup> Beltrán y Maquieira, *ibid.*, p. 58.

<sup>91</sup> *Ibid.* p. 59.

proletariado”.<sup>92</sup> Siguiendo la lógica de su argumento, la eliminación de la propiedad privada y el acceso de las mujeres a los procesos productivos son condiciones suficientes para superar su subordinación; es decir, la revolución socialista es el camino para su emancipación. El Estado, tras la revolución, debe garantizar a las mujeres ese acceso, mas no desde políticas específicas para ellas, sino desde una política estatal que las incluye en la categoría de los desposeídos; por su clase social, no por su género.

No obstante, las feministas, socialistas y no socialistas, han señalado los errores y omisiones de la teoría marxista. La experiencia de varios países socialistas, incluyendo el caso nicaragüense, les ha dado la razón: la “cuestión de la mujer”, término utilizado en la literatura marxista, no puede resolverse exclusivamente a través de la lucha de clases.

Para Connel las teorías clásicas del Estado, es decir la liberal y la marxista, son poco útiles pues no reconocen la dimensión genérica de la sociedad; los liberales parten de la idea de un ciudadano “asexuado”, mientras que los análisis socialistas le agregan una categoría social que se limita a las clases sociales.<sup>93</sup> MacKinnon, por su parte, hace un análisis crítico acerca de las concepciones de Estado que han sido propuestas desde el liberalismo y el marxismo, señalando que ninguna reconoce la relación que existe entre el Estado y las mujeres, en específico, la manera en la que el primero encarna los intereses masculinos, legitimando y reproduciendo la subordinación femenina.<sup>94</sup> El concepto de Estado adolece entonces de una “ceguera genérica” (*gender blindness*) pues no toma en cuenta esta dimensión de la identidad ni su importancia en los juegos de poder que se desarrollan dentro y fuera del Estado. Para Kabeer esta ceguera se debe a “suposiciones y formas de pensamiento que han permitido que a las relaciones entre hombres y mujeres se les confiera una apariencia eterna y estática...” como resultado de las concepciones biológicas que confunden al sexo con el género.<sup>95</sup>

Considero que reconocer esta dimensión (*gender awareness*) es fundamental, pues la marginación que ha experimentado la mujer (a partir de concepciones biologicistas convenientemente discriminatorias) se ha perpetuado a través de estructuras de poder políticas, económicas y sociales. El Estado no ha sido la excepción, y ha servido como herramienta para institucionalizar, reglamentar e incluso legitimar esta relación de subordinación y desigualdad entre hombres y mujeres. Como afirma Connel, el Estado es “un vehículo importante de opresión y regulación sexual y genérica”<sup>96</sup> e incluso es la institucionalización central del poder de género por su escala y cohesión. Las feministas han develado que el permanecer en un análisis ciego al género equivale a reproducir el carácter patriarcal del Estado y a perpetuar los privilegios de un género a costa de la marginación del otro.

---

<sup>92</sup> Beriain e Iturrate, *op. cit.*, p.32.

<sup>93</sup> Connel, *op. cit.*, p. 510.

<sup>94</sup> MacKinnon, *op. cit.*, pp. 275-303.

<sup>95</sup> Naila Kabber, “From Feminist Insights to an Analytical Framework: an Institutional Perspective on Gender Inequality”, (en prensa) , p.4.

<sup>96</sup> Connell, *op. cit.*, p. 519.

MacKinnon delinea algunas propuestas para una teoría feminista del Estado, pues expresa que las teóricas feministas “han oscilado entre una teoría liberal del Estado, por una parte, y una teoría izquierdista del Estado por otra”.<sup>97</sup> Una interpretación feminista del Estado, afirma, tendría que responder a la pregunta de “cómo funciona la ley en tanto que forma del poder estatal en un contexto social en el que el poder es genérico” lo cual a su vez atravesaría cuestionamientos previos como ¿qué es el poder estatal?, y ¿cómo trabaja la ley para legitimar el Estado, el poder masculino y a sí misma?<sup>98</sup>

MacKinnon critica a los liberales por considerar que el Estado es un “árbitro neutral entre intereses enfrentados” y a los marxistas por visualizarlo únicamente como una “herramienta de dominio y represión” controlada por las clases capitalistas.

En cuanto al marxismo señala que entender el poder solamente en términos de clase equivale a olvidarse de la experiencia social de subordinación que atraviesa a todas las mujeres y que las exigencias marxistas pueden satisfacerse sin alterar la desigualdad entre mujeres y hombres. Expresa también que el feminismo y el marxismo, a pesar de ser ambas “teorías del poder, de sus consecuencias sociales y de su injusta distribución” no han podido empatar sus cosmovisiones.<sup>99</sup>

Como explicaré más adelante, la experiencia de las mujeres nicaragüenses coincide con este hecho pues, después de haber pensado que no podría haber revolución sin emancipación de la mujer, se dan cuenta de que la lucha por la mujer tendría que hacerse fuera de la revolución sandinista.

Por otro lado, los principios de neutralidad y objetividad que constituyen la concepción liberal del Estado coadyuvan, según MacKinnon, a perpetuar el dominio masculino. La objetividad como norma y la racionalidad práctica como fin son maneras masculinas de hacer política, donde se privilegia el cómo son las cosas y el mantenimiento del *status quo*. El principio de neutralidad supone que no hay desigualdad entre los sexos, que “la sociedad, en ausencia de la intervención del gobierno, es libre e igual”<sup>100</sup> y que por tanto es deseable que el Estado no intervenga del todo. A estos principios, se agrega idea de que en el espacio privado rige la fraternidad y el amor, a partir de lo cual se crean vacíos legales e institucionales que impiden erradicar la violencia intrafamiliar hacia la mujer. La práctica de *laissez faire* se ha impuesto en Nicaragua a partir de los noventa bajo estos supuestos. Los gobiernos consideran que no es necesario impulsar programas específicos para el bienestar de la mujer, pues con las oportunidades que provee el mercado, todos los individuos por igual podrán satisfacer sus necesidades. Nada más lejano de la realidad. Las mujeres nicaragüenses han cargado con los costos privados de los ajustes estructurales realizados a partir de los noventa y hoy más que

---

<sup>97</sup> MacKinnon, *op. cit.*, p. 283.

<sup>98</sup> *Idem.*

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p. 292.

nunca se hace evidente que la inclusión de la mujer en la producción industrial puede coexistir con patrones de subordinación femenina que generan dobles y triples jornadas de trabajo.

En el marco teórico que desarrolla Connel encontramos seis características del Estado que me parecen elementales: 1) el Estado está constituido dentro de un sistema social de relaciones de género y él mismo institucionaliza el poder de género (poder que se obtiene a partir de “ser hombre” o “ser mujer”); 2) todos los Estados poseen un determinado “régimen de género” compuesto por la división sexual del trabajo y una burocracia con “jerarquías de género”, que reflejan en gran parte el orden de género que opera en la sociedad en general; 3) la manera en la que el Estado incorpora al género le da la capacidad de “hacer género” pues regula cómo se darán las relaciones de género en la sociedad; 4) el Estado tiene la capacidad de generar y transformar los componentes básicos del sistema de género existente; dada esta capacidad y poder, 5) el Estado se vuelve el principal blanco de las movilizaciones que buscan cambiar las relaciones de género; y concluye que 6) el Estado está cambiando de manera constante, al igual que las relaciones de género, por ende la posición del Estado respecto al género no es estática.<sup>101</sup> Entender esta última característica del Estado permite, como Connel mismo afirma, no caer en discusiones teóricas acerca de si el Estado es “esencialmente” patriarcal y establecer, más bien, que es patriarcal por un proceso histórico y por unas prácticas sociales concretas. Además, el entender al Estado como un actor cambiante y no como inevitablemente patriarcal, explica que las mujeres se movilicen frente al mismo y busquen obtener resultados positivos de sus alcances.

## **1.6 Autonomía y acción política**

Existe un debate entre las feministas de la igualdad y de la diferencia sobre las prácticas que los movimientos de mujeres pueden y deben tener, a pesar de que ambas corrientes coinciden en que el Estado ha tenido hasta el momento un carácter patriarcal. Mientras las feministas de la igualdad plantean que es necesario tener como interlocutor al Estado, pues la institucionalización de las demandas y la creación de leyes permite avanzar los intereses de las mujeres; las feministas de la diferencia parten de una visión más radical de la autonomía, según la cual cualquier ley o institución que emane del Estado seguirá siendo patriarcal.

Así tenemos, que autoras como Clara Murguialday consideran que la dependencia organizacional y de recursos no implica necesariamente la incapacidad de elaborar “plataformas, estrategias o luchas que respondan a los intereses de las mujeres;<sup>102</sup> pues en todo caso la autonomía es un “concepto

---

<sup>101</sup> Connell, *op. cit.*, pp. 519-525.

<sup>102</sup> Clara Murguialday (coord.), *Feminario resultado del Encuentro “Relaciones Internas en el Movimiento de Mujeres”* que se realizó los días 2 y 3 de octubre de 1992 en Matagalpa, Nicaragua, (en prensa), p.17.

relacional y es en las relaciones sociales donde [se pueden] empezar a hacer propuestas”<sup>103</sup> O a feministas como Vargas y Meynen que señalan que es un error reducir la autonomía a las organizaciones compuestas sólo por mujeres y que dada la multiplicidad de identidades que atraviesan el ser mujer (sindicalistas, madres, campesinas, pobres, etc.) es evidente que las organizaciones desde las cuales decidan actuar pueden ser de carácter muy diverso.<sup>104</sup> Por otro lado, tenemos una visión más crítica como la que ofrece la feminista de la diferencia Francesca Gargallo, la cual expresa que al tener como interlocutor al Estado “las demandas se dirigen, para bien o para mal, a quien controla el poder. Y demandar implica pactar, reducir el propio ideario, evitar la confrontación.”<sup>105</sup> Es decir, llegar a acuerdos con el Estado o los partidos políticos en el poder equivaldría a diluir las demandas y, eventualmente, a una pérdida de la autonomía.

La autonomía constituye así uno de los principales elementos que define la relación entre el Estado y los movimientos de mujeres. En la presente investigación sostengo que la autonomía que mantiene el movimiento en relación al Estado puede manifestarse en dos sentidos: autonomía organizacional y autonomía de recursos. Con la primera me refiero a si el movimiento opera dentro de las instituciones del Estado o de las elites gobernantes (incluyendo el partido político del gobierno en turno); con la segunda, a la dependencia de los recursos públicos para llevar a cabo sus lineamientos. En relación a la autonomía de recursos es importante mencionar que no sólo se manifiesta en relación al Estado, sino también respecto al financiamiento internacional.<sup>106</sup>

Como efectos de esta autonomía señalo dos principalmente: construcción de una política de identidad basada en el género, es decir, en el hecho de ser mujeres; y la capacidad de establecer una agenda propia que responda a los intereses de las miembros del movimiento.

---

<sup>103</sup> *Ibid*, p. 14.

<sup>104</sup> Wichy Meynen y Virginia Vargas, *La autonomía como estrategia para el desarrollo desde los múltiples intereses de las mujeres*, (en prensa) , pp. 11- 13.

<sup>105</sup> Gargallo, *op. cit.*, p. 154.

<sup>106</sup> Justamente esta es una de las vertientes de la autonomía de recursos que van a poner sobre la mesa las feministas (sobre todo las de la diferencia) a partir de los noventa. Ver capítulo 4, notas 319 y 320.

## **Capítulo 2: Orígenes del movimiento de mujeres en Nicaragua**

Poco se ha escrito acerca de los albores del movimiento de mujeres en Nicaragua. Generalmente los estudios se centran en los años posteriores al triunfo de la revolución de 1979 y en la década del noventa (conocida como etapa post-sandinista). Las razones tienen que ver con la falta de documentación suficiente para estudiar las etapas anteriores y con la inclinación de las académicas consultadas hacia las movilizaciones que defienden los intereses más ligados al feminismo, los cuales tienden a ubicarse precisamente durante el periodo sandinista.

Como se dijo ya, el tema que ocupa a esta investigación tiene como marco histórico, principalmente, las dos últimas décadas del siglo XX, en cuanto busca estudiar las transformaciones que experimentó el movimiento de mujeres nicaragüense a partir de 1979, como resultado de las transiciones políticas en el país y del quiebre en el modelo de Estado. Sin embargo, para poder contextualizar estos cambios, es necesario delinear cuáles eran las condiciones del movimiento en los años previos, así como entender qué tipo de enfoque dominaba las medidas impulsadas por los gobiernos sandinista y pos-sandinistas.

Para ello analizaré el papel del Estado y la situación del movimiento desde los primeros años de la independencia hasta la primera mitad del XX. Principalmente se abordarán dos momentos históricos. En el primero incluiré los sucesos del siglo XIX, nacionales e internacionales, que son relevantes para la investigación: los inicios de la Nicaragua independiente, el surgimiento de la “primera ola” del movimiento de mujeres a nivel mundial, las reformas liberales en Centroamérica, el gobierno liberal de Zelaya y el comienzo de las movilizaciones por el sufragio femenino y otros derechos civiles en Nicaragua. En el segundo momento, por su parte, trataré los años de la dictadura somocista (1933-1978), el ingreso de las primeras mujeres en el Partido Liberal y la obtención del voto femenino en América Latina.

### **2.1 Liberalismo e independencia: las mujeres como individuos “iluminados”**

En el año de 1838 nace el Estado de Nicaragua como Estado libre, soberano e independiente. Después de la Independencia de Centroamérica (hasta entonces conocida como la Capitanía General de Guatemala), la anexión al Imperio Mexicano de Iturbide y el intento por formar una

República Federal Centroamericana en 1821, Nicaragua decide separarse y constituir un Estado independiente.<sup>107</sup>

El liberarse del régimen colonial, empero, no se tradujo en un mejoramiento de las condiciones para América Latina. Más bien, al igual que otros países latinoamericanos,<sup>108</sup> Nicaragua va a entrar (de 1854 a 1936) en un periodo de lucha entre liberales y conservadores que generó un clima de inestabilidad política, falta de crecimiento económico, fragmentación nacional e incipiente autoridad central.<sup>109</sup> De hecho Centroamérica fue la región que tardó más en superar estos enfrentamientos y por tanto la consolidación del Estado y de sus instituciones fue, por muchos años, un proceso pendiente.

En general el perfil ideológico y la posición socio-económica de los liberales y los conservadores fueron los mismos en toda América Latina. Los primeros se caracterizaban por vivir en los centros portuarios o en las ciudades que recibían mayor influencia del exterior, acogían la ideología ilustrada y estaban integrados por comerciantes, profesionales e intelectuales. Los segundos, por su parte, solían vivir en las provincias, pertenecían a las elites tradicionales beneficiadas por la colonia, y estaban conformados por terratenientes, miembros del clero, artesanos y campesinos.

El caso nicaragüense obedecía a este patrón. Los primeros, conocidos popularmente como “calandracas”,<sup>110</sup> estaban representados por la burguesía mercantil, criolla, pro-independentista, anticlerical e ilustrada, eran habitantes de la ciudad de León y estaban organizados en el Partido Liberal Nacionalista. Los conservadores, en cambio, estaban conformados por la oligarquía ganadera, pro imperial, asentada en Granada y fundadora del Partido Conservador.

Sin embargo, las diferencias entre ambos grupos parecen diluirse cuando se trata del papel que cada uno otorgaba a la mujer dentro de la sociedad. Ambos coincidían en no incluirlas en los debates políticos y en que fueran los hombres los que decidieran el futuro del otro sexo.<sup>111</sup>

Asimismo, consideraban que el “papel de la mujer estaba destinado al espacio de la familia bajo el marco institucional del matrimonio”,<sup>112</sup>

---

<sup>107</sup> Generalmente se suele tomar como fecha de independencia el año de 1821, pero estrictamente hablando es hasta 1938 cuando ya se puede hablar de un Estado nicaragüense con instituciones propias. Para ver más: Marcia Traña Galeano, *Apuntes sobre la historia de Managua*, Managua, Printart Editores, 2000, pp. 60-61.

<sup>108</sup> Cabe señalar que la excepción más notable es Brasil. Este país no experimentó una guerra civil derivada del enfrentamiento entre liberales y conservadores, pues su proceso de independencia no generó vacíos de poder (de hecho no hubo guerra de independencia) y los intereses de las élites estaban representados en la nueva administración. Para ver más sobre el caso brasileño, ver: Nathaniel Leff, “Economic Retardation in Nineteenth-Century Brazil”, *Review of Economic History*, agosto, 1972, pp. 484-507.

<sup>109</sup> Ver Tabla 1

<sup>110</sup> Las expresiones “calandracas” y “timbucos”, se utilizan en la jerga nicaragüense para designar a flacos y gordos respectivamente, de acuerdo a la buena alimentación y posición social que cada grupo tenía.

<sup>111</sup> En este sentido, ambos grupos “heterodesignan” la identidad de las mujeres y no permiten que sean ellas quienes la construyan y decidan, como sería en el caso de una identidad “autodesignada”.

<sup>112</sup> Teresa Cobo del Arco, *Políticas de Género durante el Liberalismo: Nicaragua 1893-1909*, Managua, UCA, 2000, p. 71.

Dado que es la ideología de los liberales la que sentará las bases para el diseño de la nueva república nicaragüense, es necesario puntualizar cuáles fueron los rasgos y los orígenes de ésta, en especial, en lo referente al papel asignado a la mujer dentro de la Nicaragua independiente.<sup>113</sup> Esto, a su vez, nos permitirá rastrear los inicios del movimiento de mujeres a nivel internacional y su influencia sobre el nicaragüense.

### 2.1.1 Los calandracas: mujer y discurso ilustrado

Los calandracas o republicanos, al igual que los demás liberales latinoamericanos, basaron sus ideas de nación e independencia en el discurso ilustrado y en los postulados de la Revolución Francesa.<sup>114</sup> De ahí que retomen conceptos como autonomía, universalidad de la razón, igualdad y solidaridad como principios emancipadores y ejes de crítica para articular sus demandas y erigir sus reivindicaciones libertarias.

Así, la colonización de los países latinoamericanos por parte de los imperios europeos es deslegitimada a partir de la lógica del argumento ilustrado: si todos los seres humanos poseen una razón común que los hace libres e iguales, ninguna relación de poder sustentada en la superioridad de cultura, religión, etnia, clase social o estamento, tal y como existía durante el Antiguo Régimen, es válida. El proceso de la colonia, por el cual una población y un territorio eran controlados por un poder externo, pierde toda justificación, pues los colonizados poseían las mismas capacidades que los colonizadores y por tanto podían autogobernarse y construir un Estado soberano.<sup>115</sup>

Por su parte, la relación de poder y dominación entre el género femenino y masculino también es cuestionada por la razón ilustrada; aunque es la versión más “radical” de la Ilustración la que desarrolla y aplica sus argumentos teóricos a profundidad.<sup>116</sup> En Nicaragua tanto las activistas

---

<sup>113</sup> El diseño de los liberales será instaurado con mayor fuerza, constitucional e institucionalmente, a partir de las reformas liberales y de la Revolución Liberal de Zelaya en 1893. Sin embargo, es aquí donde empiezan a delinearse sus fundamentos ideológicos.

<sup>114</sup> Cobo del Arco, *op. cit.*, p. 25.

<sup>115</sup> Cristina Sánchez Muñoz, “Genealogía de la vindicación”, en Beltrán y Maquieira, *op. cit.*, p. 19. La emancipación como sinónimo de autonomía tanto en “el orden de lo racional como en el terreno de lo político” significaba liberarse de las autoridades que basaran su legitimidad sólo en la tradición y no en el consentimiento o en el pacto *rousseauiano*. (El pacto *rousseauiano* se caracteriza por ser un pacto suscrito por voluntad propia. A diferencia del pacto que plantea Hobbes según el cual los individuos se someten a la voluntad de un tercero (la autoridad o el Estado), en este caso el pacto se deriva de la voluntad del pueblo y de un acto soberano del mismo. De ahí que la legitimidad de la autoridad resida en su capacidad de respetar los derechos de los ciudadanos.)

<sup>116</sup> Por Ilustración radical entiendo aquella que radicaliza los conceptos de universalidad e igualdad y los aplica a mujeres y hombres por igual en un ejercicio de lógica y de coherencia de principios. Este punto ha sido analizado cuidadosamente por feministas como Celia Amorós, quien vincula Polain de la Barre, D’Alembert, Condorcet, Olympe de Gouges y Mary Wollstonecraft como pensadores y pensadoras radicales de la Ilustración, y relaciona a Rousseau, Sylvain Maréchal, Kant, entre otros, con una Ilustración excluyente,



como los políticos liberales abrigaron una versión de la Ilustración más conservadora, diferente de aquella que sentó las bases ideológicas de la primera ola del movimiento de mujeres en Europa y Estados Unidos.

En este sentido, coincidían con el resto de los liberales latinoamericanos, quienes consideraban que el papel fundamental de la mujer se hallaba en el ámbito privado, como madre y esposa, de tal forma que quedaran establecidas las condiciones necesarias para que “el varón pudiese acceder y dedicarse al ámbito público-político”.<sup>117</sup> Sin embargo, en este mismo discurso de género confluye un enfoque que reconoce que la participación de la mujer en el ámbito laboral y educativo puede ser de gran utilidad en la modernización de las nuevas naciones.

De esta manera, el matiz que distingue la visión de género de los liberales de la de los conservadores es que para los primeros las mujeres, además de cumplir con su rol genérico tradicional, podían trabajar y recibir una educación. O dicho de otra manera, los liberales querían que las mujeres fueran miembros iluminadas de la nueva sociedad secular, mientras que los conservadores deseaban mantenerlas dentro de una formación religiosa que les inculcara sólo su valor dentro de la familia.<sup>118</sup>

De acuerdo con Victoria González, las elites liberales nicaragienses presentan tres cambios importantes con respecto al discurso del papel de la mujer en la sociedad: se hace público el argumento de defensa de la educación de la mujer, se reconoce que la problemática de las mujeres las atraviesa a todas como grupo genérico y se acepta que las políticas gubernamentales desempeñan un rol importante en la determinación de la situación de las mujeres.<sup>119</sup>

Los cambios que introdujeron los liberales latinoamericanos están centrados en los rubros de educación, trabajo y derechos de las mujeres casadas. Detrás de estas reformas existe un reconocimiento de que la sujeción de la mujer es incompatible con el republicanismo y la sociedad ilustrada, aunque hay que reconocer, que existía también un interés pragmático que buscaba la utilización de la mano de obra femenina en el nuevo modelo económico y que las mujeres formaran a los ciudadanos a través de una educación laica y republicana.

---

misógina y patriarcal que niega a las mujeres el derecho a la educación y a la ciudadanía plena; y que se refiere por otra parte a que. Por ejemplo, Rousseau, uno de los teóricos más relevantes dentro del ideal ilustrado, excluye a las mujeres de la ciudadanía y del pacto político, pues expresa que su papel es el de ser “las castas guardianas de las costumbre y los dulces vínculos” y su educación debe “estar en relación con la de los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos”. Citado en: Cristina Sánchez Muñoz, *ibid.*, pp. 22, 24. Condorcet, por otro lado, hacía extensivos los logros de la Ilustración a todo ser humano en un ejercicio de universalismo ético y afirma: “O bien ningún individuo de la especie humana tiene verdaderos derechos o todos tienen los mismos; y el que vota contra el derecho de otro, cualquiera que sea su religión, color o sexo, ha abjurado de lo suyos a partir de ese momento”, *ibid.*, p. 27.

<sup>117</sup> Cobo del Arco, *op. cit.*, p. 12.

<sup>118</sup> Victoria González, *Josefa Toledo de Aguerri (1866-1962) and the forgotten history of Nicaraguan feminism, 1821-1955*, (en prensa), p. 40.

<sup>119</sup> *Ibid.*, pp. 5, 6.

En Nicaragua las reformas se implementaron con mayor fuerza a partir de 1893, con la revolución liberal de José Santos Zelaya que puso fin a treinta años de dominio conservador y que permaneció en el poder hasta 1903. En esta etapa se sientan las bases del Estado Nacional, “con la realización de reformas socioeconómicas y políticas que perseguían la modernización de la sociedad nicaragüense, así como la reglamentación que normaba el rol de las mujeres en la vida pública y privada”.<sup>120</sup>

En cuanto a los derechos de las mujeres casadas, los liberales llevaron a cabo reformas jurídicas que mejoraron considerablemente su situación. Antes del gobierno de Zelaya, el código civil nicaragüense estaba basado, al igual que el del resto de los países latinoamericanos, en la tradición legal española.<sup>121</sup> La mujer casada tenía un estatus de menor de edad y estaba incapacitada, casi por completo, para tomar cualquier decisión sin la autorización previa del cónyuge. El cambio de estos lineamientos jurídicos respecto a la mujer casada dependía en gran medida de que las relaciones entre Iglesia y Estado se transformaran, y permitieran a este último legislar sobre el ámbito privado de la familia y el matrimonio.<sup>122</sup> En Centroamérica esto ocurrió precisamente durante las revoluciones liberales de fines del siglo XIX y en Nicaragua, en específico, durante la revolución de Zelaya.

A grandes rasgos, el nuevo código civil en Nicaragua (que reemplaza al de 1867) reconoce una mayor capacidad jurídica y un derecho de propiedad más amplio para las mujeres casadas, y adopta el régimen de separación de bienes de manera preestablecida, en caso de que no se especifique lo contrario.<sup>123</sup> La mujer nicaragüense podía, al menos *de jure*, administrar sus propios bienes y controlar directamente sus ingresos. El nuevo código de 1904 anula también la anterior disposición de que la mujer casada necesitaba, para ejercer su profesión, comparecer en juicio y mostrar la autorización del marido.<sup>124</sup> Asimismo, se introduce la libertad testamentaria, por la cual los cónyuges pueden decidir libremente sobre la repartición de sus bienes.<sup>125</sup>

---

<sup>120</sup> Cobo del Arco, *op. cit.*, p.1.

<sup>121</sup> Carmen Diana Deere, Magdalena León, *Género, Propiedad y Empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, México, UNAM-FLACSO, 2002, pp. 54-55. Este modelo dictaba, en lo referente a las mujeres casadas, los siguientes lineamientos señalados en el estudio de Deere y León: i) capacidad jurídica femenina limitada por la potestad marital, ii) representación masculina del hogar, iii) administración por el esposo del patrimonio común de la sociedad conyugal y de la propiedad individual de la mujer al momento de casarse, iv) el derecho del esposo de restringir el empleo de su esposa fuera del hogar y de controlar sus ingresos, v) el derecho del esposo de determinar la residencia de la pareja, v) el requerimiento de que las esposas prometan obediencia y fidelidad a sus esposos y vii) la autoridad del padre sobre los hijos y sus propiedades.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>123</sup> *Ibid.*, pp. 57-60.

<sup>124</sup> Cobo del Arco, *op. cit.*, p. 90.

<sup>125</sup> En este rubro cabe mencionar también la llamada “porción conyugal”, la cual, en el caso de Nicaragua y Honduras establecía una cuarta parte de los bienes testados para la viuda, misma que ocupa el segundo lugar en el orden de preferencia, en caso de muerte intestada. Con esta medida los liberales logran otorgar un mínimo de protección a las viudas. Deere y León, *op. cit.*, pp.65-81. Para ver más acerca de los códigos civiles de otros países latinoamericanos, resultan muy útiles los cuadros 2.2, 2.3 y 2.5 de las páginas 65, 68 y 80 respectivamente.

Sin embargo, estas reformas tuvieron algunas limitantes, como el hecho de que el nuevo código civil en Nicaragua mantuviera explícitamente la obligación de que los hogares estuvieran representados por el esposo.<sup>126</sup> La patria potestad y el principio de obediencia de la mujer a su marido, mermaron de manera considerable los alcances en términos de la propiedad y la administración de los bienes. Además, estos derechos sólo se otorgaban a las mujeres casadas por la ley civil, práctica que no estaba del todo extendida en la sociedad nicaragüense.<sup>127</sup> Finalmente, otro factor no menos importante radica en el limitado alcance que tienen las leyes. En general, el peso de los usos y costumbres, aunado al perfil de la educación femenina, impide que las leyes se traduzcan en prácticas distintas. Dicho de otro modo, si el modelo de mujer predominante estaba más relacionado con valores de abnegación y sujeción al hombre, difícilmente las mujeres podían capitalizar realmente los nuevos derechos adquiridos. Además, en esta etapa la participación de las mujeres era muy escasa, así que los cambios introducidos reflejaban más bien las ideas de un grupo político masculino, o en todo caso de una pequeña elite femenina, y no las demandas de una lucha amplia de mujeres por cambiar las cosas.

En lo que respecta a los derechos laborales de las mujeres, Cobo del Arco y González coinciden en que éstos fueron ampliados con un claro propósito: la necesidad de fomentar la participación femenina en la fuerza laboral para apoyar los esfuerzos de industrialización.<sup>128</sup> A diferencia del discurso conservador que relegaba las labores femeninas al ámbito doméstico (en los hogares propios o de las familias hacendadas) y de la reproducción,<sup>129</sup> los liberales impulsaron políticas económicas y reformas jurídicas que promovían la incorporación de la mano de obra femenina en las industrias manufactureras y en las actividades de agroexportación.

La modernización del Estado que buscaban impulsar los liberales centroamericanos a partir de sus reformas, contemplaba la “organización de los recursos necesarios para el desarrollo de una economía de exportación, sobre todo cafetalera”.<sup>130</sup> En Nicaragua, el gobierno de Zelaya realizó reformas importantes con este fin, como la modernización de las redes de transporte y la creación

---

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>127</sup> La mayor parte de las parejas vivían en uniones de hecho, en especial las de los sectores populares que no se habían incorporado a las nuevas dinámicas de Estado laico y ciudadanía impulsadas por los liberales de las clases medias y altas.

<sup>128</sup> *Ibid.*, p. 61. Cobo del Arco, *op. cit.*, p. 50. González (en prensa), *op. cit.*, p. 70, 72.

<sup>129</sup> *Ibid.*, pp. 60- 62. Sólo en épocas de crisis económicas los gobiernos conservadores flexibilizaban la reglamentación laboral para poder incluir a las mujeres en las actividades agrícolas.

<sup>130</sup> Cobo del Arco, *op. cit.*, pp. 27, 58, 59, 65. El modelo económico anterior, entre 1821 y 1893, estaba basado en la hacienda tradicional que producía bienes para el consumo interno y centroamericano (cacao, añil, ganado) con bajos niveles de tecnología y de inversión. Los rezagos de un proyecto colonial mercantilista, la falta de infraestructura de transporte y la inestabilidad política crearon serios obstáculos para el desarrollo industrial del país. Aunque los conservadores impulsaron al final de su período la explotación de recursos naturales altamente comerciables (metales, hule, madera, entre otros), lo hicieron sólo en la Costa Atlántica del país bajo la modalidad del “enclave”, misma que impidió derrames económicos hacia los centros urbanos y los mercados domésticos por su aislamiento geográfico.

de un sistema financiero nacional que impulsara la inversión.<sup>131</sup> El modelo liberal nicaragüense fue exitoso, al igual que el de la mayoría de los países latinoamericanos. La llamada “Época Dorada” se sostuvo de 1870 hasta 1913 aproximadamente y presenta rasgos comunes en toda la región: estabilidad política a partir del triunfo de las elites liberales, avances en las tecnologías de transporte y de producción, mayor intercambio comercial, creación de instituciones financieras nacionales, aumento de inversión extranjera e industrialización incipiente.

El gobierno de Zelaya y las elites liberales buscaron incorporar a la mujer dentro de la economía nacional para alcanzar el progreso prometido y lograr hacer del país “el granero de Centroamérica”. En el sector industrial, esta incorporación se presentó sobre todo en aquellas “relacionadas con actividades consideradas como femeninas, como eran las de hilados, tejidos, sombrerías, entre otras.”<sup>132</sup> También en el área de servicios, el perfil de género tradicional de ciertos empleos facilitó su inserción, como fue el caso de puestos en enfermería, artesanía, corte y confección, lavado y planchado ajeno, elaboración de alimentos; y para las de mayores recursos económicos, en negocios de panaderías, hoteles o venta de productos de consumo interno.<sup>133</sup> En las actividades de agroexportación, por su parte, el ingreso de las mujeres se promovió sobre todo entre los sectores populares.<sup>134</sup>

No obstante, para que pudieran cumplir con este nuevo rol laboral y con el de “formadoras de nuevos ciudadanos”, era necesario que las mujeres recibieran una educación laica a la manera de las sociedades más progresistas. A final de cuentas, la capacitación de ambos sexos era necesaria para garantizar el desarrollo económico y para que la mano de obra fuera más productiva.<sup>135</sup> La instauración de la educación pública, con la cual se traspasaría al ámbito estatal un servicio que antes era proveído por la Iglesia, fue uno de los principales objetivos de los liberales.<sup>136</sup>

Esta educación, sin embargo, no era neutral respecto al género y promovía ciertas habilidades, principios y conocimientos específicos para cada cual. A las mujeres se les educó para que siguieran desempeñando sus labores tradicionales en lo privado, aplicando desde luego los nuevos valores republicanos. Como afirma Teresa Cobo, “...los Estados liberales impulsaron la educación de las niñas para sentar las bases de su proyecto político desde el hogar, pues a través de su educación se pretendía formar a los futuros ciudadanos y especializarlas en las actividades

---

<sup>131</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>132</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>133</sup> *Ibid.*

<sup>134</sup> *Ibid.*, pp. 153-171. A pesar de que algunas mujeres terratenientes dedicadas a la producción agrícola y ganadera aprovecharon los incentivos de inversión promovidos por los liberales, lo cierto es que la mayoría de las mujeres que participaron en el modelo eran campesinas pobres que trabajaban en las haciendas cafetaleras y que se incorporaron así al trabajo agrícola asalariado. Dado que el cultivo de café requería de grandes extensiones de tierra y del uso intensivo de mano de obra para crear economías de escala y ser más capitalizable, las mujeres fueron bienvenidas para sumarse a los recursos humanos que exigía la nueva demanda laboral.

<sup>135</sup> González (en prensa), *op. cit.*, p. 70.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 67.

domésticas”.<sup>137</sup> De esta forma, la educación que fomentaron los líderes liberales para iluminar a las miembros del “bello sexo” (como se les llamaba en la literatura de la época) estaba centrada en los roles tradicionales de la mujer. Por ejemplo, en 1837 se abrió una escuela primaria pública donde se les enseñaría a “leer escribir, contar, dibujar, coser y tejer”, así como “valores cristianos, filosofía y economía del hogar”.<sup>138</sup> Otro rasgo de la educación femenina es que promovía la formación de las mujeres en el magisterio, pues se consideraba que eran “naturalmente” más aptas para educar a otros como lo hacían en sus propios hogares.<sup>139</sup> La educación superior siguió reservada a los varones, así es que el número de mujeres educadas se incrementó sólo a nivel primaria, secundaria y en las normales.

Sin embargo, la participación de la mujer nicaragüense en las actividades docentes y en los campos político y económico no fue sólo promovida por parte de los gobiernos liberales. En Nicaragua, una elite de mujeres se movilizó en y a través de la academia, de los partidos liberales y del gobierno, reclamó su espacio propio y erigió desde ahí sus demandas. En el resto del mundo, la primera ola del movimiento de mujeres, que daba ya sus primeros frutos en los países pioneros (Estados Unidos, Francia e Inglaterra), también se había organizado para exigirle al Estado sus derechos. Es decir, las mujeres ilustradas no fueron objetos pasivos de las políticas impulsadas por los liberales, sino sus protagonistas. Después de varios años de lucha, las demandas de la primera ola se empezaron a escuchar en América Latina y Nicaragua no fue la excepción.

### **2.1.2 La primera ola del movimiento de mujeres: las sufragistas**

La primera ola del movimiento de mujeres tiene como principales escenarios Francia, Inglaterra y Estados Unidos; se presenta desde fines del siglo XVIII y con mayor auge durante todo el siglo XIX. Las demandas que ocupan su agenda política son el derecho a la educación, el derecho al trabajo, los derechos matrimoniales y el derecho al voto, pues la esfera pública y la ciudadanía les habían sido negadas. La lucha por obtener el derecho al voto les valió ser denominadas “sufragistas.”

---

<sup>137</sup> *Ibid.*, p.33.

<sup>138</sup> “Instrucción Pública”, *Aurora de Nicaragua*, no. 2. 1837, p. 2. Citado en: González (en prensa), *op. cit.*, p. 20.

<sup>139</sup> González (en prensa), *ibid.*, p. 28. El Colegio de Señoritas de Granada, por ejemplo, fundado en 1882, era el primero de carácter secular para mujeres y era precisamente una normal que preparaba a las alumnas para ser maestras de primaria y secundaria. Esta concepción del magisterio como ocupación óptima para las mujeres sigue existiendo hoy en día en varios países latinoamericanos. De ahí que en el campo de la enseñanza básica y media, que no en la superior, sea común que predomine la presencia femenina.

En Francia, las mujeres *resignificaron* las demandas de la Revolución, de tal forma que las máximas de universalidad, republicanismo y derechos individuales también las incluyeran a ellas. Estas pioneras se enfrentaron a una revolución que había eliminado la relación de subordinación entre nobles y plebeyos por ser “artificial”, pero que la había mantenido en el caso de hombres y mujeres por considerarla “natural”. Por ello, una pensadora como Olympe de Gouges, escribe la *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana* en 1791 para denunciar la “falsa universalidad del término «hombre»” utilizado en el discurso revolucionario oficial.<sup>140</sup> Por su parte, las inglesas enarbolaban también el discurso ilustrado, como lo muestra la obra de Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los Derechos de la Mujer* (1792), en la cual expresa el derecho a la educación femenina y el derecho de las mujeres a la “individualidad” y la “capacidad de elección de su propio destino”.<sup>141</sup> De igual forma en Estados Unidos el derecho al voto se presenta como uno de los principales objetivos del movimiento y en 1848 las norteamericanas dan a conocer un texto en el que queda claro que su unión está basada en el hecho de ser mujeres y en estar excluidas y subordinadas como grupo social: la *Declaración de Sentimientos de Seneca Falls*.<sup>142</sup> Las sufragistas estadounidenses lograron incluso tener un mayor impacto que las europeas en términos prácticos, pues gracias a las alianzas que realizaron, pudieron constituir un importante movimiento social.<sup>143</sup>

La lógica del argumento ilustrado y el uso de la razón “como arma crítica de irracionalización de lo positivamente dado”<sup>144</sup> son replanteados por las europeas y estadounidenses para deslegitimar la desigualdad entre los sexos: si existe una razón común a todos los seres humanos (de carácter universal) entonces todos (mujeres y hombres) somos iguales en cuanto portadores de esa característica que nos empuja hacia la libertad.<sup>145</sup> De esta manera, varias pensadoras e intelectuales emplearon los conceptos ilustrados para hacer visibles las contradicciones que implicaba el negarle a la mujer el ejercicio pleno de la ciudadanía en un momento histórico en el cual se denunciaron los privilegios y se defendieron los derechos universales del ser humano.

---

<sup>140</sup> Cristina Sánchez Muñoz, *op. cit.*, p. 31.

<sup>141</sup> *Ibid.*, p.32.

<sup>142</sup> En esta declaración, además, retoman el discurso ilustrado de la independencia para justificar su “independencia” frente al sistema patriarcal que las tenía subyugadas.

<sup>143</sup> Las europeas tuvieron como limitantes las trabas impuestas por el Estado para que se organizaran (Robespierre, por ejemplo, prohibió en 1793 los clubes y las sociedades literarias femeninas) y la falta de alianzas con mujeres u hombres de otros movimientos sociales. En cambio, las sufragistas estadounidenses, a pesar de caracterizarse igualmente por ser en su mayoría mujeres liberales de clase media, alcanzaron un tipo de organización más efectiva, basado en alianzas con otros movimientos sociales como el abolicionista y el de la reforma moral en las primeras décadas del siglo XIX. De ahí que estas mujeres “alcanzar[a]n derechos como el de la educación o el trabajo mucho antes que las europeas”. Para ver más: *Ibid.*, pp. 16, 36-44.

<sup>144</sup> Amorós, *op. cit.*, pp. 9-112.

<sup>145</sup> Rosa Cobo, clase “Historia del Feminismo” impartida en el Diplomado “Feminismo, Desarrollo y Democracia”, 4 de septiembre de 2003.

En general, el movimiento de mujeres en América Latina estuvo fuertemente influenciado por la lucha de las mujeres norteamericanas y europeas. E incluso las demandas centrales de estas últimas son retomadas por las mujeres latinoamericanas en su discurso de reivindicación de derechos. La lucha por el sufragio, por ejemplo, era una de las demandas que atravesaba al movimiento de mujeres en América Latina, sobre todo a principios del siglo XX.<sup>146</sup>

Pero además de la coincidencia en agendas políticas, las características socioeconómicas y políticas de estas precursoras eran las mismas que las que tenían las activistas latinoamericanas. Es decir, eran mujeres de clase media,<sup>147</sup> educadas y de afiliación política liberal, en tanto creían en la igualdad de oportunidades como instrumento emancipador. El carácter “elitista” del movimiento se debe a que las mujeres latinoamericanas de clase media fortalecieron su posición a través del derecho de propiedad, lo que les permitió luchar por una ciudadanía plena desde una situación económica más estable.<sup>148</sup> En otras palabras, “...sólo las mujeres de cierta condición social y con posibilidades materiales e intelectuales de participar en la vida nacional – más allá del mundo doméstico- [han podido cuestionar] su condición desde el punto de vista específico de la mujer.”<sup>149</sup>

La movilización de estas mujeres estaba centrada en demandas que tenían que ver con un mayor acceso al ámbito público, pero no buscaban alterar los roles tradicionales en lo privado: “su acción política se caracterizaba por la denuncia de la exclusión de las mujeres de estas esferas sociales sin cuestionar la configuración cultural de la sociedad y las raíces de esa exclusión.”<sup>150</sup> Además, “[l]a participación de la mujer se planteó al margen de otros sectores sociales postergados, sin tratar de ubicar la problemática femenina en una interpretación social global que trascendiera la división de la sociedad en clases”.<sup>151</sup> Es decir, es un movimiento de elites, que partía de las necesidades específicas de las mujeres de clase media y alta: votar, tener derechos de propiedad y recibir una educación laica.

No obstante, el que no hayan constituido un movimiento social numeroso no las excluye del

---

<sup>146</sup> Alma Rosa Sánchez, *op. cit.*, pp. 45-48. La autora menciona la organización en 1900 del Consejo nacional de Mujeres Argentinas, el Consejo Nacional de Mujeres de Uruguay en 1916, las exigencias de las Ligas de Organizaciones Femeninas de México en 1923, la formación en Cuba del Partido Nacional Feminista en 1914 y en Brasil de la Federación Brasileña para el Progreso Femenino.

<sup>147</sup> Es importante mencionar que durante la Revolución Francesa se movilizaron también mujeres de los sectores populares, sin embargo sus demandas fueron diluidas dentro de las de la clase obrera, lo que contribuyó a que su lucha fuera menos estudiada. En palabras de Judith Astelarra, en esta época, “no se plantea la existencia de un movimiento feminista autónomo dentro del movimiento obrero que se encargue de luchar por las reivindicaciones de las mujeres”. Para ver más: Judith Astelarra, *¿Libres e iguales? Sociedad y política desde el feminismo*, Chile, CEM Ediciones, 2003, pp. 38-41.

<sup>148</sup> Deere y León, *op. cit.*, p. 61.

<sup>149</sup> Caldería, María, *op. cit.*, p. 16.

<sup>150</sup> Vargas et al, *op. cit.*, p. 58.

<sup>151</sup> Caldería, María; Barbieri, T., Delgueil, M. et al., “Argentina, Chile, Uruguay: Las mujeres un desafío para la izquierda”, en *Revista FEM*, vol. III, núm. 12, 1980, México, p. 16. Citado en Alma Rosa Sánchez, *op. cit.*, p. 45.

calificativo “movimiento de mujeres”, en tanto actúan en el ámbito público para erigir sus demandas. Su lucha fue quizás más silenciosa y sin alianzas inter-clasistas, pues como afirma Pitangui “se desarrolló en los pasillos, oficinas y antesalas del poder, a través de un eficiente trabajo de cabildeo...,”<sup>152</sup> pero ello no significa que no se hallan movilizado para alcanzar demandas consideradas radicales por mujeres y hombres de su época.

### 2.1.3 La primera ola en Nicaragua: Toledo de Aguerri y las ilustradas

Las nicaragüenses, al igual que las mujeres latinoamericanas y europeas, empezaron a organizarse en torno a las demandas centrales de la época: educación, trabajo, derechos de propiedad, derechos matrimoniales y sufragio femenino. La principal protagonista del movimiento de mujeres en Nicaragua en esta época fue una maestra, Josefa Toledo de Aguerri, cuya lucha nos permitirá entender cuáles eran las demandas y los espacios de movilización que caracterizaban al activismo de las nicaragüenses en estos años.<sup>153</sup>

Toledo de Aguerri representa un movimiento que tiene sus orígenes en los primeros días de la independencia nicaragüense, pero que empezó a “desarrollarse como un movimiento diferenciado con un conjunto de ideas coherentes hasta la segunda mitad del siglo XIX” y que se extiende incluso a las primeras décadas del XX.<sup>154</sup>

El caso nicaragüense obedecía al patrón de participación femenina del resto de Latinoamérica; era escasa y se “limitaba a actividades de caridad y educativas” o a labores “relacionadas con su rol reproductivo.”<sup>155</sup> Además, las mujeres que integraban las organizaciones pertenecían a la clase media y poseían un buen nivel educativo, lo cual le daba más un carácter de elite que de movilización extendida.

Sus objetivos eran compatibles con el papel que los liberales buscaban asignarles dentro de la nueva república, apoyaban las ideas de liberalismo e ilustración y aceptaban el modelo de “bello

---

<sup>152</sup> Jacqueline Pitangui, “Movimiento de mujeres y políticas públicas en Brasil” en Virginia Vargas, Geertje Lycklama à Nijeholt, Saskia Wieringa (comp), *op. cit.*, p. 58.

<sup>153</sup> Cabe mencionar que, como afirman Deere y León, “...fueron las maestras de escuelas quienes conformaron el núcleo de los primeros grupos de mujeres en articular lo que podría definirse como una crítica feminista de la sociedad, es decir, protestar contra la desigualdad omnipresente de los sexos en estatus legal, acceso a la educación y poder político y económico” Deere y León, *op. cit.*, p. 61. Victoria González afirma que a Toledo, al igual que a otras maestras seculares en Nicaragua, le fue permitido tener un alto grado de influencia dentro del nuevo sistema educativo. Ingresó al Colegio de Señoritas de Granada un año después de su fundación y lo administró de 1891 a 1897. En los años siguientes ocupó puestos importantes en otras escuelas para mujeres e incluso formó en 1912 un nuevo Colegio de Señoritas en Managua, a pesar de la abierta censura del gobierno conservador hacia la educación secular a partir de su regreso al poder en 1910. Para ver más, González (en prensa), *op. cit.*, pp. 28-30.

<sup>154</sup> *Ibid.*, pp. 1- 4. Cabe señalar que Toledo de Aguerri empezó a utilizar el término feminismo a partir de 1920, mismo que ya había sido utilizado anteriormente en otros países de América Latina

<sup>155</sup> Cobo del Arco, *op. cit.*, pp. 32, 54.



sexo” y de individuos iluminados que les estaba reservado. Por tal razón la misma Toledo explica que su feminismo es moderado, conservador y práctico, que busca resultados concretos y que se opone a las ideas radicales de aquellas que “proclaman que la mujer sea igual al hombre en todo...”<sup>156</sup> Toledo proponía un feminismo que permitiera que las mujeres jugaran un papel central en la industrialización que, estaba segura, experimentaría el país a mediados del XX. Estaba convencida de que las mujeres, a través de la educación secular que ella misma impartía, podrían “impulsar al país hacia el progreso, la paz y la libertad”.<sup>157</sup>

La participación política fue otro de los objetivos del movimiento. Las nicaragüenses se organizaron en clubes y asociaciones pro-sufragio femenino y trataron de incorporarse en el aparato estatal y en el Partido Liberal Nacionalista.<sup>158</sup> Sin embargo, estas demandas fueron las menos satisfechas. La participación de las mujeres en los espacios políticos tradicionales fue mínima y el derecho al voto les fue otorgado hasta 1955 durante el gobierno de Somoza.<sup>159</sup> En este rubro los intereses del movimiento no coincidían con los de la elite liberal, pues aunque en el discurso estos últimos querían que fueran ciudadanas iluminadas, en la realidad habían opiniones encontradas respecto a la participación política de las mujeres<sup>160</sup> y por tanto los mayores avances se dieron en aquellas áreas en las que sí coincidían: educación, trabajo y derechos de las mujeres casadas. Como veremos en los siguientes capítulos, esta parece ser una constante del movimiento de mujeres en Nicaragua. Es decir, las demandas que erigen son incorporadas por las elites gobernantes, si y sólo si, éstas son compatibles con los intereses del partido y de la administración en turno. No importa qué tan progresista o conservador sea el gobierno, la agenda planteada por las mujeres no suele tener rango de prioridad.

A partir de la primera década del siglo XX, se fortalecen las organizaciones del movimiento y Toledo funda el primer periódico feminista de Nicaragua titulado “Revista femenina ilustrada”. Entre las organizaciones nacionales se encontraban el Club de Señoras de la Capital y la Cruzada y Liga Feminista Nicaragüense;<sup>161</sup> así mismo Nicaragua tenía una sede en el país de las siguientes

---

<sup>156</sup> Toledo de Aguerri, “Al correr de la pluma”. Crónicas de viajes escritas para *Revista femenina ilustrada*, agosto-diciembre 1920, Managua: Tipografía Nacional, 1924, pp. 50-51. Citado en: *ibid.*, p.71.

<sup>157</sup> Toledo de Aguerri, *Educación y feminismo. Sobre enseñanza*. (artículos varios, reproducciones), Managua: Talleres Nacionales de Imprenta y Encuadernación, 1938, p. 7. Citado en : *ibid.*, p. 70.

<sup>158</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>159</sup> Victoria González sugiere en su libro *Josefa Toledo de Aguerri and the forgotten history of Nicaraguan Feminism (op. cit.)* que la no participación de las mujeres en los partidos políticos refleja una tradición de feminismo independiente en el movimiento de la época. No concuerdo con dicha apreciación. El hecho de que las mujeres estuvieran excluidas de estos espacios y no ocuparan cargos significativos dentro del partido o del gobierno, no refleja necesariamente un afán de autonomía política, sino la falta de voluntad por parte de las elites liberales y conservadoras de permitir que tuvieran una mayor participación.

<sup>160</sup> *Ibid.*, pp. 46-47.

<sup>161</sup> En cuanto al carácter de las organizaciones nacionales, la primera se dedicaba a promover las expresiones culturales de las mujeres de la burguesía, mientras que las dos últimas tenían entre sus objetivos: crear escuelas, impulsar la liberación política y social de la mujer, conservar la autonomía nacional y cultivar la cultura intelectual en las mujeres. *Ibid.*, p. 53.

organizaciones regionales: Liga Internacional de la Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, Unión de Mujeres Panamericanas, Unión de Mujeres Americanas, Liga Internacional para la Paz y la Libertad.<sup>162</sup> Es importante notar que existía una relación entre las mujeres nicaragüenses y las feministas de otras nacionalidades, así como con organismos extranjeros y regionales, pues la movilización a nivel interno obedece al impulso que tienen a nivel internacional las organizaciones y publicaciones de mujeres.<sup>163</sup>

Así pues, las nicaragüenses como Toledo (educadas, clase media-alta) no estuvieran exentas del discurso ilustrado y retomaron las demandas de las europeas y norteamericanas de la primera ola para hacer su propio movimiento. Aunque vale la pena aclarar que el discurso ilustrado de las nicaragüenses era menos radical que el de las pioneras feministas, pues mientras el discurso de las primeras coincidía con el de las elites masculinas, el de las segundas era una radicalización y una crítica al mismo.<sup>164</sup> Sobra decir que los contextos históricos importan y que la interpretación del discurso por parte de las precursoras no invalida la aplicación que llevaron a cabo las nicaragüenses. La reciente independencia de Nicaragua y su consecuente breve historia nacional, hacen que las demandas planteadas por mujeres como Toledo de Aguerri sean, para su tiempo y su espacio, reflejo de los ideales más progresistas.

## **2.3 La Dinastía Somoza y las mujeres del Partido Liberal**

### **2.3.1. “Del dicho al hecho...”: los primeros años de la dinastía**

Con la llegada al poder de Anastasio Somoza García en 1936, da inicio la llamada dictadura somocista que se mantendrá en el gobierno hasta el triunfo de la Revolución Sandinista en 1979. Esta dictadura fue de carácter dinástico, pues después del primer Somoza, ocuparon el poder sus

---

<sup>162</sup> *Ibid.*, pp. 49-52.

<sup>163</sup> *Ibid.*, pp. 40, 49. Eventos internacionales como el Primer Congreso Internacional Femenino en Buenos Aires- 1910, el Primer Congreso Panamericano de Mujeres en Baltimore-1922 y la Primera Conferencia Hemisférica de la Comisión Interamericana de Mujeres-1930, reflejan el activismo de las sufragistas y su cooperación a nivel internacional. Incluso, Deere y León argumentan que a partir de la década del veinte hubo un “consenso creciente a favor de la importancia del sufragio femenino” en toda América Latina, en parte motivado por su obtención en Estados Unidos (Deere y León, *op. cit.*, pp. 63-65). Toledo mantenía contacto con activistas estadounidenses, cubanas y españolas; y los derechos que obtenían las mujeres en el exterior marcaban la pauta para las demandas de las nicaragüenses al interior del país. La similitud de agendas no es casual, tiene que ver con el impacto que la primera ola a nivel internacional tuvo en el contexto nacional.

<sup>164</sup> Un ejemplo que muestra muy bien cómo el discurso en las europeas era más radical, es el distinto enfoque que tenían sobre la educación. Toledo de Aguerri tomaba como algo positivo la educación del bello sexo a través de una enseñanza que incluyera coser, bordar o “economía del hogar” (González (en prensa), *op. cit.*, p. 20). Para la inglesa Mary Wollstonecraft, en cambio, esta educación era criticable e incluso denuncia cómo el modelo rousseauniano de educación femenina- encarnado en el personaje de Sofía- corresponde al de “un ángel- o un asno- porque no percib[e] huellas de carácter humano ni razón o pasión en esta sierva doméstica” (Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los Derechos de la Mujer* (1792), Madrid, Cátedra, 1996, citado en: Cristina Sánchez Muñoz, *op. cit.* p. 34. )

dos hijos: Luis Somoza Debayle desde 1957 y Anastasio “Tachito” Somoza Debayle a partir de 1967.

Contrario a lo que podría esperarse de un régimen dictatorial, los Somoza se mostraron en un principio favorables a las demandas del movimiento de mujeres, pues el carácter de su gobierno era altamente populista y como tal, integraba las demandas de estas mujeres con el afán de ampliar su base de apoyo. No obstante, ese respaldo era más a nivel del discurso político; y otros factores como la crisis económica que venía arrastrando el país desde principios de la década del treinta, la coyuntura política externa e interna y el temor de los liberales a la posible inclinación conservadora de las mujeres, hicieron que el gobierno liberal-somocista concretara pocas políticas favorables para la mujer nicaragüense.

El primero de los Somozas, el general Anastasio Somoza García, director de la Guardia Nacional,<sup>165</sup> llegó a la presidencia el 1 de enero de 1937 después de un golpe de Estado encabezado por él en contra del presidente liberal Sacasa y de la celebración de elecciones fraudulentas. El país se encontraba en un clima político de gran inestabilidad. Después de la renuncia del liberal Zelaya por presión del gobierno norteamericano de William H. Taft, la guerra civil entre liberales y conservadores se acentúa, Estados Unidos intervendrá en el país reiteradamente gracias a los pactos Dawson que hacen de Nicaragua un protectorado estadounidense, y de 1926 a 1936 el general Augusto César Sandino encabezará una guerrilla en contra del “imperialismo yanqui” que deja un saldo de más de 20 000 muertos.<sup>166</sup> Anastasio Somoza llega al poder gracias al respaldo que le ofreció el gobierno estadounidense, su gobierno, a cambio, ejerció un control político y económico que garantizaba la no presencia de revoluciones “desestabilizadoras de la región” y ofrecía concesiones importantes a compañías norteamericanas para explotar los recursos del país.<sup>167</sup>

No obstante, en un inicio la dictadura de los Somoza, además de mantener el control a través de la represión de los grupos opositores, lo hacía a través de la cooptación de potenciales simpatizantes del régimen. Por ello, algunos autores como Gould han señalado que la dinastía Somoza poseía una dimensión populista.<sup>168</sup> Siguiendo esta lógica, Somoza requería de una coalición multclasista, posicionarse como un líder carismático y crear coaliciones amplias para poder seguir aparentando la existencia de procesos electorales legítimos.

---

<sup>165</sup> La Guardia Nacional fue creada formalmente en diciembre de 1927 bajo el mando de oficiales de marina norteamericanos con el fin de tener el control militar del país y contrarrestar el avance del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional encabezado por Sandino. En 1933 Estados Unidos entrega el control de la Guardia Nacional a los nicaraguenses y nombra al general Anastasio Somoza García jefe director de la institución. Este desempeña con éxito el cargo y Sandino es asesinado por orden de él el 21 de febrero de 1934.

<sup>166</sup> Lucrecia Lozano, *De Sandino al triunfo de la Revolución*, México: Siglo XXI, 1989, pp. 23-41.

<sup>167</sup> *Ibid.*, pp. 42-43.

<sup>168</sup> Jeffrey Gould, *To Lead As Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912-1979*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990, p. 293. Citado en: González (en prensa), *op. cit.*, p. 98

Las mujeres liberales parecían buenas candidatas para ampliar la base de apoyo del gobierno y por supuesto para proyectar una imagen positiva al interior y al exterior del país. Además, la feminista más destacada del movimiento de mujeres de la época, Toledo de Aguerri, mantenía una fuerte amistad con la familia Somoza, en especial con la esposa de Anastasio Somoza, Salvadora Debayle,<sup>169</sup> lo cual muestra que sus demandas no eran vistas como amenazadoras del orden establecido.<sup>170</sup> Aún así, cuando en 1939 Toledo de Aguerri encabezó la “Petición Feminista ante la Asamblea Constitucional” demandando el sufragio femenino, el mismo trato político que los hombres, igualdad en asuntos civiles y en oportunidades laborales, y protección para las madres, el gobierno de Somoza respondió con un rotundo “no”.

La razón obedece, por un lado, a que la defensa de los derechos de la mujer era en realidad sólo un instrumento a nivel de discurso y no un asunto que quisiera concretarse en políticas públicas específicas. De hecho, existía un temor generalizado por parte de los liberales somocistas de que las mujeres nicaragüenses votarían por los candidatos conservadores si se les diera la oportunidad de hacerlo, por sus vínculos con la iglesia católica.<sup>171</sup> A estos factores se agregan la crisis económica y la coyuntura política existente tanto al interior como al exterior del país.

Respecto al primer factor, cabe decir que la crisis económica que experimentó el país de 1930 hasta principios de los cincuenta se inserta en el proceso de recesión que experimentaron las economías latinoamericanas después de la Primera Guerra Mundial y de la Gran Depresión. La guerra de 1914 tuvo un efecto pernicioso sobre el comercio internacional y sobre el movimiento de capitales, pues los países afectados por la misma requirieron incurrir en gastos bélicos y luego en gastos de reconstrucción, lo cual provocó que disminuyera el monto de sus importaciones y de su inversión en los países latinoamericanos.<sup>172</sup> La falta de comercio afectó notablemente a América Latina, sobre todo porque durante la Época Dorada desarrollaron una gran dependencia hacia su comercio con el exterior, que provocó que la estabilidad de sus economías estuviera subordinada al mercado externo y a la inversión extranjera. Por otra parte, el modelo exportador

---

<sup>169</sup> *Ibid.*, p. 52. De hecho en 1935 se le erige un monumento a Josefa Toledo en el ahora llamado Parque Rubén Darío en Managua. Fue inaugurado en 1940 por el mismo Anastasio Somoza García y fue el primer monumento erigido para una persona en vida (Toledo tenía 70 años).

<sup>170</sup> Para poner un ejemplo de la cercanía de las organizaciones feministas liberales con el gobierno de Somoza, baste decir que Salvadora Debayle fue nombrada en 1937 presidenta honoraria de la Liga Internacional de las Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas y de Cruzada. *Ibid.*, p. 53.

<sup>171</sup> *Ibid.*, p. 57. Esto sucede a pesar de que mujeres como Toledo habían defendido abiertamente la existencia de un Estado laico y que se habían opuesto a las facciones más conservadoras de la iglesia católica. Veremos más adelante que ese temor vuelve a surgir durante el gobierno sandinista al momento de abrir más espacios políticos para las mujeres, ya no sólo frente a la posible afiliación de las mujeres al partido conservador sino al liberal.

<sup>172</sup> Además, el poder de Inglaterra disminuyó de manera importante y con ello la promoción de la libertad de comercio. En su lugar Estados Unidos empieza a aumentar su poder, con la diferencia de que este nuevo centro no estaba interesado en ese momento en fomentar las mismas reglas comerciales pues sus industrias emergentes no eran aún lo suficientemente competitivas. Con la Gran Depresión los productores norteamericanos presionaron para que su país impusiera medidas más proteccionistas y que los recursos se destinaran a la recuperación de la economía interna

que impulsaron los liberales no fomentaba la unificación del mercado doméstico ni la diversificación de la producción o de los destinos de exportación. La demanda doméstica era casi nula debido a la concentración de la riqueza, por lo que el derrumbe de la demanda extranjera significó un fuerte revés de las economías. Como vimos ya, Nicaragua sigue este patrón de desarrollo económico “hacia fuera” a través de la exportación de café, por lo tanto sus tiempos dorados se convirtieron también en tiempos de recesión económica. Las mujeres que habían ingresado al mercado laboral gracias a una abundante demanda de mano de obra, tuvieron que regresar a sus hogares.

En cuanto al segundo factor, la crisis política al interior del país, junto con los intereses de Estados Unidos, hicieron que la participación política de las mujeres no fuera prioritaria para el gobierno. Como se dijo ya, Somoza llega al poder después de un golpe de Estado en contra del presidente liberal Sacasa, quien había encabezado la guerra constitucionalista para “expulsar al invasor extranjero” y era respaldado por Sandino a través de su Ejército Defensor de la Soberanía Nacional. A pesar de que logra controlar la guerrilla desde antes de llegar al poder, pues siendo jefe de la Guardia Nacional manda a matar a Sandino en 1934, lo cierto es que el país seguía convulso. Los conservadores organizan movilizaciones contra la dictadura, los liberales anti-somocistas crean el Partido Liberal Independiente y dentro de las movilizaciones de la oposición se crean importantes grupos como la “Generación del 44”, compuesta por estudiantes universitarios, que luego serán determinantes para el triunfo revolucionario. Somoza tuvo que lidiar con la presión política que ejercieron los distintos grupos opositores en el interior del país; además la simpatía norteamericana tenía un límite, de ahí que tuviera que abandonar el poder en 1946 y dejar un gobierno títere ante las críticas del presidente norteamericano Harry Truman.<sup>173</sup>

Así pues, la falta de voluntad política por parte del primer Somoza, junto con las condiciones económicas y la coyuntura política, jugaron en contra de las mujeres y del mejoramiento de su situación. A pesar de que el grupo de feministas que representaba Toledo gozaba de cierta proyección y reconocimiento dentro del gobierno, no se logró concretizar nada ni avanzar más allá de los derechos que en materia de educación, derechos de propiedad y derechos de las mujeres casadas, habían sido ya alcanzados antes del inicio de la dinastía.

---

<sup>173</sup> Lozano, *op. cit.*, pp. 41-45. Aunque hay que aclarar que ese límite estaba determinado por los intereses pragmáticos estadounidenses: mantener la estabilidad política de la región y evitar a toda costa que fuerzas “subversivas” ocuparan el poder. La democratización del país no estaba dentro de estos objetivos; hecho que queda claro cuando en 1932, Clark Howell Woodward, el admirante norteamericano encargado de supervisar las elecciones en Nicaragua ese año, negó su apoyo a las mujeres para que éstas pudieran ejercer su voto en dichas elecciones. Para ver más: González, *op. cit.*, p. 56.

### 2.3.2. El Ala Femenina del Partido Liberal: las somocistas en el poder

Entre las décadas del cincuenta y el setenta se presenta un importante quiebre generacional al interior del movimiento.<sup>174</sup> Este coincide con la concreción de las demandas máspreciadas por las sufragistas nicaragüenses: una participación más activa en la economía nacional, el sufragio femenino, el acceso a la educación por parte de las mujeres a todos los niveles y un mayor acceso a los espacios políticos tradicionales, a saber, el Partido Liberal Nacionalista y el aparato estatal.

Las feministas como Toledo se retiran de la luz pública y en su lugar una generación de mujeres jóvenes, que poseían el mismo perfil socioeconómico<sup>175</sup> e ideológico de las primeras sufragistas, conformaron el activismo femenino de estos años. Eran mujeres de clase media, liberales y se autoproclamaban también feministas. No obstante, este grupo se distinguía por ser el de “las primeras”, las primeras egresadas de las normales y de las escuelas de educación superior, las primeras profesionistas, y sobre todo, las primeras en ejercer su derecho al voto y en ocupar puestos públicos. Es decir, las mujeres liberales se empezaron a movilizar a través de las instituciones públicas tradicionales y ya no al margen de las mismas.

El activismo de estas mujeres se desarrolló sobre todo al interior del Partido Liberal y en algunas áreas del gobierno. Formaron una organización subordinada al Partido Liberal llamada Ala Femenina, misma que fue fundada en 1955 por Olga Núñez de Saballos y jugó un papel muy importante en el fortalecimiento y legitimación de la dinastía Somoza, en específico de los gobiernos de Luis y Tachito Somoza Debayle.<sup>176</sup> Tanto el Partido Liberal como las mujeres liberales de Ala obtenían un claro beneficio de esta cordial relación. Las últimas lograron, como

---

<sup>174</sup> Las contemporáneas de Toledo de Aguerri tenían en este momento setenta u ochenta años, mientras que las nuevas activistas tenían 20 ó 30 (la mayoría nacen en la década del veinte). Autoras como Victoria González afirman que en esta década “Una nueva generación de mujeres se apropió del movimiento feminista, transformándolo en uno de carácter partidista, pro-Somoza, y no feminista.” Yo difiero de esta opinión. Para mí no es que una nueva generación se “haya apropiado del movimiento”, el quiebre entre unas y otras no es ni ideológico ni político. También Toledo era pro-Somoza (al menos del primero), y también estas mujeres se identifican con el feminismo (aunque su carácter sea conservador para nuestros tiempos). Simplemente son una nueva generación de mujeres jóvenes, por lo tanto donde González ve un rompimiento yo veo un *continuum*. Cfr. González: “Somocista Women, Right-Wing Politics, and Feminism in Nicaragua, 1936-1979”, en Victoria González y Karen Kampwirth, *Radical Women in Latin America. Left and Right*, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2001.

<sup>175</sup> Es importante señalar que en esta etapa participaron también en el Partido Liberal y en Ala Femenina mujeres de sectores populares. Prostitutas y trabajadoras de escasos recursos apoyaban a Somoza, como resultado de los beneficios que estas mujeres obtenían de las relaciones clientelares que mantenía el gobierno con ellas en su etapa populista. Incluso, una de las más populares “cooptadoras” de nuevas miembras de Ala es “la Nicolasa”, personaje que avergonzaba a las más refinadas. A pesar de esto, los liderazgos y los puestos importantes estaban reservados a las de clase media o alta y educadas, por lo que la participación de las primeras era más bien marginal. Para ver más sobre la Nicolasa y la composición del movimiento en los cincuenta, ver: González y Kampwirth, *ibid*.

<sup>176</sup> Los liberales somocistas lograron legitimar las elecciones del 57, 63, 67 y 74, gracias a la movilización efectiva de las mujeres de Ala para cooptar el voto de otras mujeres. De hecho, durante las últimas elecciones más del 60% de los votos provenían de las mujeres liberales, lo que demuestra que Ala era realmente una organización efectiva para el partido. González y Kampwirth, *ibid*, pp. 57, 84-86.

ya mencionamos, votar por primera vez y participar en espacios políticos antes reservados a los hombres, pues a pesar de que éstos seguían dominando el escenario político, las somocistas consiguieron ser nombradas vice-ministras, juezas locales y directoras de secretarías, y en general, ocupar puestos dentro del Partido Liberal.<sup>177</sup> Para estas mujeres, los Somoza representaban el acceso a lo que habían deseado: acceso a la educación en todos los niveles<sup>178</sup> y participación política. Sin embargo, los beneficios no fueron extensivos a todo el género femenino, pues no todas las mujeres podían pagar su educación y la participación política en cargos importantes estaba reservada a las más educadas y a las más adineradas.<sup>179</sup>

Estos logros de las somocistas, que no del resto de las nicaragüenses, pueden explicarse por varias razones. En primera, las mujeres de Ala tuvieron un gran margen de maniobra porque no amenazaban el status quo, y por el contrario, ofrecían un apoyo estratégico al régimen. En segunda, sus alcances son resultado directo del activismo de las primeras sufragistas tanto al interior como al exterior del Estado nicaragüense. Gracias a ellas, temas como el sufragio y la educación para las mujeres salieron a la luz pública por primera vez y se señaló a los gobiernos como principales responsables para llevar a cabo las reformas necesarias.

Finalmente, la causa de que estos derechos se hayan otorgado en la década del cincuenta y no antes tiene que ver con la coyuntura específica: repunte económico y la necesidad de capitalizar el voto femenino ante el surgimiento de una clase opositora. El crecimiento económico que experimenta el país durante los cincuenta y sesenta, y que se extiende hasta la primera mitad de los setenta, obedece principalmente al auge del mercado algodonero. Dado que Estados Unidos pierde a sus principales abastecedores tras la guerra de Corea, el cultivo nicaragüense de algodón experimenta una creciente demanda norteamericana durante esta época. A tal grado que de la concentración en las actividades cafetaleras se pasa al *boom* algodonero, y el algodón se convierte en el principal producto de exportación.<sup>180</sup> Gracias a este auge económico las mujeres nicaragüenses pudieron incorporarse en un mayor porcentaje al mercado laboral. De 1950 a 1970 el porcentaje de las mujeres empleadas pasó de un 14% a un 21.9% respectivamente. En las áreas

---

<sup>177</sup> *Ibid.*, pp. 54-57. La autora menciona que el 12% de los miembros del Partido Liberal eran mujeres, en contraposición con sólo un 5% de representación femenina en el Partido Conservador. En 1975 habían 13 mujeres en los puestos altos de los ministerios y 11 como juezas locales.

<sup>178</sup> No obstante, es importante señalar que el que existiera el “derecho” a recibir una educación a todos los niveles no significaba que estuviera garantizado para todas, pues el analfabetismo femenino en Nicaragua fluctuaba entre un 61 y 77 por ciento. Es esta distancia entre el “derecho” y el “hecho” que lleva después a las mujeres de la “segunda ola” que no basta con tener el derecho si no puede ejercerse. Para ver más sobre analfabetismo femenino en América Latina en esta época: Deere y León, *op. cit.*, p. 61.

<sup>179</sup> Ala Femenina no era una organización democrática, era altamente jerárquica y los verdaderos beneficios se repartían entre unas cuantas. González (en prensa), *op. cit.*, pp. 84-86.

<sup>180</sup> Lozano, *op. cit.*, pp. 46-47. El repunte económico se ve reflejado en un crecimiento promedio del 5.6% anual durante la década del cincuenta. Además en 1960 se crea el Mercado Común Centroamericano, el cual “ampliara los mercados para las industrias nacionales” y permitirá fortalecer aún más la producción. Daniel Van Euwen, “Nicaragua”, en Alain Rouquié, *Las fuerzas políticas en América Central*, México: FCE, 1994, p. 176.

profesionales y técnicas la actividad femenina aumentó considerablemente; en ciudades como Masaya y León, por ejemplo, el 47% de las labores técnicas y el 70% de las actividades comerciales eran desempeñadas por mujeres.<sup>181</sup> Como podemos ver, a diferencia del periodo de los treinta y cuarenta, la situación económica del país facilitó la inserción de las mujeres en la economía nacional. Por otro lado, la elite liberal somocista tuvo que hacer frente a un creciente descontento social que se estaba traduciendo en movimientos populares anti-somocistas. A pesar de que el gobierno había logrado reprimir los levantamientos a través de una Guardia Nacional cada vez más fortalecida y de alianzas políticas con ciertas facciones del Partido Conservador, necesitaba también legitimar su presencia a través de las urnas. Así, cuando el régimen de Somoza consideró capitalizable el voto femenino, otorgó los derechos que había prometido a las mujeres, “en sus propios términos”.<sup>182</sup>

### **Las feministas nicaragüenses no son “hijas de Sandino”**<sup>183</sup>

Así se expresa Victoria González para denunciar lo que ella considera un olvido grave del activismo de las mujeres nicaragüenses durante la última década del XIX y la primera del XX, así como una errónea apreciación que hace coincidir los inicios del movimiento con los de la Revolución Sandinista.

Como hemos visto, el activismo de las mujeres sufragistas no es desdeñable. No obstante, se debe dimensionar y contextualizar su carácter. Era un movimiento que incluía sólo a una elite de mujeres de clase media, liberales y educadas. La identidad en torno a la cual se movilizan está construida con base en estas condiciones y no con base a una identidad de género que supere las dimensiones de clase social o las inclinaciones políticas. No desafiaban sus roles tradicionales y pensaban que con el acceso a estos derechos la desigualdad entre mujeres y hombres estaría resuelta. Sus demandas estaban centradas en obtener derechos que incluían el voto, la educación y la propiedad, al igual que las de la mayor parte de las sufragistas de la primera ola en América Latina.

Su importancia radica en haber iluminado una discusión que había permanecido antes en el anonimato y en haber llevado al debate público una exclusión de la política y de la economía que era considerada natural. Con base en ello deben medirse sus alcances.

---

<sup>181</sup> González (2001), *op. cit.*, p.44.

<sup>182</sup> González (en presa), *op. cit.*, p. 104.

<sup>183</sup> Esta expresión es utilizada sobre todo por la autora Margaret Randall, autora de libros como *Sandino's Daughters* y *Sandino's Daughters Revisited: Feminism in Nicaragua*, mismos que serán utilizados en el siguiente capítulo.



La relación que establecieron estas mujeres con el Estado, en específico con los gobiernos liberales, fue sobre todo de cooperación. Esta relación cordial les permitió alcanzar beneficios importantes pero también las obligó a estar subordinadas a las prioridades de la elite política y a las coyunturas político-económicas del país. La autonomía no se plantea aún como una necesidad, ésta aparece hasta los años ochenta después de varios tropiezos ideológicos del movimiento de mujeres.

Sólo resta decir que la historia del movimiento de mujeres de Nicaragua empieza en estos años, y así, debe ser escrita.

**Tabla 1**

Cuadro básico de cronología política 1854-1978	
Periodo	Elite gobernante
1854-1893	Conservadores
1893-1909	Liberales Revolución Zelaya
1909-1923	Conservadores Intervención norteamericana
1924-1925	Gobierno de coalición Carlos Solórzano (conservador), Juan Bautista Sacasa (liberal)
1926-1931	Conservadores Emiliano Chamorro, Adolfo Díaz, José María Moncada
1927-1933	Intervención norteamericana para terminar con guerra entre liberales y conservadores. Inicia la guerrilla antiimperialista de Augusto César Sandino
1932-1935	Elecciones supervisadas por E.U. Liberales- Juan Bautista Sacasa
1936-1978	Dinastía Somoza 1936- Anastasio Somoza García 1957-Luis Somoza, 1967 y 1974- Tachito Somoza

**Tabla 2**

<b>Obtención del sufragio femenino en América Latina*</b>		
Pioneros	Ecuador	1929/46
	Brasil	1932
	Uruguay	1932
	Cuba	1934
Período Segunda Guerra Mundial	El Salvador	1939/50
	República Dominicana	1942
	Guatemala	1945
	Panamá	1945/46
	Costa Rica	1945/49
Después de Segunda Guerra Mundial	Argentina	1947
	Venezuela	1947
	Chile	1948/49
	Bolivia	1952
	México	1953
	Colombia	1954
	Honduras	1955
	Nicaragua	1955
	Perú	1955
	Paraguay	1961
<p>*Deere y León, op.cit., Cuadro 2.2, p. 65.</p> <p>“Cuando aparecen dos años, significa que el sufragio inicial era limitado o estaba Condicionado, o que la legislación entró en vigor el segundo año.</p>		

### Capítulo 3 Las compañeras de la revolución: el movimiento de mujeres en Nicaragua durante la Revolución Sandinista

El 19 de julio de 1979 triunfa la revolución sandinista en Nicaragua, y a la voz de “Patria Libre o Morir” el gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) llevará a cabo una serie de reivindicaciones políticas y sociales que la población nicaragüense había tenido que callar durante la dictadura somocista. No obstante, el discurso marxista junto con la lucha frente al capitalismo y al “imperialismo yanqui” no fue el único que ocupó la ideología sandinista. La equidad de género, la liberación de la mujer y la abolición de la discriminación sexual se convirtieron también en una parte fundamental del proyecto revolucionario.<sup>184</sup> Incluso la revolución sandinista es considerada “la primera fuerza política de signo progresista en el continente latinoamericano, que no sólo no condena el feminismo de forma explícita, sino que incorpora la emancipación de la mujer entre sus principios”.<sup>185</sup>

Es justamente a partir de la revolución sandinista que el movimiento de mujeres en Nicaragua se constituye como un movimiento numeroso, que incorpora a amplios sectores populares de la nación nicaragüense. Aquel movimiento de elite de la primera ola que congregaba sólo a un grupo de mujeres de clase media, liberales y educadas, queda atrás. En su lugar surge uno que aglutina a más de 25,000 mujeres organizadas, provenientes de los barrios populares, del campo, del sector obrero y de las universidades.<sup>186</sup> Mujeres que enarbolan, en su mayoría, una identidad sandinista.

---

<sup>184</sup> Chávez Meteoyer, *op. cit.*, p. 17. La autora menciona que incluso el programa oficial del partido señalaba estos puntos en su agenda desde 1969. (El partido se funda en 1961 por Carlos Fonseca Amador, Tomás Borge Martínez, y Silvio Mayorga).

<sup>185</sup> Ana María Fernández Poncela, *Mujeres, Revolución y Cambio Cultural*, México: Biblioteca Anthropos-UAM, 2000, p. 32. Algunos podrían objetar la afirmación de esta autora pues la revolución cubana también dio (y sigue dando) un lugar importante al tema de la emancipación de la mujer. De hecho, desde 1959, “la transformación de la condición de discriminación de la mujer” y “la reconceptualización de su papel en la sociedad y en la familia” han formado parte de la estrategia nacional de desarrollo. Además en 1960 se crea la Federación de Mujeres Cubanas como la principal instancia encargada de impulsar la participación política, económica y social de las mujeres. Ver: Mayda Álvarez Suárez, “Mujer y poder en Cuba”, en *Revista Temas*, no. 14, 1998, p. 15. Sin embargo, en mi opinión, el contexto de la segunda ola del movimiento de mujeres junto con el auge de la ideología feminista en América Latina coadyuvó a que la revolución sandinista incluyera estos temas de una manera más progresista que la cubana, que había triunfado 20 años atrás bajo un contexto ideológico muy distinto. Por ejemplo, mientras el FSLN incorporó desde los primeros años de la insurrección a un número importante de mujeres entre sus filas, en la guerrilla de la Sierra Maestra sólo aparecen tres mujeres participando en puestos de combate y todas están vinculadas a líderes masculinos de la revolución: “Celia Sánchez (secretaría de Fidel), Vilma Espín (esposa de Raúl Castro) y Haydeé Santamaría (esposa del líder del partido Amando Hart Dávalos).” Ver: Linda Reif, “Women in Latin America Guerrilla Movements: A Comparative perspective”, en *Comparative Politics*, Vol. 18, No. 2, 1986, p. 169. Incluso Luisa Campuzano reconoce que en Cuba se dio “un cambio revolucionario que nunca tuvo como objetivo prioritario a las mujeres, sino la modificación radical de la estructura política y económica del país, [...] y para la cual la categoría fundamental era la de clase y no la de género; y las tácticas inexcusables, la igualdad y la unión, no la diferencia”. Luisa Campuzano, “Ser cubanas y no morir en el intento” en Rafael Hernández (comp.), *Sin urna de cristal*, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003, p. 79.

<sup>186</sup> Mercedes Olivera y Anna María Fernández, “Subordinación de género en las organizaciones populares nicaragüenses”, en Mercedes Olivera, Anna María Fernández y Carlos Vilas (coord.), *Democracia emergente en Centro América*, México: UNAM, 1993, p. 164.

Compañeras que están convencidas que “no hay revolución sin emancipación de la mujer” y de que “no hay emancipación sin revolución.”<sup>187</sup>

En este capítulo explicaré de qué manera el gobierno sandinista impulsó en un principio los intereses del movimiento de mujeres, a través de reformas jurídicas y de programas de desarrollo sensibles al género. Pero también cómo, al agudizarse la guerra civil, el discurso revolucionario diluyó todo interés de género específico y el conflicto entre feminismo y socialismo se impuso en el escenario político. En este proceso está presente claramente la formación y la transformación de la identidad de las mujeres que participan en el movimiento; las implicaciones positivas y negativas de movilizarse en torno a una identidad sandinista y el inicio de una identidad construida con base en el género y que marca los primeros pasos hacia la autonomía.

El capítulo está dividido en dos partes. En la primera hablaré de la segunda ola del movimiento de mujeres a nivel internacional, sus propuestas teóricas y sus prácticas políticas. En este apartado delinearé el escenario económico y social que explica esta segunda ola, misma que se halla inserta en un panorama más amplio de explosión de movimientos sociales en Europa y América, y de insurrección popular y ánimos revolucionarios en América Latina. Posteriormente me referiré directamente a la revolución sandinista, a los alcances y limitaciones del programa de gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional, y específicamente, a las políticas de género que impulsan. Esto me permitirá hablar de la segunda ola del movimiento de mujeres en Nicaragua protagonizado por las sandinistas la primera mitad de los ochenta y luego, representado también por aquellas que buscan la autonomía y que se organizan en torno a una identidad no partidista.

### **3.1. Cuando el movimiento de mujeres se volvió popular: la segunda ola y su contexto**

#### **3.1.1 Prosperidad en los números, descontento social en las masas: contexto político y económico de la segunda ola**

Los años que anteceden a la segunda ola del movimiento de mujeres se caracterizan por una serie de transformaciones sociales y políticas impulsadas por mujeres y hombres organizados que deciden luchar en contra de dictaduras, de regímenes autoritarios y de lo que llaman el engaño capitalista. Las protestas las encabezan jóvenes, en particular, estudiantes universitarios que hacen su primera aparición pública en los movimientos del 68. A manera de boceto histórico aparecen en el escenario el éxito de la revolución cubana como alternativa viable al capitalismo, la guerra fría y la

---

<sup>187</sup> Esta frase era utilizada durante los encuentros realizados por la Asociación de Mujeres frente a la Problemática Nacional (AMPRONAC).

polarización de las opciones políticas, el fin de los años dorados de crecimiento económico en América Latina y las insurrecciones populares en Centro América y el Caribe.

El panorama económico de los años que van del cincuenta al setenta no es del todo negativo para América Latina en términos macroeconómicos, sí lo es, sin embargo, en términos sociales y de distribución del ingreso. La mayor parte de los países habían adoptado el modelo de industrialización con base en la sustitución de importaciones (mejor conocido como “ISI”) según el cual se pretendía modernizar e incentivar la industria nacional a través de la protección a la misma.<sup>188</sup> El resultado fue un importante crecimiento de la economía, pero sobre todo en aquellos

países que contaban con mayores posibilidades de hacer crecer su industria nacional, como fue el caso de México, Argentina, Venezuela y Chile, principalmente. El caso del Caribe y de Centroamérica fue diferente, pues estas regiones no contaban con las condiciones necesarias para desarrollar sus industrias y las que desarrollaron estaban generalmente bajo la modalidad del enclave,<sup>189</sup> lo cual impidió derrames a los otros sectores de la economía. No obstante, ya fuera con o sin éxito de ISI, en general las economías latinoamericanas experimentaron un crecimiento importante, aunque en ningún caso el aumento sostenido del PIB, del desarrollo industrial y del nivel de exportaciones se tradujo en una distribución del ingreso más equitativa o en mayor movilidad social. El crecimiento económico se siguió quedando en manos de unos cuantos, lo cual generó un descontento social que fue detenido con represión, censura y con medidas dictatoriales.

Nicaragua también buscó aplicar el modelo de ISI, atraído por el éxito que éste había tenido en otros países latinoamericanos. En los sesenta el gobierno nicaragüense participó en la formación del Mercado Común Centro Americano (MCCA), a través del cual se buscaba industrializar la economía e incentivar la inversión. Sin embargo, los esfuerzos por industrializar la economía no arrojaron resultados positivos. Sólo Guatemala y El Salvador lograron aumentar su producción de bienes manufactureros a través del MCC, ni Honduras ni Nicaragua eran lo suficientemente competitivos para capitalizar los nuevos mercados.<sup>190</sup> En realidad, el crecimiento económico de Nicaragua durante las décadas del cincuenta, sesenta y toda la primera mitad de los setenta obedeció al boom del mercado algodonero; hecho que reafirma la continuación del modelo agro- exportador basado en el cultivo de un producto que requiere la acumulación de tierras en manos de unos

---

<sup>188</sup> Dado que, como mencioné en el capítulo anterior, el comercio internacional había caído estrepitosamente, las exportaciones de los países latinoamericanos disminuyeron y los ingresos en divisas para poder importar también. Los países tuvieron que desarrollar sus industrias infantiles para satisfacer la demanda de esos productos, aumentando el gasto gubernamental (a costa de un creciente endeudamiento externo) y poniendo barreras comerciales a los productos extranjeros.

<sup>189</sup> La modalidad del enclave se refiere a la producción de un bien dentro de una ubicación geográfica limitada, que, aunada a la falta de transporte, impide que sus ganancias generen derrames a otros sectores de la economía. En América Latina, ésta se presentaba generalmente junto con la “enfermedad holandesa,” la cual se refiere a la dependencia de la economía hacia uno o dos productos de exportación, lo cual hace al mercado interno más vulnerable ante los cambios en los precios internacionales.

<sup>190</sup> Norma Stoltz Chinchilla, “Class Struggle in Central America: Background and Overview”, *Latin American Perspectives*, Vol. 5, No. 2, 1980, p. 4.

cuantos propietarios que posean el capital necesario para su producción. Incluso las grandes extensiones de tierra requeridas por la elite agro-exportadora desplazan al campesinado medio y dejan, en cambio, un campesinado empobrecido y con una economía de subsistencia o un proletariado rural sin tierra y dependiente de la demanda de trabajo en las grandes plantaciones.<sup>191</sup>

A nivel macroeconómico el crecimiento del PIB arrojaba resultados favorables, sin embargo para los trabajadores agrícolas la situación era cada vez más difícil debido al mantenimiento de bajos salarios (gracias a que dichos cultivos no eran intensivos en mano de obra), a la pérdida de tierras<sup>192</sup> y a la cada vez más evidente desigualdad en el ingreso. Así mismo, los canales de participación política estaban reservados a la clase dominante, pues el sistema de cooptación y de representación de la primera fase de la dinastía Somoza (que sí reservaba ciertos espacios para el campesinado y los trabajadores) fue sustituido por métodos políticos más excluyentes y represivos que dejaron sin canales legítimos de protesta a buena parte de la población. De ahí que, al igual que otros países de la región, Nicaragua fuera escenario de protestas civiles y de luchas militares.

El modelo económico de ISI tuvo un impacto importante en la composición de las sociedades latinoamericanas. Gracias a ISI aumenta en número e importancia la clase media, los trabajadores, los estudiantes, los sectores urbanos en general. Población que justamente refleja el énfasis en la industria y la concentración de la inversión en los espacios urbanos; y que sin ser necesariamente los estratos más marginados económicamente, encabezarán las luchas y las protestas para poner fin al capitalismo y buscar otras opciones políticas. Incluso en aquellas regiones donde ISI no logró erigirse como modelo predominante de desarrollo económico, como en Centro América y el Caribe, se presenta una proletarianización de las clases trabajadoras urbanas y surge un campesinado proletario o semi-proletario. Por ejemplo en Nicaragua la proletarianización de la mano de obra surge a raíz de la producción algodonera y del MCC, y aunque la población asalariada no era grande, será importante para la lucha revolucionaria. También lo serán, sin embargo, las organizaciones populares que incluyen organizaciones barriales, vecinales, de mujeres, estudiantes y profesionales, de consumidores, comités de campesinos, entre otros.<sup>193</sup>

Estos cambios sociales impactaron directamente las formas de vida de las mujeres latinoamericanas, quienes se incorporaron de manera masiva al mercado laboral y a la educación superior,<sup>194</sup> pero sentían que las nuevas necesidades que enfrentaban, “relacionadas con el cuidado de los hijos, la atención al hogar” no eran satisfechas y que los espacios políticos tradicionales (partidos políticos y

---

<sup>191</sup> González y Kampwirth, *op. cit.*, p.88. Stoltz Chinchilla, 1980, *ibid.*, pp. 2-5. La población rural y del campo sufre un gran deterioro en sus condiciones de vida debido a que ocupaban un lugar marginal en el nuevo esquema de desarrollo económico. Además la monopolización de la producción de bienes y servicios fuera de la agricultura y el uso intensivo de capital aumentó considerablemente los niveles de pobreza y marginación.

<sup>192</sup> Kampwirth señala que un año antes de la caída de Somoza más de tres cuartos de la población económicamente activa, vinculada con el sector agrícola, tenía muy poca tierra o no poseía del todo. *Idem.*

<sup>193</sup> Stoltz Chinchilla (1980), *op. cit.*, pp. 17-20

<sup>194</sup> González y Kampwirth, *op. cit.*, p.36. Sánchez Olvera, *op. cit.*, p. 65.

sindicatos) no le daban cabida al tema de la mujer.<sup>195</sup> Como mencionamos en el capítulo anterior, también en Nicaragua la participación económica de las mujeres aumentó considerablemente en las áreas profesionales y técnicas gracias al auge del mercado algodonero y a la formación del MCC.<sup>196</sup> Incluso se estima que, para 1978, de un 30 a un 50% de familias en Nicaragua estaban dirigidas y sostenidas económicamente por mujeres en las áreas urbanas, y ascendía a un 83% en las áreas rurales.<sup>197</sup>

Los efectos de estos cambios estructurales en América Latina se pueden leer en la búsqueda de estas mujeres por mayores espacios de participación política y por el reconocimiento pleno de sus derechos, ya no sólo a nivel formal sino en temas considerados privados como su sexualidad, violencia intrafamiliar, aborto, entre otros. La expresión más clara de esta búsqueda la constituye justamente la segunda ola del movimiento de mujeres.

En general, las movilizaciones sociales de esta época se caracterizan por erigir demandas que no se limitan a demandas de clase, sino que se sitúan en la esfera de la cultura y de la ideología.<sup>198</sup> Por ejemplo, en los movimientos estudiantiles de 1968 aparecen como actores principales jóvenes estudiantes que, gracias a la masificación de la educación superior y a que la universidad se convierte en un “espacio de desarrollo y promoción de la movilidad social de clases medias y populares”,<sup>199</sup> plantean cuestionamientos a la “cultura antidemocrática, autoritaria y represiva de los gobiernos y de las instituciones dominantes...” y también críticas a la familia, la educación y a los medios de comunicación.<sup>200</sup> Es justamente esta amplitud de demandas la que permite que se formen y fortalezcan a partir del 68 otros movimientos sociales como el ecologista, el pacifista y el feminista; junto con otros más diversos como los movimientos antirracistas, urbanos, étnicos, indígenas o los conformados por los homosexuales, los presos políticos y los desempleados.<sup>201</sup> Además, en las luchas revolucionarias que buscan terminar con la pobreza y la injusticia social, ya no sólo participan las clases obreras que se pensaba serían los “motores del cambio social”, sino estudiantes, clases medias, mujeres, negros y jóvenes.<sup>202</sup> Esto como resultado del reconocimiento del impacto de las movilizaciones masivas, así como de una visión más elaborada de las alianzas

---

<sup>195</sup> *Ibid.*, pp. 36, 113-116. Coincido con la autora en cuanto a que estos espacios formales son también producto de la lucha que realizaron las mujeres de la primera ola, quienes como vimos, ponían un mayor acento en el acceso formal y en las leyes.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>197</sup> *Ibid.*, p. 84., Fernández Poncela, *op. cit.*, pp. 41-42. Esta última autora menciona que para 1980 la PEA femenina era de un 35%, una de las más altas en América Latina, y para fines de 1990 llegó a un 45%. Las mujeres trabajaban como asalariadas pero principalmente en el sector informal: para 1992 un 73% de este sector era ocupado por mano de obra femenina.

<sup>198</sup> Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el mundo actual: una gramática de larga duración*, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003, pp. 52- 55.

<sup>199</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>200</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>201</sup> *Idem.*

<sup>202</sup> Stoltz Chinchilla (1980), *op. cit.* pp. 2-3.



inter-clasistas que reconoce que hay una relación compleja entre la opresión por razón de clase y la opresión de género o de raza.<sup>203</sup> Son justamente estas características las que hacen que en la academia se empiece a hablar de “nuevos movimientos sociales” pues en ellos confluyen actores de diversos estratos sociales, que articulan identidades e intereses desde múltiples niveles: clase, edad, género, raza, nación, etnia.<sup>204</sup>

A las presiones políticas que ejercen estas movilizaciones, los gobiernos responden con represión, y en otros casos, las fuerzas políticas más conservadoras instauran férreas dictaduras. Las implicaciones de estos movimientos son interpretadas por las elites políticas desde la lógica maniquea de la guerra fría; de tal forma que las protestas de los jóvenes, de los trabajadores y de los sectores populares son consideradas como la más clara expresión del avance del comunismo. En otras palabras los actores de los movimientos eran el enemigo y el uso de la violencia estaba justificado. Los gobiernos militares y dictatoriales gozaban de la aquiescencia de Estados Unidos, país que estaba más preocupado por la “amenaza comunista” que por la promoción de la democracia o de los derechos humanos. Así, tenemos que en Centro América las oligarquías, con el apoyo de la CIA, remueven por un lado a Jacobo Arbenz del poder en Guatemala por considerar sus medidas de reforma agraria y mayor educación como subversivas, y toleran por el otro las políticas cada vez más represivas de la dictadura del tercer Somoza en Nicaragua o los regímenes militares salvadoreños que protegen los intereses de una elite conformada por 14 familias con el monopolio del poder desde el siglo XIX.<sup>205</sup> Por otro lado, en las décadas del sesenta y setenta, las fuerzas armadas en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay toman el control para eliminar a los “elementos de desestabilización social,” mientras en México, la “dictadura perfecta” del PRI muestra una de sus caras más sangrientas con la matanza de estudiantes en Tlatelolco.

Así, el contexto político y económico contribuyó al surgimiento de los nuevos movimientos sociales. Las mujeres de la segunda ola formaron parte de estos procesos de lucha revolucionaria o de oposición, asimismo visibilizaron y politizaron temas que eran considerados privados y no políticos. En Nicaragua también están presentes los actores de los nuevos movimientos sociales, en especial, los centenares de mujeres que organizan durante los setenta y ochenta uno de los

---

<sup>203</sup> *Idem.*

<sup>204</sup> Como vimos en el capítulo teórico este enfoque reconoce que la acción colectiva no está limitada a cálculos estratégicos y que la identidad que cohesion a los participantes del movimiento no está limitada por sus condiciones estructurales o de clase social. Por el contrario, reconoce que junto a la injusticia social, aparecen otros problemas que tienen que ver con la sociabilidad, la cultura y ciertas dinámicas de la vida privada. Fernando Calderón, “Los movimientos sociales en América Latina: entre la modernización y la construcción de la identidad”, en Fernando Quesada, *op. cit.*, pp. 187-202.

<sup>205</sup> Manus I. Midlarsky y Kenneth Roberts, “Class, State and Revolution in Central America: Nicaragua and El Salvador compared”, *The Journal of Conflict Resolution*, Vol 28, No. 2, 1985, p.177.

movimientos de mujeres más importantes en América Latina, tanto en su dimensión como en sus alcances.<sup>206</sup>

### 3.1.2. La segunda ola: hablar de feminismo en plural

En los años sesenta y setenta da inicio en Estados Unidos la segunda ola del movimiento de mujeres. A diferencia de la primera ola, en la que las demandas y los temas eran comunes a casi todas las mujeres del continente americano y europeo que se movilizaban en la esfera pública, la segunda ola se caracteriza precisamente por la diversidad temática y organizativa de las distintas manifestaciones del movimiento. Además, el movimiento de mujeres dejará de ser coto exclusivo de unas cuantas mujeres de clase media y se extenderá a las clases más populares, adquiriendo incluso un carácter de movilización popular en varios países de América Latina.

A nivel teórico, las mujeres empezaron a enarbolar sus demandas con base en el enfoque feminista o perspectiva de género, cuya validez e importancia empiezan a ser reconocidas a nivel académico.<sup>207</sup>

Esta característica es importante pues, mientras en la primera ola las bases teóricas provenían de la radicalización del discurso ilustrado, en esta etapa las mujeres cuentan ya con un discurso teórico propio y maduro expresado en los “feminismos” existentes. Además, dada la dimensión práctica y teórica del feminismo,<sup>208</sup> las estrategias políticas y los objetivos de movilización de las mujeres varían, de país a país o de región a región, de acuerdo al enfoque teórico predominante.<sup>209</sup>

---

<sup>206</sup> El movimiento de mujeres de la segunda ola en Nicaragua llama la atención sobre todo por el nivel de participación de las mujeres en el proceso revolucionario, sólo equiparable cuantitativa y cualitativamente con las guerrillas en Uruguay y en El Salvador. Ver: Reif, *op. cit.*, p. 169. Otras autoras como Norma Stoltz han señalado también esta peculiaridad del movimiento (Stoltz Chinchilla, 1980, *op. cit.*, p. 16) así como la fuerza que adquiere durante la revolución sandinista. De ahí que en prácticamente toda la bibliografía encontrada, se relacione esta etapa con los albores del movimiento, a pesar de que, como vimos en el capítulo anterior, sus inicios se pueden ubicar en la última década del siglo XIX. Ver: Molyneux (1985), *op. cit.*, pp. 227-254; Margaret Randall, *Sandinista's Daughters*, New Jersey: Rutgers University Press, 1995.

<sup>207</sup> En el año de 1980, los países miembros de la UNESCO recomiendan la creación de espacios académicos para comprender la situación de la mujer desde la perspectiva de género. El primer espacio creado se dio en 1981 en la Universidad Pontificia de Río de Janeiro, le sigue la creación del Área Mujer, Identidad y Poder de la Universidad Autónoma Metropolitana de México y el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer del Colegio de México en 1983. En Centroamérica, la Universidad Centroamericana de Nicaragua será la primera en incorporar una Cátedra de Género y un Programa Interdisciplinario de Estudios de Género en 1986.

<sup>208</sup> Ver nota 4, capítulo 1.

<sup>209</sup> Por ejemplo, mientras en Estados Unidos tuvo un mayor auge el feminismo radical y por tanto imperaron en la práctica los grupos de autoconciencia que operaban fuera de los mecanismos tradicionales de hacer política; en América Latina, en especial en aquellos países que experimentaron revoluciones sociales de izquierda, cobró mayor importancia el feminismo socialista que trabajaba, principalmente, dentro de las organizaciones populares y de los partidos de izquierda. Aunque es importante decir que independientemente de los espacios en los que operaran, ambos feminismos se expresaron como movimientos sociales que incentivaron a las mujeres a actuar en la esfera pública, ya sea quemando ajustadores como símbolo de liberación sexual o empuñando las armas para acabar con el capitalismo patriarcal.

En este sentido, se pueden identificar dos principales corrientes del pensamiento feminista que adquirieron un impulso considerable en los años sesenta y a finales de los setenta: feminismo de la igualdad y feminismo de la diferencia. A su vez, como parte del primero podemos mencionar el feminismo liberal,<sup>210</sup> feminismo radical<sup>211</sup> y feminismo socialista,<sup>212</sup> mientras que, como parte del segundo, encontramos, entre otros, el feminismo cultural,<sup>213</sup> feminismo postmoderno<sup>214</sup> y feminismo de la diferencia dentro de la diferencia.<sup>215</sup>

El feminismo socialista tuvo un eco importante entre las feministas latinoamericanas, lo cual se vio reflejado en el trabajo que realizaron en colaboración con los partidos y los movimientos sociales de izquierda. Las mujeres formaron parte de los procesos revolucionarios en Cuba, Brasil, Colombia,

---

<sup>210</sup> El feminismo liberal de los años sesenta recoge, de manera explícita o implícita, la tradición de las teóricas de la primera ola. Las demandas en las que se centran tienen que ver nuevamente con la existencia de una igualdad formal en el campo político y económico para las mujeres; para lo cual los presupuestos liberales de racionalidad individual e igualdad de oportunidades aparecen como instrumentos teóricos útiles. En términos de práctica política este feminismo se manifiesta en las acciones afirmativas y en las reformas o leyes que buscan implementar algunas estadounidenses. Sin embargo, es importante aclarar que la influencia de esta corriente en las movilizaciones públicas de las mujeres es difícil de rastrear, pues ni siquiera aquellas que enarbolaban el pensamiento liberal desde la academia, se hacían llamar “feministas liberales” y más bien eran conocidas como críticas del pensamiento liberal. En lo que se refiere a las mujeres latinoamericanas, serán más bien el feminismo socialista y el radical los que estarán más presentes en su movilización. Esto, además de obedecer a los contextos históricos y a las necesidades particulares de las mujeres de esta región, tiene que analizarse a la luz de los pocos avances reales que la igualdad formal había arrojado para las latinoamericanas. Es decir, si pensamos que para estos años todos los países habían otorgado el voto a la mujer (ver *tabla 2, capítulo 2*), reconocido su derecho a propiedad y permitido su ingreso al campo laboral y educativo, pero que ninguna de estas cuestiones se tradujo en un mejoramiento real de sus condiciones, entonces es evidente que las propuestas teóricas del feminismo liberal no lograban problematizar las principales demandas de las mujeres latinoamericanas. Ver: Beltrán y Maquieira, *op. cit.*, p. 86.

<sup>211</sup> El feminismo radical se desarrolló principalmente en Estados Unidos, aunque halló eco en varios países de Europa y de América Latina. Entre los temas que aborda se encuentran la sexualidad, familia, identidad, aborto, prostitución, violencia sexual y pornografía. Los conceptos de género y patriarcado son estudiados por las feministas radicales e incluso son acuñados por vez primera por dos de sus principales representantes: Kate Millet y Gayle Rubin. El feminismo radical toma algunas herramientas de la psicología para explicar cómo la opresión de la mujer deriva de la represión sexual y de la labor reproductiva que la misma cumple dentro de la sociedad; dado que el patriarcado opera a través de mecanismos de orden psicológico interiorizados por cada mujer, es necesario que las mujeres entiendan las raíces de su propia opresión para lograr identidades emancipadas. Esto explica que una de las principales estrategias de movilización de las radicales, hayan sido los llamados “grupos de autoconciencia”, los cuales consistían en reuniones entre un pequeño grupo de mujeres que compartían sus experiencias personales y cotidianas. Gracias a estos grupos, muchas mujeres se dieron cuenta de que su opresión era igual a la de otras y por las mismas causas, lo cual las motivó incluso a movilizarse en actos públicos y subversivos. El slogan por excelencia de la segunda ola “lo personal es político” se expresa aquí claramente: la opresión que sufrían estas mujeres a nivel personal y en el ámbito de lo privado era un asunto político y una cuestión de poder. Beltrán y Maquieira, *ibid.*, pp. 76, 80, 81.

<sup>212</sup> Las feministas socialistas coinciden con las radicales en varias de sus propuestas; de hecho utilizan también el concepto de patriarcado para analizar las causas de la opresión de las mujeres desde una dimensión que no se limite a las condiciones materiales. Sin embargo, para ellas es elemental entender que el patriarcado es de carácter capitalista y que opera como un sistema de dominación sexual y de clase. Para ellas una definición de patriarcado que no reconozca las bases materiales del mismo constituye un análisis ahistórico y con una pretensión de universalidad que no se cumple. Las feministas socialistas toman como punto de partida de sus análisis la teoría marxista, pero critican las carencias de la misma y elaboran una perspectiva propia. Entre las principales críticas se halla el no reconocimiento por parte del marxismo de la importancia y repercusión de la reproducción y del trabajo doméstico. Para ellas, la reproducción que opera en el ámbito de lo privado, en contraposición a la producción que opera en el ámbito público, genera relaciones económicas y de poder que hacen que dentro de la división de clases se presente una división y una subordinación por razón del género. Así mismo, el reconocer el aporte del trabajo doméstico y su impacto para la economía es elemental para situar a la mujer “no en la periferia del trabajo, [...] sino en el centro de la actividad productiva...” *Ibid.*, pp. 116, 117 y 120.

<sup>213</sup> Ver nota 50, capítulo 1,

<sup>214</sup> Ver p. 30, capítulo 1.

<sup>215</sup> Ver nota 55 capítulo 1. Hay que aclarar que esto es, de alguna manera, un anacronismo. Fue hasta los años noventa que se empezó a designar a estas corrientes bajo estos términos.

Uruguay, Nicaragua, Guatemala, Chile y El Salvador, como guerrilleras, enfermeras e informantes. Participaron en organizaciones populares, comunidades de base, sindicatos, huelgas y protestas contra el capitalismo y la opresión de clases.<sup>216</sup> De hecho, Norma Stoltz señala que mientras en Estados Unidos y Europa la unión entre marxismo y feminismo se volvió impensable en la teoría y en la práctica durante los setenta y ochenta, en América Latina el contexto económico y el surgimiento de la ideología neomarxista sentaron las bases para un feminismo que buscaba conciliar los intereses de género estratégicos con los intereses de género prácticos.<sup>217</sup> Como señala Alma Rosa Sánchez, la lucha de las feministas latinoamericanas se inserta en una realidad de explotación socio- económica distinta que hace que el movimiento de mujeres sea un espacio de “...lucha por la liberación de los pueblos contra el imperialismo, las dictaduras y la explotación de las burguesías nacionales, pero además, simultáneamente [un lugar donde] las mujeres revisan y analizan su condición específica, su explotación y opresión en el sistema capitalista patriarcal”.<sup>218</sup>

No obstante, es importante aclarar que no todas estas mujeres que se organizaban para satisfacer sus necesidades básicas y las de sus familias se asumían como feministas. Incluso muchas de ellas no desafiaban sus roles tradicionales o la división sexual del trabajo;<sup>219</sup> sin embargo, como afirma Helen Safa, el hecho de realizar colectivamente acciones individuales y de movilizarse en el ámbito público para resolver asuntos considerados privados (cuidado de los hijos, creación de comedores, violencia intrafamiliar, servicios de agua, luz, etc.), les permitió romper con la pasividad y aprender a movilizarse junto con otras para exigir “mayor democracia en el hogar y en el Estado”.<sup>220</sup> Así

---

<sup>216</sup> Tenemos así a la Federación de Mujeres Campesinas ligado al movimiento popular en Bolivia; las comunidades de base formadas por brasileñas que exigen guarderías, puestos de salud y mejor transporte; las organizaciones populares de mujeres en Perú como los Comités de Salud, Programa del Vaso de Leche, Organizaciones para el Desarrollo Comunal o las organizaciones barriales de amas de casa en Uruguay. Alma Rosa Sánchez, *op. cit.*, pp. 53- 58. Es importante aclarar que si bien es cierto muchas de estas organizaciones empezaron como una extensión del rol tradicional de las mujeres (por ejemplo amas de casa o madres tratando de asegurar el sustento de sus familias) al final estas experiencias permitieron construir una conciencia de género desde la cual lograron articular sus demandas. Norma Stoltz Chinchilla, “Marxism, Feminism and the Struggle for Democracy in Latin America”, en *Gender and Society*, Volumen 5, No. 3, 1991, pp. 296, 297.

<sup>217</sup> Las teorías neomarxistas reconocían que las contradicciones generadas por el capitalismo no sólo afectaban a una clase social, sino a otros sujetos sociales, como las mujeres, los estudiantes, las clases medias, entre otras. Es decir, mientras el socialismo real (acogido en los primeros años por la revolución cubana) se mostraba totalmente hostil hacia cualquier ideología feminista, en los setenta y ochenta existe una mayor apertura en este sentido. Stoltz Chinchilla, (1991) *ibid*, pp. 291-295. Para la definición de intereses de género prácticos y estratégicos, ver Molyneux (1985), *op. cit*, pp. 232-235.

<sup>218</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 64. Incluso la autora señala que aunque las feministas latinoamericanas provenían de la clase media y de las universidades, éstas militaban en la izquierda y enfatizaban “la necesidad de extender y ampliar la movilización a las obreras, campesinas, amas de casa, sensibilizar a la causa de la emancipación de la mujer”.p. 53.

<sup>219</sup> Edna Acosta-Belén y Christine E. Bose, “From Structural Subordination to Empowerment: Women and Development in Third World Contexts”, p. 313. Helen Icken Safa, “Women’s Social Movements in Latin America,”p. 361. en *Gender & Society*, Vol. 4, No. 3, septiembre 1990. De hecho las autoras coinciden en que las mujeres se movilizaban más bien para poder cumplir su rol reproductivo dentro de la familia, pues buscaban satisfacer las necesidades de salud y consumo de sus familiares. Otro punto que vale la pena subrayar es que estas organizaciones operaban generalmente con el apoyo de las comunidades eclesiales de base de la iglesia católica, las cuales más bien reforzaban su rol de género tradicional.

<sup>220</sup> Safa, *ibid.*, p. 360.

pues, "...en lugar de privatizar sus problemas de sobrevivencia, las mujeres latinoamericanas las colectivizan y forman grupos para promover el cambio social..."<sup>221</sup> y al hacerlo logran politizar sus intereses de género prácticos, despertar una mayor conciencia de la subordinación por razón de género y transformar estos intereses en intereses de género estratégicos.<sup>222</sup>

Sin embargo, las alianzas con la izquierda no siempre arrojaron resultados positivos; los intereses de la revolución o del partido entraron en choque con los intereses de las mujeres, y los compañeros descalificaron a las feministas como "pequeño burguesas" y sectarias. Y, en general, aquellas mujeres que lograron integrarse como militantes de la izquierda organizada lo hacían en cargos secundarios o que eran "prolongaciones de lo que se entiende por actividades 'femeninas': secretarias, cocineras, discretas..."<sup>223</sup>

El caso nicaragüense ilustra muy bien esta situación. Las mujeres en Nicaragua, en específico aquellas que simpatizaban con la revolución sandinista, adoptaron un feminismo de carácter socialista que parecía coincidir con las prioridades de la lucha. Empero, pronto las sandinistas se dieron cuenta que sus compañeros de trinchera querían que ellas siguieran en su papel de madres y reinas del hogar.<sup>224</sup>

Ahora, el impulso de la segunda ola del movimiento de mujeres en América Latina también estuvo relacionado con la apertura de nuevos espacios a nivel internacional. Uno de los ejemplos más claros se presenta en el año de 1975, declarado por la ONU el Año Internacional de la Mujer, cuando se realiza en Ciudad de México la Conferencia Mundial de la ONU para las Mujeres. En ésta se reúnen 133 Estados miembros, 10 organizaciones intergubernamentales, 8 movimientos de liberación y 114 organizaciones no gubernamentales.<sup>225</sup> A pesar de que en su momento la conferencia fue criticada, sobre todo por el feminismo mexicano que la consideraba una treta política del gobierno de Echeverría, lo cierto es que permitió crear redes de solidaridad entre diversas organizaciones, poner en la agenda pública los temas de las mujeres, conseguir fondos

---

<sup>221</sup> Acosta y Bosé, *op. cit.*, p. 312. El artículo enfatiza que las mujeres en el mundo desarrollado reaccionan de manera distinta para satisfacer sus necesidades de, pues las resuelven de manera individual, ingresando generalmente al mercado de trabajo asalariado.

<sup>222</sup> Safa, *op. cit.*, p. 363. La experiencia de varias mujeres nicaragüenses puede corroborar este hecho, pues a pesar de que en un inicio fueron sus roles tradicionales de madres y esposas las que las hacen salir a las calles y defender a sus familias contra el dictador, el demandar sus derechos en el ámbito público de manera colectiva sienta un precedente importante para formar un movimiento efectivo.

<sup>223</sup> Astelarra, *op. cit.*, p. 59.

<sup>224</sup> Para ver un análisis completo acerca de cómo la revolución enfrentó graves dificultades para cambiar los patrones culturales tradicionales de machismo y subordinación (tanto en hombres como en mujeres), ver: Fernández Poncela, *op. cit.* La siguiente declaración ilustra muy bien esta tendencia: "Había mayor igualdad en las montañas que después del triunfo. Compartíamos lo que teníamos. Compartíamos los deberes en la cocina, la limpia de armas, las responsabilidades de liderazgo....Más tarde la vida machista empezó, que es la cultura nicaragüense. Ellos regresaron a lo que consideraban una vida normal. Testimonio de una mujer que participó en la guerrilla sandinista., González y Kampwirth, *op. cit.*, p. 100.

<sup>225</sup> Lycklama a Nijeholt, Vargas y Wieringa (comp.), *op. cit.*, p. 28. Otro de los eventos internacionales importantes fue la Primera Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer al Desarrollo celebrada en 1977 en La Habana, que tenía como objetivo "elevar los niveles de condicionantes sociales y educativos y capacitar a las mujeres para el trabajo." Sánchez Olvera, *op. cit.*, p. 44.

externos para la movilización a nivel interno e incluso impulsar “indirectamente la formación de nuevos grupos de mujeres, como sucedió en varios países latinoamericanos”.<sup>226</sup>

Finalmente, es importante mencionar que de manera paralela a esta segunda ola que ha sido relatada y estudiada por académicas feministas como las que han sido citadas, también se movilizaron otras mujeres, aunque con un menor número de integrantes y en una línea muy distinta. Se trata de las mujeres que apoyaron a los gobiernos de derecha o que participaron en movimientos contrarrevolucionarios para mantener a los dictadores. Me refiero aquí a las chilenas de la organización Poder Femenino que realizaron una de las marchas de mujeres “más multitudinarias que ha conocido Santiago de Chile” en contra del socialista Salvador Allende,<sup>227</sup> el movimiento conservador brasileño de la Unidad Cívica Femenina y Marcha con Dios por la Familia y la Libertad contra el Presidente Goulart y,<sup>228</sup> específicamente, a las mujeres nicaragüenses que buscaron defender la dictadura de Somoza durante y después de la revolución sandinista. Karen Kampwirth afirma que las mujeres que se unieron a la contra nicaragüense como combatientes, mensajeras, cocineras o paramédicas ocupaban un 10 o un 15% de este grupo armado;<sup>229</sup> y clasifica a las mujeres que apoyaban a Somoza en dos rubros: aquellas de las clases altas y de los sectores urbanos que se habían beneficiado directamente de la dictadura y que mantenían incluso una estrecha relación con los Somoza o aquellas que pertenecían a un campesinado medio con tierras suficientes para subsistir y que se beneficiaban de la estabilidad del somocismo y de que el gobierno no interviniera en la economía.<sup>230</sup> Empero, estas mujeres, a diferencia de las sandinistas que tras la lucha en los sesenta y setenta se organizan para defender la equidad de género, no encauzaron su lucha bajo el discurso de género ni se mostraron tan activas en el ámbito público. Por lo que, para efectos de este estudio, que busca entender la transición de una identidad partidista a una identidad de género dentro del movimiento de mujeres, no resulte útil la experiencia de las somocistas.

---

<sup>226</sup> Cristina González, *Autonomía y Alianzas: el movimiento feminista en la ciudad de México, 1976-1986*, México: UNAM, 2001, p. 116. Norma Stoltz (1991), *op. cit.*, p. 294.

<sup>227</sup> Silvana Paternostro, *En la tierra de dios y del hombre: hablan las mujeres de América Latina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001, p. 74.

<sup>228</sup> Reif, *op. cit.*, p. 150. La autora menciona que generalmente para lograr el apoyo masivo de las mujeres los partidos conservadores o de derecha acusan a los partidos progresistas o de izquierda de poner en peligro a la familia, la religión y el *status quo* en general. En el caso chileno, por ejemplo, la movilización de las mujeres no tenía como objetivo final el que éstas permanecieran en el ámbito público, sino sólo que coadyuvaran a derrocar a Allende. Norma Stoltz Chinchilla, “Mobilizing Women: Revolution in the Revolution”, en *Latin American Perspectives*, Vol. 4, No. 4, 1977, p. 89.

<sup>229</sup> González y Kampwirth, *op. cit.*, p. 80.

<sup>230</sup> *Ibid.*, pp. 88-89. Aunque la autora no lo especifica, es muy probable que las mujeres pro-Somoza de las clases medias y altas que entrevistó sean justamente aquellas que mencionamos en el capítulo anterior. Las que eran miembros de Ala Femenina del Partido Liberal y que sentían que le debían el voto, la educación y el acceso a la política a Somoza. También habría que agregar a aquellas que fueron movilizadas por los somocistas bajo la amenaza (real a partir de que se instaura el servicio militar obligatorio) de que el régimen sandinista ponía en peligro la vida de sus hijos y de su familia.

### 3.2 La segunda ola en Nicaragua: las compañeras de la revolución

#### 3.2.1 La revolución sandinista: todos unidos contra el dictador

La revolución sandinista, encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, representó en sus inicios la voluntad de prácticamente todos los nicaragüenses por derrocar a un régimen dictatorial y corrupto como el del tercer Somoza. El Frente logró organizar una lucha que aglutinaba a diversos sectores de la sociedad nicaragüense y que operaba desde distintos ámbitos. Como afirma Norma Stoltz Chinchilla, los sandinistas lograron crear una lucha multisectorial y multidimensional “que incluía guerrilla, organización popular, huelgas, insurrección, apoyo internacional y trabajo diplomático, [así como] diferentes sectores de la población (hombres y mujeres, trabajadores y campesinos, jóvenes y viejos, indígenas y mestizos)”.<sup>231</sup>

Aunque en los sesenta su estrategia coincidía con la que dictaba la teoría foquista, (guerrilla rural e insurrección armada como punta de lanza de la revolución), los dirigentes del FSLN se dieron cuenta de la importancia de formar alianzas más amplias en los barrios populares y en los sectores urbanos.<sup>232</sup> También a nivel internacional lograron crear lazos importantes, no sólo con la revolución cubana que brindó apoyo material y capacitación a los sandinistas, sino con varios países de América Latina y de Europa que condenaban abiertamente las violaciones del somocismo.<sup>233</sup>

---

<sup>231</sup> Norma Stoltz Chinchilla, 1980, *op. cit.*, p. 18. Los sandinistas lograron establecer estas alianzas gracias a las condiciones estructurales de Nicaragua y al carácter de la dictadura somocista. De acuerdo a Midlarsky y Roberts, en Nicaragua existía una mejor distribución y una mayor disponibilidad de tierras que en países como El Salvador. Hecho que permitió que en el primer país se pudiera pensar en términos de suma positiva y no de suma cero ante posibles medidas de reforma agraria o reparto de tierras. (Midlarsky y Roberts, *op. cit.*, p. 170.) Además, la dictadura de los Somoza se caracterizó por mantener cierta autonomía en relación a las clases dominantes; es decir, beneficiaba a un grupo muy reducido de la población adinerada del país pero no representaba los intereses de todo el sector empresarial o de las oligarquías agro exportadoras. (*Ibid.*, p. 177-180) Esto último explica que una de las fuerzas opositoras al régimen de Somoza, el Frente Amplio Opositor (FAO), esté justamente conformado por las clases medias y altas. Estas clases no recibieron los beneficios económicos del auge algodónero debido al monopolio de la economía que la dictadura mantenía. Se organizaron en torno a la Unión Democrática de Liberación (luego, Frente Amplio Opositor). En este participaron personajes como Pedro Joaquín Chamorro, esposo de la que sería una década más tarde la primera presidenta nicaragüense. Es importante mencionar, sin embargo, que FAO no logró tener el liderazgo y la legitimidad del FSLN como para encabezar la oposición del pueblo nicaragüense. Incluso sufrieron un gran revés cuando la población se enteró de que habían tratado de negociar con Estados Unidos y con el tercer Somoza una salida más pacífica que incluyera la alternancia pero no transformaciones sociales. La negociación falló y al final, tuvieron que expresar su apoyo abierto a la revolución planteada por los sandinistas.

<sup>232</sup> Una vez que la guerrilla rural logró penetrar en las zonas urbanas, fueron justamente las organizaciones de defensa barriales las que brindaron el apoyo necesario para el golpe final en 1979. Midlarsky y Roberts, *ibid.* p. 179.

<sup>233</sup> La opinión internacional era en general favorable a la revolución sandinista. De hecho, era vista como uno de las pocas revoluciones exitosas en el tercer mundo que buscaba “combinar una transformación económica y social fundamental con democracia y pluralismo.” José Luis Coraggio y George Irvin, “Revolution and Democracy in Nicaragua” en *Latin American Perspectives*, Vol. 12, No. 2, 1985, p.24.

La polarización social que existía en Nicaragua no se planteaba sólo en términos de clase, era “horizontal, con trabajadores, hombres de negocios, campesinos y clero pro y anti somocista”.<sup>234</sup> Con Somoza o contra Somoza aparecen como las opciones que dividen a la población nicaragüense, y aunque las clases más pobres suelen estar del último lado del espectro político, lo cierto es que hasta el día de hoy, dentro de una misma familia, el padre o la madre pueden ser somocistas y los hijos sandinistas y cientos de hermanas, sobrinos, nietos no logran perdonarle a sus familiares el haber apoyado al régimen o el haberse alzado en armas en contra de él.<sup>235</sup>

El triunfo del 19 de julio de 1979 no se puede entender sin la participación que tuvieron todos estos sectores, desde las fuerzas armadas operando en el campo y en la ciudad hasta los estudiantes o las amas de casa sirviendo de informantes encubiertos y construyendo barricadas contra el dictador. El mismo Daniel Ortega comandante del FSLN y presidente de Nicaragua hasta 1990, reconoció la importancia que tuvo el unir esfuerzos entre las fuerzas armadas y las movilizaciones masivas: “Hubiera sido muy difícil, sin la unidad de los sandinistas, el reunir y sintetizar en una sola línea política práctica todos los logros que las diversas tendencias habían acumulado. Por eso podemos decir con certeza que la unidad jugó y jugará un papel determinante en la revolución.”<sup>236</sup>

En efecto, una vez que el FSLN se constituye como el nuevo gobierno se buscó implementar políticas que promovieran la inclusión de las múltiples tendencias que confluyeron en la lucha. El nuevo gobierno, a diferencia de la mayor parte de los regímenes socialistas, le apuesta a un sistema político democrático que permita la existencia de oposición política y la mayor representatividad de los diversos sectores de la población.<sup>237</sup> Este último elemento será propiciado a través del fomento de las organizaciones populares y de la movilización política, partiendo del principio de que la democracia implica “la intervención de las masas en todos los aspectos de la vida social”.<sup>238</sup> El

---

<sup>234</sup> R.C. Leiken, “Can the cycle be broken?” en R.C. Leiken (ed), *Central America: Anatomy of Conflict*, Nueva York: Pergamon, 1983, p. 18. Citado en: Manus I. Midlarsky y Kenneth Roberts, *op. cit.*, p. 178. Llama la atención aquí también la división entre el clero católico nicaragüense, pues por un lado tenemos a los simpatizantes de la teología de la liberación (ideología que penetra fuertemente en Latinoamérica durante los setenta y que promueve una iglesia por los pobres y para los pobres) con personajes tan progresistas como Ernesto Cardenal, y por el otro, una jerarquía eclesiástica encabezada por el actual cardenal Miguel Obando y Bravo que sigue hasta hoy refiriéndose a Daniel Ortega como “la serpiente” o “el mal” durante su sermón dominical.

<sup>235</sup> Esta división de la sociedad nicaragüense será luego capitalizada por Violeta Chamorro con la promesa de que en su gobierno se unirían nuevamente las familias nicaragüenses.

<sup>236</sup> Marta Harnecker, “Nicaragua: la estrategia de la victoria” (entrevista con el comandante del FSLN Daniel Ortega), *Intercontinental Press*, XVIII, 1980, p. 156. Citado en: Stoltz Chinchilla, 1980, *op. cit.*, p. 19.

<sup>237</sup> Por ejemplo Coraggio e Irvin señalan que la revolución sandinistas es un caso único en cuanto a la conciliación de intereses, incluso con las fuerzas ex somocistas, pues la “clase dominante, lejos de ser liquidada o enviada al exilio fue llamado para cooperar en el proceso de reconstrucción nacional”. Coraggio e Irvin, *op. cit.*, p. 25. También cabe señalar el hecho de que permitieran elecciones libres en noviembre de 1984, mismas que fueron sometidas al escrutinio internacional. Obviamente esta propuesta democratizadora se va diluyendo conforme se agudiza la guerra civil y dicha apertura se mantiene sólo a nivel de discurso. Por ejemplo, se llega incluso a prohibir organizaciones contrarias a los objetivos del partido y la libertad de prensa se limita ampliamente (Por ejemplo, las oficinas del periódico opositor, La Prensa, son cerradas).

<sup>238</sup> Olivera y Fernández, *op. cit.*, p. 162. La idea de promover la movilización de las masas en general, en lugar de alguna clase económica en particular, estaba basada en la ideología del Tercerismo desarrollada por



gobierno sandinista pensaba que con estas organizaciones se podría promover la existencia de una sociedad civil capaz de avanzar sus intereses a través de organizaciones políticas y sociales autónomas.<sup>239</sup> Cada una de ellas agrupaba a diversos sectores de la población de acuerdo a su ocupación (trabajadores de salud, obreros industriales, educadores, profesionales, obreros agrícolas, campesinos) y de acuerdo a su sector social (los jóvenes y las mujeres).<sup>240</sup>

En términos prácticos, las organizaciones masivas ocuparon un lugar fundamental dentro de la consolidación de las promesas políticas y económicas planteadas por los sandinistas, pues a través de ellas se podían proveer los servicios y bienes prometidos por la revolución y satisfacer las necesidades inmediatas de las clases populares, mismas que un gobierno precario y recién llegado como el sandinista hubiese sido incapaz de garantizar por sí solo.<sup>241</sup> Las organizaciones populares lograron organizar y capitalizar el apoyo de las masas y legitimar la presencia de las fuerzas sandinistas en el poder, defendiendo así el nuevo orden establecido frente a posibles amenazas por parte de la contrarrevolución.<sup>242</sup>

Por su parte, el modelo económico que plantean los sandinistas refleja también este afán de mantener las alianzas y los consensos políticos. Su propuesta prometía erradicar los efectos perniciosos del modelo anterior: un campesinado sin tierras, trabajadores asalariados empobrecidos y pequeños propietarios excluidos, entre otros. Estaba basada en un modelo socialista de desarrollo y contemplaba como principales cambios la reforma agraria, la participación popular dentro del proceso de producción y defensa, la intervención del Estado para proveer servicios públicos y la erradicación del poder oligárquico terrateniente a partir de la confiscación masiva de propiedades.<sup>243</sup>

Sin embargo, el FSLN aplica en la realidad un socialismo moderado que contempla una economía mixta, es decir, la posibilidad de que una parte de la actividad económica estuviera en manos privadas y que gozara de cierta autonomía respecto a las medidas gubernamentales.<sup>244</sup> Para 1985,

---

Humberto Ortega (hermano del presidente sandinista Daniel Ortega); según ésta los efectos negativos del capitalismo afectaban a todos los sectores de la sociedad, independientemente de su posición social. Para ver más: Katherine Isbester, *Still Fighting. The Nicaraguan Women's Movement, 1977-2000*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2001, p. 29.

<sup>239</sup> Coraggio e Irvin, *op. cit.*, p. 29. Es importante recordar que la participación de la sociedad civil, en específico durante el periodo del tercer Somoza, fue sumamente limitada. Las manifestaciones que existían contrarias a los intereses del gobierno fueron fuertemente reprimidas.

<sup>240</sup> Olivera y Fernández, *op. cit.*, p. 166. Las organizaciones incluían “sindicatos de trabajadores del campo y la ciudad, comités de defensa de la revolución, organizaciones de mujeres, de jóvenes y de minorías étnicas y las milicias populares.” Coraggio e Irvin, *ibid.*, p. 30.

<sup>241</sup> Entre las acciones que realizan las organizaciones populares se encuentran las campañas de alfabetización, de salud, de distribución de alimentos y la recolección voluntaria de café y algodón en beneficio de todos. August B. Cochran y Catherine V. Scott, “Class, State and Popular Organization in Mozambique and Nicaragua”, en *Latin American Perspectives*, Vol. 129, No. 2, 1992, p. 107.

<sup>242</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>243</sup> Centro de Investigación Cenzontle, *Un marco conceptual para el análisis del poder de las mujeres*, Managua: Cenzontle, 1991, p. 19.

<sup>244</sup> La economía es mixta en el sentido que el Estado ocupa un lugar central dentro de la economía pero no sustituye al mercado; las industrias elementales para el crecimiento económico se nacionalizan y áreas clave del comercio y las finanzas pasan al control estatal, pero la producción de alimentos del campesinado y la pequeña

por ejemplo, la participación del sector privado constituía un 78% en la industria, 60% en las actividades comerciales y un 76% en la agricultura.<sup>245</sup> Los sandinistas buscaban con estas medidas mantener al capital privado dentro del país; con la salvedad de que éste estaría ahora “subordinado a la lógica de las mayorías” y que “la satisfacción de las necesidades económicas y sociales básicas tendría precedencia sobre la acumulación de capital.”<sup>246</sup>

Como vemos, la revolución sandinista operó en dos niveles tanto para derrocar a la dictadura como para consolidar el triunfo revolucionario: lucha armada y participación de la sociedad civil en organizaciones populares. Las mujeres nicaragüenses ocuparon un lugar indispensable en ambos frentes; alcanzaron el porcentaje más alto de participación femenina en una insurrección armada en América Latina<sup>247</sup> y conformaron una de las organizaciones populares más importantes durante y después de la revolución (con 25,000 integrantes aproximadamente).<sup>248</sup>

### 3.2.2 Las mujeres y la revolución sandinista: el caso de AMNLAE

Como toda revolución, la sandinista plantea una ruptura con el orden establecido,<sup>249</sup> y en este caso la lucha por la igualdad y los derechos de la mujer será uno de los elementos de diferenciación de la propuesta sandinista frente al anacrónico y conservador orden somocista.<sup>250</sup> Superando los niveles comunes de participación femenina dentro y fuera del país,<sup>251</sup> aproximadamente un 30% de las

---

empresa del burgués son permitidas bajo cierto margen de acumulación de capital privado. El Estado mantiene o extiende su participación en ciertas áreas de la economía (como la educación y la salud) y estatiza actividades tradicionalmente privadas (comercio, inversión y producción de bienes de consumo). David F. Ruccio, “State, Class and Transition in Nicaragua”, en *Latin American Perspectives*, Vol. 15, No. 2, 1988, pp. 51, 52. Midlarsky y Roberts, *op. cit.*, p.190.

<sup>245</sup> Maxine Molyneux (1985), *op. cit.*, p. 243.

<sup>246</sup> Coraggio e Irvin, *op. cit.*, p. 31.

<sup>247</sup> Stoltz Chinchilla, 1980, *op. cit.*, p. 16.

<sup>248</sup> Olivera y Fernández, *op. cit.*, p. 164.

<sup>249</sup> Anna María Fernández describe una revolución como “un cambio rápido, profundo y global, que implica un momento de ruptura radical con el orden establecido y una elaboración y puesta en práctica de un nuevo orden [...] Las revoluciones totales serían aquellas transiciones trascendentales que trastocan la estructura social y el modelo cultural.” Como demuestra la autora en su libro, toda revolución transforma o cuestiona el sistema socio cultural y la revolución sandinista despertó a varios sujetos sociales que habían sido víctimas de subordinación: grupos étnicos, mujeres, trabajadores, etc. Fernández Poncela, *op. cit.*, pp. 12, 20.

<sup>250</sup> Es interesante observar cómo los y las sandinistas rescatan el papel que Augusto César Sandino otorgó a las mujeres durante su lucha contra la intervención estadounidense de 1926 a 1936, pues aunque no hay estadísticas claras en cuanto a cuál fue su participación en la guerrilla, enfatizan el hecho de que Sandino inauguró la “tradición histórica de la participación de la mujer revolucionaria...” (Declaración de la comandante Dora María Téllez, citada en: Margaret Randall, *Todas estamos despiertas: testimonios de la mujer nicaragüense*, México, Siglo XXI, p. 19.) En una entrevista, Sandino expresa su opinión respecto a la colaboración de las nicaragüenses en su lucha: “ Los actos de heroísmo de las mujeres que colaboraron en el Ejército, no sólo son muchísimos, sino que además la mayoría requieren largas historias para explicar los sacrificios que sufrieron y los peligros que enfrentaron por amor a la Patria y todas, campesinas, maestras de escuela, enfermeras, amas de casa y aun Señoritas de sociedad, rindieron servicios sin los cuales nuestra guerra no habría sido posible”. (*Ibid*, p. 20)

<sup>251</sup> De los casos estudiados por Linda Reif (Cuba, Colombia, Uruguay, Nicaragua y El Salvador), solo los niveles de participación femenina durante la revolución salvadoreña pueden compararse con los de la nicaragüense (que ascendían también a un 30% aproximadamente). Aunque también en Uruguay los líderes revolucionarios

combatientes en la lucha contra Somoza fueron mujeres, además de un 60% que contribuyó como “brigadistas” dentro de las cruzadas de educación que realizó el Frente una vez en el poder. Como afirma Xanthi Suárez: “Los diez años de esa revolución estuvieron anteceditos por la participación activa de decenas y centenas de mujeres, desde 20 años atrás o menos, pero que marcaron la pauta [para] que comprendiéramos que lo que se daba a la gente no eran “caridades” sino ‘derechos’”.<sup>252</sup> Así, la participación de las mujeres no será una simple estrategia a nivel discursivo que se presente desde los altos mandos una vez estando los sandinistas en el poder,<sup>253</sup> sino que la lucha ya les había abierto un espacio en las mismas trincheras. Como lo platica una de las ‘Hijas de Sandino’: “Yo trabajé con Sandino, como una mensajera. No había jefes ni generales. Nosotros éramos soldados nicaragüenses contra los machos. Luchamos por una Nicaragua libre”.<sup>254</sup>

Como mencioné ya, las mujeres nicaragüenses lograron organizarse alrededor de una de las organizaciones populares más importantes durante y después de la revolución: la Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional (AMPRONAC).<sup>255</sup> Creada inicialmente con el objetivo de encauzar la lucha de las madres en defensa de los derechos humanos de sus hijos,<sup>256</sup> la organización logró expandir y diversificar sus funciones, las cuales incluían el trabajo social en la comunidad, educación y salud pública, tareas de defensa, vigilancia de la revolución, propaganda, entre otras.<sup>257</sup> AMPRONAC incluía tanto a mujeres de los sectores populares, como a mujeres educadas y de un estrato social más alto gracias a un discurso que combinaba el discurso de clase del FSLN con un discurso de género que buscaba transgredir el rol tradicional de la mujer.<sup>258</sup>

Tras la victoria, la asociación cambió su nombre a “Luisa Amanda Espinosa” (AMLAE), en honor a la primera mujer del Frente que había muerto en combate, y se convirtió en un fuerte actor para sacar adelante metas específicas como la cruzada de alfabetización, la campaña por la salud, el cultivo de café y algodón, y la lucha por reivindicar el estatus legal de las mujeres tanto como

---

promovieron la participación femenina a través de relaciones igualitarias al interior de los frentes de combate y de programas sociales que atendían específicamente las necesidades de las mujeres. En los otros países los niveles de participación son mucho más bajos y no existe evidencia de que hayan promovido su incorporación a la guerrilla. Reif, *op. cit.*, pp. 154-161.

<sup>252</sup> Xanthi Suárez García, *Adelante Mujeres Construyamos el Futuro*, Managua, Grupo Emigdio Suárez Ediciones, 2000, p. 23.

<sup>253</sup> Por ejemplo, Luisa Campuzano describe cómo en el caso de la revolución cubana el proceso fue un poco a la inversa, es decir, una vez que se dio el triunfo revolucionario se empezó a incorporar el tema de la mujer y la importancia de su participación, de ahí que ella misma expresa “...donde en la historia latinoamericana se lee ‘la mujer conquistó’, en la cubana posterior a 1959 podría leerse ‘la mujer recibió’...” En: Capuzano, *op. cit.*, p. 79.

<sup>254</sup> Margaret Randall, *Sandinista's Daughters Revisited, Testimonies of Nicaraguan Women in Struggle*, New Jersey: Rutgers University Press, 1994, p. xi.

<sup>255</sup> Incluso Chinchilla afirma que AMPRONAC constituía la organización de mujeres latinoamericanas, ligada a un partido de izquierda, más exitosa que había existido hasta ese momento. Stoltz Chinchilla, “Revolutionary Popular Feminism in Nicaragua: Articulating class, gender and sovereignty,” en *Gender and Society*, Vol. 4, No. 3, 1990, p. 374.

<sup>256</sup> Isbester, *op. cit.*, pp. 29-34.

<sup>257</sup> Olivera y Fernández, *op. cit.*, p. 164.

<sup>258</sup> Isbester, *op. cit.*, p. 33.

ciudadanas como dentro de la familia.<sup>259</sup> La organización desarrolló una gran capacidad de movilización y negociación, y aprendió a compartir información con otras instituciones del gobierno para impulsar sus propuestas. Gracias a que AMNLAE contaba con el apoyo político y económico del FSLN, pudo moverse con libertad mientras sus objetivos coincidían con las prioridades del partido.<sup>260</sup>

Aunque AMNLAE era la organización encargada de abordar la problemática de las mujeres desde un enfoque de género, no todas las mujeres se encontraban organizadas políticamente dentro de esta asociación; de hecho su presencia era significativa en otras instancias creadas por el FSLN, entre las cuales destaca la ANDEN (compuesta por educadores, 70% mujeres), el FETSALUD (para trabajadores de la salud, 80% mujeres), los Comités de Defensa Sandinista (57% mujeres) y la Juventud Sandinista (46% mujeres).<sup>261</sup> Además de su participación en el propio partido, el FSLN (26.8% mujeres), y en puestos de liderazgo en las instituciones del gobierno (31.4%).<sup>262</sup>

La movilización de las mujeres dentro del proceso revolucionario y pos- revolucionario no es desdeñable. Gracias a ésta, las mujeres concretaron avances jurídicos importantes, como la legislación que reconoce abiertamente los derechos de la mujer dentro de la familia y del trabajo y la obligación del Estado de defenderlos, el Estatuto de Derechos de 1979 que mejora la situación de la mujer en el sector rural mediante salarios equitativos, la Ley de Patria Potestad Compartida o la Ley de Cooperativas que “garantizaba el acceso a la propiedad de la tierra por parte de las mujeres...”

<sup>263</sup> Así mismo se lanzaron decretos tan progresistas como el que prohibía el uso de la imagen de la mujer como objeto sexual, ya sea en los anuncios publicitarios o en los medios de comunicación.<sup>264</sup>

Además, se da una mayor integración de la mujer dentro del campo laboral, acompañada por una creciente organización sindical para satisfacer sus necesidades de género.<sup>265</sup> No obstante, además de institucionalizar y poner en operación los avances antes citados, el gobierno realizó una constante campaña de sensibilización y difusión sobre la subordinación femenina a partir de un apoyo público

---

<sup>259</sup> *Ibid.*, pp. 45-64.

<sup>260</sup> *Ibid.*, Chinchilla (1990), *op. cit.*

<sup>261</sup> Olivera y Fernández, *op. cit.*, p. 166.

<sup>262</sup> Chinchilla (1990), *op. cit.*, p. 371.

<sup>263</sup> Fernández Poncela, *op. cit.*, p. 33. De hecho, a solo un año del triunfo, el parlamento aprueba un anteproyecto de reforma agraria que “reconoce explícitamente a la mujer como sujeto de reforma agraria, independientemente de su estado civil.” Ver: Ana Criquillion, “The Nicaraguan Women’s Movement: Feminist Reflections from Within” en *The Politics of Survival: Grassroots Movements in Central America*, Nueva York, Ed. Minor Sinclair, 1995, p. 213.

<sup>264</sup> Criquillion, *ibid.* Esta ley contrasta notablemente con el uso (abuso) de la imagen de la mujer nicaragüense hoy en día por parte de las empresas privadas, a partir del cual la mujer no es más que un producto a la venta que se oferta junto con los demás objetos. El gobierno no interviene actualmente para cambiar dicha situación.

<sup>265</sup> Destaca el activismo de las mujeres en organizaciones sindicales como la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) y la Central Sandinista de Trabajadores (CST), desde las cuales realizaban acciones reivindicativas en temas como la no discriminación salarial, el no despido en caso de embarazo, capacitación a nivel técnico, la creación de Centros de Desarrollo Infantil, entre otros. Para ver más: Olivera y Fernández, *op. cit.*, pp. 167-169.

y abierto a la causa de las mujeres. AMNLAE fue la principal aliada en esta tarea de combate a la cultura patriarcal.

Como se puede observar, estos logros se deben tanto a la fuerza que alcanzó el movimiento de mujeres como al clima favorable que propició el gobierno sandinista. Este último buscó, mediante reformas legislativas y canalización de recursos, ser un motor del movimiento de mujeres. El porqué de esta postura obedece tanto a consideraciones ideológicas como prácticas del proceso revolucionario. En el primer rubro tenemos que la liberación de la mujer del sistema de opresión de la etapa pre-revolucionaria, y su lugar predominante dentro de la ideología oficial, es una característica común a todos los Estados socialistas.<sup>266</sup> De hecho las políticas y las constituciones dentro de estos regímenes reconocen “la opresión de la mujer como un problema social y político que requiere de la intervención directa del gobierno”.<sup>267</sup> Al contrario de los Estados liberales que generalmente consideran que el proceso de modernización económica por sí mismo genera “derrames” que benefician a los sectores excluidos de la sociedad, los Estados socialistas tienden a implementar medidas específicas para mejorar la situación de la mujer.

Por otro lado, el FSLN tenía el incentivo de fomentar la participación femenina por razones prácticas. Entre éstas se hallan el temor de que las mujeres fueran cooptadas por los partidos de derecha o por las facciones más conservadoras de la iglesia católica aliadas a éstos,<sup>268</sup> y la creencia de que, incorporadas adecuadamente en el proceso revolucionario, podrían realizar una importante función como agentes de socialización y promoción de los valores sandinistas en las generaciones venideras.<sup>269</sup> En el plano económico, el gobierno requería que las mujeres ingresaran en mayor número al mercado laboral frente a la migración y la pérdida de mano de obra masculina a causa de

---

<sup>266</sup> Aunque el modelo de Estado que implementan los sandinistas no es en realidad socialista (pues mantienen más bien una economía mixta), el papel que le otorgan a la mujer sí está estrechamente vinculado con el que se les suele dar dentro de la ideología socialista.

<sup>267</sup> Molyneux (1984), *op. cit.*, pp. 61-65. Los fundamentos teóricos de la postura oficial de estos gobiernos se hallan en textos de Lenin y de Engels, y como lo sintetiza Molyneux, señalan como principales medidas el promover la entrada de la mujer en las funciones productivas y en el campo de trabajo fuera del hogar, desarrollar servicios comunitarios que alivien la carga doméstica y de cuidado de niños, proveer iguales oportunidades para las mujeres, movilizarlas al interior de la administración pública y del trabajo político, y satisfacer sus necesidades como madres. También la organización de las mujeres dentro de organizaciones populares del partido constituye un principio rector dentro de los gobiernos socialistas. (*Ibid.*, pp. 83-84)

<sup>268</sup> Este temor se basaba en dos hechos. El primero es que la iglesia católica en Nicaragua, así como en muchos países latinoamericanos, se ha unido a las causas más conservadoras y/o reaccionarias. Y el segundo, que las mujeres nicaragüenses (nuevamente repitiendo un patrón que se extiende a toda América Latina) suelen ser muy religiosas y practicantes, es decir, participar activamente en las iglesias: “A nivel nacional en todas las organizaciones religiosas participan mujeres y son el 60% de sus miembros, de ellas [...] el 53% participan en grupos católicos.” Olivera y Fernández, *op. cit.*, p.163. Sin embargo, es importante aclarar que durante la revolución tuvo un gran auge la teología de la liberación, la cual permitió que varios cristianos conciliaran sus creencias religiosas con ideas progresistas (Stoltz Chinchilla, 1980, *ibid.*, p. 15.) e incluso las iglesias simpatizantes de la teología de la liberación realizaron una labor importante en la politización y concientización de la población (Midlarsky y Roberts, 1985, *op. cit.* p.179.)

<sup>269</sup> Molyneux (1985), *op. cit.*, p. 244. Es importante mencionar que este elemento no es nuevo. Durante la etapa somocista las mujeres también eran vistas como posibles promotoras de los valores liberales.

la guerra,<sup>270</sup> y también porque su incorporación era vista como un paso necesario para capitalizar todas las fuerzas productivas del país y lograr concretar los programas de desarrollo propuestos.<sup>271</sup> Así mismo, en cuanto a actividades no remuneradas, las mujeres tenían un gran peso en la realización de trabajo voluntario al interior de las organizaciones populares que eran elementales para proveer los servicios de la vida cotidiana.<sup>272</sup>

Sin embargo, a partir de 1982, la agudización de la guerra civil hizo que la defensa revolucionaria ocupara el primer lugar en la agenda política y que las prácticas a favor de la mujer pasaran a un segundo plano. La prioridad en ese momento era la Revolución; las condiciones de género se diluyeron en las condiciones de clase social y las mujeres del movimiento fueron orilladas a definir su identidad como sandinistas por encima de su identidad de género. Todas las organizaciones populares se volcaron a la tarea de defensa revolucionaria, sin importar cuál era su naturaleza. La misma AMNLAE, cuando se intensifica la lucha por la presencia de las *contras*, abandona sus objetivos a favor de la mujer en general y se enfoca más en las madres de los soldados, convenciéndolas de la importancia del Servicio Militar Patriótico.<sup>273</sup> Como señala Chinchilla, la asociación se colocó en una posición de subordinación respecto al FSLN y al gobierno sandinista, pues a pesar de que muchas mujeres, sobre todo las más jóvenes, demandaban una representación más acorde con sus intereses, AMNLAE optó por desempeñar las mismas tareas de seguridad que el resto de las organizaciones populares.<sup>274</sup> La revolución estaba entonces impidiendo que el movimiento de mujeres hiciera su “revolución dentro de la revolución” pues su lucha tenía que estar enmarcada en la agenda partidista.<sup>275</sup>

---

<sup>270</sup> Olivera y Fernández, *op. cit.*, p. 161.

<sup>271</sup> Molyneux (1985), *op. cit.*, p. 246. No obstante, como señala Fernández, este ingreso de las mujeres en el mercado laboral no se diferenció cualitativamente en relación del existente en la etapa sandinista, pues la integración se daba en trabajos “femeninos” como el reparto de comida o el trabajo con niños. Fernández, (2000), *op. cit.*, p.53.

<sup>272</sup> Fernández Poncela, *op. cit.*, p. 35.

<sup>273</sup> Criquillon, *op. cit.*, p. 214. Chinchilla, (1977), *op. cit.*, p. 82-102.

<sup>274</sup> Chinchilla (1977), *idem.*

<sup>275</sup> De acuerdo a Chinchilla para que una revolución socialista permita realmente que un movimiento de mujeres haga su revolución dentro de la revolución debe cumplirse: que entiendan las bases de la opresión de la mujer y que tengan la capacidad de transformar ese entendimiento en un programa revolucionario; que el contar con miembras y líderes mujeres sea una meta explícita del partido; la manera en la que el partido entienda su relación con las organizaciones masivas no partidistas, y en específico con el movimiento de mujeres debe ser una relación recíproca, en la cual el partido debe influir en la conciencia de las mujeres y las mujeres deben presionar al partido para que cumpla con sus demandas. Según la autora, si los intereses de las mujeres están subordinados totalmente a los del partido, ni siquiera se puede hablar de un movimiento de mujeres. Para ver más: Chinchilla (1977), *op. cit.*, p. 93.

No obstante, hubo un grupo de mujeres<sup>276</sup> que criticaron la transformación de AMNLAE y que empezaron a “evidenciar la incapacidad de ésta de [rectorear] el movimiento” desde mediados de los ochenta.<sup>277</sup> Para estas mujeres el discurso de AMNLAE no tomaba en cuenta otros debates y otras necesidades que tenían las mujeres, más allá de su rol de madres o de su militancia política.<sup>278</sup> Por primera vez desde el triunfo de la revolución quedó claro que el movimiento no se limitaba a esta organización popular, pues ante el vacío que generó el nuevo rol de AMNLAE, surgieron varias iniciativas desde otras organizaciones fuera del gobierno.<sup>279</sup>

En su afán de recuperar la credibilidad y el apoyo de las nicaragüenses, AMNLAE empezó a elaborar una agenda más explícitamente feminista, que incluyera temas como “discriminación en el trabajo, acoso sexual, violación, violencia intrafamiliar, [...] aborto”,<sup>280</sup> entre otros. Por ejemplo, en 1985 convocaron una asamblea nacional, a la cual asistieron más de 40,000 mujeres, para discutir qué temas debían ser considerados prioritarios. Y, gracias a su iniciativa, el gobierno sandinista creó la Oficina de la Mujer (posteriormente Instituto Nicaragüense de la Mujer), la cual se ocupó de “la promoción de la educación y la investigación, la coordinación de proyectos y la difusión de información...”<sup>281</sup> y se convirtió en un “importante punto de referencia institucional feminista en el país.”<sup>282</sup>

Sin embargo, cuando la asociación trató de rectificar sus prioridades e independizarse de la agenda del FSLN,<sup>283</sup> ya era demasiado tarde. Su credibilidad estaba fragmentada y como explica Isbester, la

---

<sup>276</sup> Entre las organizaciones que criticaron a AMNLAE destacan: la organización de mujeres de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), la cual a pesar de ser una organización popular que dependía del partido, había logrado crear una agenda más claramente feminista que AMNLAE, aunque siempre ligada al tema de la lucha social (Chinchilla, 1990, *op. cit.*, p. 384); el Partido de la Izquierda Erótica (PIE) que, aunque no prosperó, pretendía aglutinar a ex sandinistas que buscaban un feminismo más autónomo; y otras organizaciones nuevas como Ixchen, la primera clínica de salud de la mujer, o los Centros de Servicios Alternativos para la Mujer. (Ver: Isbester, *op. cit.*, pp. 85,86)

<sup>277</sup> Criquillion, *op. cit.*, p. 220.

<sup>278</sup> La percepción era real. AMNLAE se dedicó a concientizar a las madres de la importancia que tenía la participación de sus hijos en la lucha por defender la revolución, con el fin de evitar que se unieran a la contra y que más bien promovieran desde sus hogares los valores revolucionarios. Isbester, *op. cit.* pp. 84-85.

<sup>279</sup> Entre las que podemos nombrar están: Colectivo de Mujeres de Matagalpa (creado en 1986, temas de salud, violencia intrafamiliar, sexualidad, etc), Colectivo de Mujeres 8 de marzo (1989), Centro para la participación democrática y el desarrollo-Cenzontle (1989), Centro de Mujeres Xochitl Atl (clínica creada en 1990), Comité de Mujeres Rurales (1993) y la que se va a abordar en el siguiente capítulo: Red de Mujeres Contra la Violencia (creada en 1992). Criquillion, *op. cit.*, p. 214. Isbester, *ibid*, p. 65, Base de datos de la Wisconsin Coordinating Council on Nicaragua: <http://www.wccnica.org/womens%20organizations.html>

<sup>280</sup> Chinchilla (1990), *op. cit.*, p. 385.

<sup>281</sup> Fernández Poncela, *op. cit.*, p. 33.

<sup>282</sup> Criquillion, *op. cit.*, p. 215.

<sup>283</sup> Por ejemplo, en 1987 el FSLN presenta una revisión del compromiso de la revolución sandinista con las mujeres y se elabora un programa que propone realizar una campaña amplia y abierta que condene el machismo y que promueva una organización popular de las mujeres más autónoma contra el verticalismo que había empezado a mostrar el frente respecto a las organizaciones populares. En la declaración se aceptaba implícitamente que en cada fase de la revolución, a pesar de las limitantes económicas, se debían incorporar medidas específicas a favor de las mujeres. (Ver: Chinchilla (1990), *op. cit.*, p. 372) Sin embargo, ese mismo año, cuando durante su Segunda Asamblea, AMNLAE trata de introducir el tema de la reproducción elegida, el partido reacciona negativamente. Para los líderes masculinos del FSLN estaba claro que la revolución necesitaba más “hijos revolucionarios” y que el derecho de las mujeres a decidir sobre sus propios cuerpos era

identidad sandinista mostró su incapacidad para incluir las voces y las necesidades de miles de activistas.<sup>284</sup> Fue en este momento que el tema de la autonomía apareció con claridad en los debates internos del movimiento de mujeres. La dependencia de AMNLAE en relación al partido fue fuertemente criticada,<sup>285</sup> y tanto mujeres de AMNLAE como de otras organizaciones coincidieron en que la autonomía era una condición necesaria para poder plantear una agenda propia y para que el movimiento pudiera representar los intereses de las nicaragüenses. Quedaba claro que, a pesar de que el sandinismo tenía una propuesta mucho más progresista y favorable a los intereses de las mujeres que la anacrónica dictadura somocista, era a final de cuentas un partido con una agenda de gobierno propia, “que buscó cambiar ciertos valores y retener e incluso reforzar otros que sentía que le podían ser útiles en el nuevo orden”.<sup>286</sup>

Las mujeres que abandonaron AMNLAE y que construyeron nuevos espacios para avanzar sus intereses dejaron de presentarse como sandinistas, a pesar de que muchas de ellas seguían simpatizando con la revolución. En su lugar, empezaron a movilizarse en torno a una identidad de género que les permitía defender sus derechos y denunciar las razones de su exclusión. Es decir, si el organizarse a partir de una identidad sandinista hacía que sus demandas se diluyeran en un discurso de clase y fueran incluso postergadas a favor de causas más urgentes para la revolución, entonces quedaba claro que ésta había perdido su efectividad como fuerza cohesionadora del movimiento de mujeres.

La identidad de género, basada en el hecho de ser mujeres, se convirtió en una estrategia política para visibilizar sus problemas específicos y para distinguirse de aquellos y aquellas que se limitaban a defender intereses partidistas y sectarios. Como consecuencia de ello, el movimiento empezó a atraer a mujeres que no se identificaban con el sandinismo, pero sí con un discurso feminista que buscaba defender sus intereses.

Aunque las activistas de AMNLAE continuaron movilizándose a partir de su militancia sandinista, el grosso del movimiento optó por la autonomía organizativa e identitaria respecto al partido. Será en estos últimos años de la revolución que se sientan las bases de lo que en los noventa se conocerá

---

algo que no era relevante en un momento de guerra y emergencia. (Isbester, *op. cit.*, pp. 83, 84). Así, mientras las mujeres de AMNLAE afirmaban que la reproducción elegida era un derecho fundamental, Daniel Ortega consideraba que legalizar el aborto equivalía a “un acto contrarrevolucionario que privaría al país de una muy necesaria juventud.” (Citado en: Paternostro, *op. cit.*, p. 50) y su hermano, Humberto Ortega, proponía que las compañeras produjeran “más niños para que hubieran más combatientes para la causa.” (Randall (1994), *op. cit.*, p. 9)

<sup>284</sup> Isbester, *ibid*, p. 85.

<sup>285</sup> Uno de los ejemplos más dramáticos de esta dependencia (y que ilustraba para muchas feministas que AMNLAE seguía subordinada al partido) fue el nombramiento en 1988 de la comandante Doris Tijerino como Secretaria General de AMNLAE. No sólo se trataba de una designación hecha por el FSLN sin votación previa ni concenso en la asociación, sino que se trataba de una mujer que, si bien estaba comprometida con la revolución tenía una “visión tradicional (o no feminista) del papel de la mujer.” Margaret Randall, “Nicaragua: A Recent Case in Point,” en Margaret Randall, *Gathering Rage: The Failure of Twentieth Century Revolutions to Develop a Feminist Agenda*, Monthly Review Press, 1993, p. 52.

<sup>286</sup> Chávez (2000), *op. cit.*, p. 21.



como el “Movimiento Amplio de Mujeres” (MAM) y que dará lugar al surgimiento de diversas redes<sup>287</sup> feministas, entre las que se encuentra la Red de Mujeres contra la Violencia que abordaremos en el siguiente capítulo.

### **3.3 “No hay revolución sin emancipación de la mujer. No hay emancipación sin revolución.”**

Esta frase utilizada por AMPRONAC expresa muy bien la relevancia de esta etapa en el movimiento de mujeres nicaragüense. La revolución fue un parteaguas en los niveles de participación femenina al interior de los procesos políticos y económicos del país. Fue la punta de lanza que permitió que las nicaragüenses cuestionaran el lugar que se les había asignado en la sociedad y que enarbolaran sus demandas desde las trincheras, desde las organizaciones populares y desde la academia.<sup>288</sup>

El apoyo que encontró el movimiento en la estructura partidista y en el gobierno permitió que sus demandas se tradujeran en leyes y programas efectivos. Mientras las mujeres mantuvieron su autonomía en términos de definir su propia agenda y mientras sus prioridades coincidieron con las del gobierno sandinista, resultó benéfico actuar desde una plataforma política formal y organizarse en torno a una identidad política que apoyara la revolución. Sin embargo, una vez que las prioridades del gobierno cambiaron, la agenda de los derechos de las mujeres pasó a un segundo plano y las mujeres buscaron otros espacios de organización y otras estrategias identitarias.

La segunda ola en Nicaragua sentó las bases de un movimiento de mujeres activo y numeroso que dio los primeros pasos hacia la autonomía. La revolución abrió esta posibilidad, pero las mujeres del movimiento serán las protagonistas del cambio y las que demandarán que se dé una revolución dentro de esta revolución: una revolución feminista.

---

<sup>287</sup> Las otras redes eran: Red de Mujeres por la Salud (luego Red de Mujeres por la Salud María Cavallieri), Red de Mujeres Profesionales por la Democracia en el Desarrollo (llamadas también Las Bujías), Red de Mujeres por la Educación, Red de Mujeres para el Medio Ambiente y Red de Mujeres por los Derechos Sexuales y Reproductivos. De las seis formadas originalmente, para 1999 sólo continuaban la Red de Mujeres por la Salud y la Red de Mujeres contra la Violencia. Christina Ewig, “The Strengths and Limits of the NGO Women’s Movement Model: Shaping Nicaragua’s Democratic Institutions”, *Latin American Research Review*, Vol. 343, No. 3, 1999, p. 85. Actualmente, sin embargo, solo queda la Red de Mujeres contra la Violencia. Ver: Sofía Montenegro, “Movimiento de Mujeres y Estado Nicaragüense,” en *Memoria del Primer Encuentro de Mujeres Líderes: Incidencia Política del Movimiento de Mujeres en Nicaragua*, Managua, Prolid-Red Alforja-Cantera, 2002, p. 46.

<sup>288</sup> Destaca la labor realizada por la Universidad Centro Americana (UCA) y por la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN) a través de sus programas de estudios de género.

## Capítulo 4 “Ser mujer” como estrategia política: el movimiento de mujeres en la etapa pos-sandinista

En el año de 1991 llega al poder la primera presidenta de Nicaragua: Violeta Chamorro.<sup>289</sup> Doña Violeta, como la llaman hasta el día de hoy los nicaragüenses, representaba la esperanza para un pueblo cansado de la guerra y de la pobreza, y que frente a un FSLN “rojinegro” (rojo de sangre, negro de muerte, como lo descalificaban en campaña), votará por una mujer vestida de blanco que parecía representar la paz y la unidad nacional, y que materializaba la imagen de la “viuda” y madre con la que muchas mujeres (sobre todo de edad avanzada) se identificaban.<sup>290</sup> La llegada de Violeta pudiera ser interpretada en un primer momento como una señal de que en Nicaragua se habían abierto espacios políticos para las mujeres, al menos a nivel formal.<sup>291</sup> Nada más lejano de la realidad. No fue abierto para “las mujeres,” sino para una mujer conservadora,<sup>292</sup> abiertamente anti-feminista<sup>293</sup> y que se presentaba como una no experta de la política.<sup>294</sup>

La llegada de Violeta Chamorro inauguró una etapa difícil para el movimiento de mujeres en Nicaragua. Las sandinistas que habían optado por la autonomía tuvieron que hacer frente a un gobierno que promovía abiertamente que el papel de la mujer en la sociedad estuviera limitado a su rol dentro de la familia y que llevó a cabo una serie de ajustes estructurales que afectaron

---

<sup>289</sup> Las elecciones se celebraron a fines de 1990 y Chamorro asumió el cargo a principios de 1991. Ganó con el 54.7% de los votos, resultado que sorprendió tanto a los sandinistas como a los propios partidos que formaban parte de la coalición de la UNO (Unión Nacional Opositora). *Barricada Internacional*, 1990, p. 6.

<sup>290</sup> Violeta Chamorro es viuda de Pedro Joaquín Chamorro, un periodista muerto a manos de la dictadura somocista. De acuerdo con Karen Kampwirth, Chamorro proyectó una imagen durante su campaña compuesta por tres elementos: viuda y esposa leal, madre conciliadora y virgen María. Esta imagen tuvo un fuerte impacto en la población nicaragüense (en específico en aquellos que deseaban la reunificación familiar y que tenían una creencia religiosa católica), pero sobre todo fue a las mujeres de edad avanzada a las que pudo cooptar con este mensaje. Aquellas que no estaban siendo movilizadas por la revolución, que no sentían sus beneficios y que más bien veían los costos que la guerra tenía para sus familias. (Karen Kampwirth, “The Mother of the Nicaraguans: Doña Violeta and the UNO’s Gender Agenda,” en *Latin American Perspectives*, Vol. 23, No.1, 1996, p. 70.) De hecho, de acuerdo a una encuesta realizada por Greenberg and Lake en 1990, las mujeres que no trabajaban fuera de su casa, que eran mayores de edad, que vivían en zonas rurales y eran fuertemente católicas, se inclinaron casi en su totalidad por Violeta Chamorro. (Stoltz Chinchilla (1990), p. 390.) Y según una encuesta de Univisión de 1989, las mujeres de más de 35 años favorecían a Chamorro en un 41% contra un 33% a favor de Ortega. (Kampwirth, (1996), *ibid.*, p. 72)

<sup>291</sup> Tal afirmación cobra aún mayor fuerza si se recuerda que “de los 159 miembros de la ONU, sólo seis (3.8%) estaban dirigidos por una mujer a fines de 1990: Islandia, Irlanda, Nicaragua, Noruega, República Dominicana y las Filipinas.” (Chávez Meteoyer, *op. cit.*, p. 40)

<sup>292</sup> Violeta tenía una relación abiertamente cercana con Miguel Obando y Bravo, quien, hasta el día de hoy, es el cardenal de la iglesia católica y representa al ala más conservadora y anti-sandinista de la misma. Incluso la acompañaba siempre a los eventos públicos y hacía fuertes campañas en radio y televisión para promover las leyes y programas homofóbicos y reaccionarios del gobierno de Chamorro. (Kampwirth, (1996), *op. cit.*, p. 79) Además, “muchos de los asesores de la presidenta pertenecía a la secta conservadora de los carismáticos,” que pertenece también a la iglesia católica. (Katherine Isbester, *op.cit.*, p. 115)

<sup>293</sup> Una declaración de Violeta que ha sido frecuentemente citada por la literatura feminista es la siguiente: “Yo no soy una feminista, ni deseo convertirme en una. Yo estoy dedicada a mi hogar, como Pedro me enseñó” (Citado en Chávez, *ibid.*, p. 46. Kampwirth, (1996), *ibid.*, p. 69).

<sup>294</sup> Como afirma Kampwirth, justamente el que Violeta se presentara como una inexperta en la política era lo que, de acuerdo a sus asesores, le permitiría proyectar la idea de que ella sería capaz de terminar con la guerra civil. (Kampwirth, (1996), *op. cit.*, p. 71)

principalmente a las mujeres. El diseño del nuevo gobierno limitó la participación del Estado en cuestiones sociales, lo que obstaculizó en gran medida que las demandas de las mujeres tuvieran cabida dentro de la estructura estatal, ya sea a través de leyes e instituciones, o a través de programas que buscaran erradicar la cultura patriarcal. Tanto el carácter neoliberal del Estado como la valoración positiva que ya había hecho la mayoría de las mujeres del movimiento sobre su autonomía, acentuaron más la separación del movimiento de mujeres de los espacios tradicionales de hacer política y el que éste hallara en las organizaciones no gubernamentales (ONGs) su principal espacio de lucha. Aquel movimiento que operaba a través de las organizaciones populares y barriales se convierte en un movimiento más atomizado y especializado, que opera al margen del gobierno, que depende en gran medida del financiamiento externo y que actúa a través de las redes de organizaciones feministas o de derechos humanos a nivel internacional. Además, cabe señalar que hubo una clara transformación en términos de la identidad que mantenía unido al movimiento de mujeres. En esta última etapa (que delimitaré al periodo de Violeta Chamorro en el poder, 1991-1996),<sup>295</sup> la identidad cohesionadora será aquella basada en el género; “ser mujer” se convierte en una estrategia política en tanto permitirá que las nicaragüenses establezcan alianzas más allá de inclinaciones partidistas y que puedan mantener una agenda que tiene como principal prioridad defender los derechos de las mujeres.<sup>296</sup>

El presente capítulo está dividido en dos partes. En la primera examinaré las características del movimiento de mujeres a nivel internacional en la década del noventa, el cual, si bien no se encuentra aún en una “tercera ola”, sí ha experimentado transformaciones comunes. A saber, la oenegización del movimiento,<sup>297</sup> la dependencia del financiamiento internacional, la apertura de espacios y foros a nivel regional y mundial, el aumento en el intercambio de experiencias, la formación de redes transnacionales, y en general, la moderación de los discursos y de las agendas del

---

<sup>295</sup> Abordaré la etapa del gobierno de Violeta Chamorro, pues es a partir de éste que se delinea el carácter no interventor del Estado y la nueva relación de éste con el movimiento de mujeres. Durante los gobiernos de Arnoldo Alemán (1997-2001) y Enrique Bolaños (2002- hasta hoy) lo que hay es una continuación, y en algunos casos, una agudización de los ajustes estructurales y de las políticas anti-feministas.

<sup>296</sup> Con esto no quiero decir que el concepto “derechos de las mujeres” tiene un significado unívoco. Incluso entre las feministas nicaragüenses existen diferencias en cuanto a qué debe entenderse por ello. Al igual que la definición de “intereses de las mujeres” (véase capítulo 1), este concepto se presta a múltiples interpretaciones que se traducen a su vez en distintas estrategias por parte de las organizaciones que conforman el movimiento. Lo que quiero decir es que, en todo caso, una gran parte del movimiento ya no se presenta como sandinista (tampoco como militante de la UNO o de los otros partidos), y manejan más bien un discurso de derechos humanos o un discurso feminista, desligado a nivel discursivo de los espacios políticos tradicionales.

<sup>297</sup> Con este término me refiero al proceso por el cual un movimiento social se empieza a organizar principalmente a través de organizaciones no gubernamentales, las cuales son definidas, de acuerdo a Fisher, en términos de lo que no son “no gubernamentales y no lucrativas.” Es decir, las ONGs son concebidas como “organizaciones a través de las cuales la gente ayuda a otros por razones que no tienen que ver con ganancias políticas o económicas.” El autor explica que en la década del noventa hubo un aumento considerable en el número de las mismas (al grado que hasta puede interpretarse como un quiebre en el sistema internacional tan importante como lo fue el surgimiento del Estado-nación a fines del siglo XIX) y que muchas de estas fueron originadas a partir de un movimiento social o sostienen el mismo (aunque es claro, que no en todos los casos la relación es directa). William F. Fisher, “*Doing Good? The Politics and Antipolitics of NGO Practices*,” en *Annual Review of Anthropology*, Vol. 26, 1997, pp. 442-451.

movimiento. Estos cambios serán analizados a la luz del nuevo contexto internacional, el cual se caracteriza por el fin de la guerra fría, la caída de la Unión Soviética y con ello el ascenso de Estados Unidos como máxima potencia hegemónica, la instauración de democracias formales en la mayor parte de Latinoamérica junto con la adopción de una economía de mercado y, sobre todo, por el proceso de la globalización,<sup>298</sup> con todas las contradicciones que esta genera en las condiciones de vida de las mujeres y con las oportunidades y obstáculos que abre para la movilización de las mismas.

En el segundo apartado analizaré las repercusiones de la ideología, programas y leyes del gobierno de Violeta Chamorro en el movimiento de mujeres, así como la manera en la que éste respondió al nuevo escenario político- económico y transformó sus estrategias organizativas e identitarias. En este sentido, abordaré cómo las medidas económicas del gobierno de Chamorro (ajustes estructurales, aumento del empleo informal, disminución de los servicios públicos) aunadas al carácter conservador de su gobierno (promoción de la familia nuclear y del papel de la mujer como madre y esposa abnegada, penalización del aborto y de la sodomía, entre otros) afectaron negativamente a las nicaragüenses. En cuanto a su relación con el movimiento de mujeres, me centraré específicamente en el caso de la Red de Mujeres contra la Violencia, mismo que ilustra muy bien cómo se relacionaron las emergentes ONGs del movimiento con el gobierno, los temas predominantes en la agenda y el uso de los recursos y espacios internacionales.

#### **4.1 El movimiento de mujeres se globaliza: el contexto de los noventa**

##### **4.1.1 La democracia formal llega a América Latina y el neoliberalismo, también**

La década de los noventa representa, más que una transición, un rompimiento en términos de los modelos políticos y económicos implementados en América Latina. Por un lado, la adopción de un

---

<sup>298</sup> Cabe señalar que el proceso de globalización tiene múltiples aristas. Para empezar es la globalización “neoliberal” la que ha predominado en el escenario internacional hasta el momento, es decir, la que está caracterizada por el libre flujo financiero y comercial, por el fomento de un modelo único de pensamiento y de cultura asociado al consumismo y que promueve el libre paso de bienes y capital, pero que limita el de personas. No obstante, esto no quiere decir que de manera paralela no se den otros procesos, como el intercambio de ideas político-sociales y de formas de vida culturales alternativas al modelo neoliberal-occidental (tenemos el caso del EZLN de México creando redes internacionales para defender los derechos de los indígenas o las marchas altermundistas organizándose a través de internet y basadas en una identidad “global.”), generados por las transformaciones tecnológicas, informáticas y de comunicación que se han dado en las últimas décadas y que generan justamente: “la compresión del espacio-tiempo, la cual produce múltiples ámbitos de interpretación entre distintos actores sociales, así como la aceleración de sus dinámicas de interacción, dando lugar al surgimiento de prácticas translocales que atraviesan las fronteras políticas tradicionales.” En Natalia Saltalamacchia, Francis Pisani y Arlene Tickner, *Redes Transnacionales en la Cuenca de los Huracanes*, en prensa. Como afirma François Houtart al referirse a la mundialización de las resistencias: la mayoría de las reacciones que se observan [...] no se oponen en absoluto a la universalización de las relaciones humanas, sino a la apropiación del fenómeno por parte de los poderes económicos.” En: François Houtart, “La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo,” José Seoane y Emilio Taddei (comp.), *Resistencias mundiales: de Seattle a Porto Alegre*, Buenos Aires, Ed.Clacso, 2001, p. 64.

modelo de democracia que privilegia el juego electoral entre un número reducido de partidos políticos con plataformas más bien conservadoras y con expertos o “tecnócratas”<sup>299</sup> al frente de los mismos. Y por otro, la implementación de ajustes estructurales en la economía que tienen como fin la privatización de los servicios públicos, la reducción en el gasto gubernamental y la libre movilidad de los bienes y de la inversión, son sólo algunos de los cambios que fueron promovidos y/o llevados a cabo en las sociedades latinoamericanas. Estos cambios fueron encabezados por las élites políticas al interior de los países de América Latina, pero también por Estados Unidos, el cual se erige como el gran hegemon y como el que plateará las nuevas reglas del sistema internacional en un mundo unipolar. Con la excepción de Cuba, el fin de la guerra fría marca también el fin (al menos durante los noventa) de la presencia de las izquierdas en el poder formal en América Latina.<sup>300</sup>

Tanto el movimiento de mujeres como las distintas manifestaciones de los nuevos movimientos sociales (ecologistas, pacifistas, altermundistas, etc.) experimentaron un cambio en sus estrategias y demandas. Aunque en la primera mitad de los noventa, lo que observamos es más bien un repliegue de estos movimientos,<sup>301</sup> ya se empiezan a delinear algunos de los nuevos rasgos que caracterizan a estas movilizaciones: oenegización, uso de foros internacionales y la formación de alianzas y redes transnacionales. Este proceso debe leerse a la luz de la globalización y del aceleramiento de la

---

<sup>299</sup> El término tecnócratas se refiere a “los individuos con un alto nivel de entrenamiento académico especializado que sirve como un criterio principal sobre el cual son seleccionados para ocupar puestos de toma de decisión o de asesoría claves en organizaciones grandes y complejas, tanto públicas como privadas”. Jorge I. Domínguez, *Technopols. Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990's*, Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania, 1997, pp.5-6.

<sup>300</sup> Actualmente parece haber un resurgimiento de las mismas, con la presencia de Hugo Chávez en Venezuela, Lula Da Silva en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina y más recientemente Tabaré Vázquez en Uruguay y Martín Torrijos en Panamá. Aunque, en realidad estos políticos pertenecen más a la centro-izquierda (con la excepción quizás de Chávez, que se presenta más radical en el discurso), demasiado moderados como para detener el proceso de ajustes dictado por el Fondo Monetario Internacional o para mantener una postura crítica frente a la política exterior estadounidense.

<sup>301</sup> Este repliegue se debe a que los ajustes estructurales hacen más costosa la acción colectiva, pues ante el empobrecimiento generalizado de las sociedades latinoamericanas, las personas han tenido que ampliar sus horas de trabajo o trabajar en el sector informal con horarios no definidos. El activismo político se vuelve así una doble o triple jornada con costos demasiado altos para algunos. Virginia Vargas describe que las reformas económicas que se han dado en el marco de la globalización neoliberal no sólo restringen la acción de los Estados, “sino que a la vez fomentan un vasto movimiento de privatización de las conductas sociales...” y que despierta un cierto escepticismo sobre la posibilidad de un verdadero proyecto emancipatorio. Virginia Vargas, “Los feminismos latinoamericanos y sus disputas por una globalización alternativa,” en Daniel Mato (coord.), *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*, Caracas, FACES-UCV, 2003, pp. 193-217. Gerardo Timossi, por su parte, señala cómo desde la segunda mitad de los ochenta se observaban las siguientes constantes: “...la búsqueda de opciones individuales de salida a la crisis, el acelerado crecimiento de las sectas, la fragmentación del movimiento popular, el crecimiento de un voto inorgánico que premia o castiga sin una referencia programática, etcétera.” Gerardo Timossi Dolinsky, “Crisis y restructuración: el balance centroamericano de los años ochenta,” en Mercedes Olivera, Anna María Fernández y Carlos Vilas, *op. cit.*, p. 16. No obstante, eso no significa que la movilización en aras de combatir la exclusión se detenga, pues como afirma Houtart la multiplicación de los sectores que se movilizan “se explica por el aumento del número de las víctimas colectivas, que no son solamente aquellas que se encuentran involucradas directamente en la relación capital/trabajo[...]La feminización de la pobreza implica la radicalización de los movimientos feministas; la destrucción y la privatización de las riquezas ecológicas promueve la creación de grupos de defensa del medio ambiente...” Houtart, *op. cit.*, p. 65.

interacción de ideas, procesos y movilizaciones, gracias a nuevas tecnologías de comunicación y transporte.

La década del noventa dio inicio con una América Latina profundamente endeudada.<sup>302</sup> Los setenta y ochenta fueron testigos del fracaso monumental de la implementación del modelo de ISI,<sup>303</sup> debido tanto a la incapacidad estructural por parte de las industrias nacionales para producir de manera eficiente bienes de capital,<sup>304</sup> como a criterios poco transparentes por parte de los gobiernos al momento de proteger a estas industrias.<sup>305</sup> Este fracaso originó un círculo vicioso que desembocó en la crisis de la deuda.<sup>306</sup> Un círculo que hacía que los gobiernos latinoamericanos siguieran pidiendo prestado para poder mantener un elevado nivel de gasto e inversión (necesario para incentivar y subsidiar la producción nacional), y que generaba a su vez que las economías experimentaran déficits duales (déficit fiscal y en la cuenta corriente), que los endeudaban cada vez más y los hacían más dependientes del financiamiento externo.

Centroamérica no fue la excepción. El modelo de ISI fue adoptado por los países de la región a pesar de que no poseían la capacidad productiva para sustituir bienes de capital. La incipiente industrialización de estos países fue financiada a costa de los sectores tradicionales de la economía, es decir, a través de las ganancias que arrojaban bienes como el café, el plátano y el algodón.<sup>307</sup> Sin embargo, esta industrialización parasitaria resultó ser ficticia y en la década del ochenta el PIB per cápita retrocedió en 17% (llegando a niveles similares a los de diez años atrás) y su deuda externa creció en un 150%.<sup>308</sup>

---

<sup>302</sup> Entre 1975 y 1982, la deuda externa de América Latina casi se cuadruplicó, pasando de \$45,200 millones a \$176,400 millones. La capacidad de producción crecía a una tasa mucho menor que la tasa de interés de la deuda externa. En el caso de Centroamérica la década del ochenta se tradujo en un proceso de endeudamiento rampante: “de 8,500 millones de dólares al inicio, la deuda externa regional pasó a 20,000 millones al final de la década...” Ver: Timossi, *op. cit.*, p. 16.

<sup>303</sup> Ver nota 5, capítulo 3

<sup>304</sup> Los países de América Latina tienen mayor ventaja comparativa en aquellos bienes que requieren uso intensivo de mano de obra poco calificada. La producción de bienes de capital, sin embargo, requiere mano de obra altamente calificada y tecnología avanzada. Este déficit impidió que los países latinoamericanos fueran realmente competitivos.

<sup>305</sup> El objetivo inicial del ISI, incluso de acuerdo a uno de sus principales ideólogos, el economista argentino Raúl Prebisch, era proteger sólo aquellas industrias infantiles que tuvieran el potencial de tener ventajas comparativas frente a otras industrias, para eventualmente, dejar de subsidiar su producción. Sin embargo, muchos gobiernos de América Latina (en específico en el caso de México, Argentina, Perú, Chile y Bolivia) empezaron a proteger y a subsidiar a las empresas nacionales con fines políticos. Es decir, la élite política se une a la élite empresarial nacional y forman una coalición para repartirse las ganancias. De ahí que lo que en un principio prometía ser una alianza en aras del desarrollo nacional, se convirtiera en una alianza de élites que beneficiaba sólo a unos cuantos.

<sup>306</sup> La crisis de la deuda alcanzó uno de sus momentos más críticos en 1973, año en que se presenta la llamada crisis del petróleo. Cabe mencionar que la vinculación entre ambas crisis tiene que ver con que los países de la OPEP –gracias al control de los precios del petróleo– colocan sus excedentes en los euromercados, los cuales a su vez prestan grandes sumas de dinero a los países de América Latina. En un inicio le prestan a los más industrializados –México, Argentina, Venezuela–, pero posteriormente, en 1979, sus clientes incluyen también a los menos: Ecuador, Bolivia, Perú, entre otros.

<sup>307</sup> Juan Arancibia Córdoba, “El ajuste estructural en Centroamérica,” en Mercedes Olivera, Anna María Fernández y Carlos Vilas, *op. cit.*, p. 33.

<sup>308</sup> Carlos Vilas, “Centroamérica después de la revolución,” en *Ibid.*, p. 7.

La economía nicaragüense también entró en franca crisis desde la segunda mitad de los ochenta. La caída abrupta de las ganancias del mercado algodonero, el deterioro de los términos de intercambio,<sup>309</sup> así como el grave desgaste generado por casi una década de guerra civil, habían creado un completo escenario de crisis económica: inflación de cinco dígitos, tasa de crecimiento del PIB de menos 17.3%, aumento del porcentaje de la población viviendo en pobreza, déficit comercial y déficit fiscal.<sup>310</sup>

Las políticas de ajuste estructural<sup>311</sup> se adoptaron de manera casi uniforme en toda la región centroamericana. Con la excepción de Nicaragua (que adoptó las políticas hacia finales de la década), para la segunda mitad de los ochenta todos los países ya habían abierto sus economías a la inversión extranjera, disminuido sus aranceles a la importación y exportación, privatizado la mayor parte de las empresas y de los servicios públicos, devaluado sus monedas y recibido préstamos elevados por parte de organismos como la Agencia Internacional para el Desarrollo de Estados Unidos (USAID, por sus siglas en inglés), el FMI o el Banco Mundial.<sup>312</sup> Estas medidas de ajuste permitieron, por un lado, atenuar los déficits duales y resolver el problema de la inflación, pero generaron, por otro, una fuerte recesión en el crecimiento de estas economías: en toda la región el PIB per cápita decreció, las importaciones se estancaron, los salarios reales disminuyeron y el desempleo aumentó considerablemente.<sup>313</sup>

A pesar de que Nicaragua se había mantenido bastante al margen de las políticas de ajuste (no había recibido préstamos de los organismos antes mencionados ni había adoptado medidas recesivas), hacia finales de la década, el gobierno sandinista empezó a aplicar también políticas de ajuste estructural.<sup>314</sup> La razón obedece a la percepción de que la crisis económica no era pasajera, sino que se debía a un problema de carácter estructural que sólo podía ser resuelto si se disminuía el nivel del gasto gubernamental (de un 30.3% en 1983 se disminuyó a un 5.2% en 1989) y si se resolvía el problema de la hiperinflación.<sup>315</sup> Pero también al escenario particular de Nicaragua, caracterizado por la guerra civil y el bloqueo estadounidense, explican las medidas adoptadas por los sandinistas.

---

<sup>309</sup> El concepto “términos de intercambio” se refiere a la disminución de las ganancias derivadas de los productos exportados en relación a las ganancias obtenidas por los productos importados. Dado que la demanda por los bienes que tradicionalmente producía Nicaragua (azúcar, algodón, café, ganado y algunos productos manufactureros como los textiles) experimentó una fuerte caída, la capacidad adquisitiva para importar otros productos necesarios se vio fuertemente afectada, así como la disponibilidad de divisas. Ver: Timossi, *op. cit.* pp. 15-17.

<sup>310</sup> Timossi, *op. cit.*

<sup>311</sup> Arancibia Córdoba resume las características de la receta neoliberal para ajustar las economías de la siguiente manera: producción orientada hacia el mercado externo, disminución de aranceles, libertad cambiaria, libre flujo de capitales e inversión (eliminando subsidios y controles de precios), privatización de servicios y papel limitado del Estado en la economía. Arancibia, *op. cit.*, p. 36.

<sup>312</sup> Timossi, *op. cit.*; Arancibia, *op. cit.*

<sup>313</sup> Arancibia, *ibid.*, pp. 38-40.

<sup>314</sup> Arancibia, *ibid.*, p. 37. Florence Babb, “After the Revolution: Neoliberal Policy and Gender in Nicaragua,” en *Latin American Perspectives*, Vol. 23, No.1, 1996, p. 3.

<sup>315</sup> Arancibia, *ibid.*, p. 39.

Los altos costos de combatir a un ejército como el de la contra, tan bien equipado gracias al financiamiento estadounidense, redujeron el margen de maniobra del gobierno sandinista y los gastos sociales pasaron a un lugar secundario respecto a los gastos militares.

Aún así, los sandinistas aplicaron las medidas de ajuste de manera menos drástica que el gobierno de Violeta Chamorro. Las más enérgicas se relacionaron con el proceso de “compactación” (el despido de trabajadores del sector público), la producción de bienes con vistas a la demanda del mercado externo y la devaluación de la moneda.<sup>316</sup> El verdadero proceso de ajuste estructural, sin embargo, lo llevaría a cabo el gobierno de Doña Violeta, ahora sí, siguiendo paso a paso la receta neoliberal.<sup>317</sup>

#### 4.1.2 Las ONGs y el ascenso de las expertas

La llegada de la democracia formal y la adopción del modelo neoliberal tuvieron un impacto directo en los movimientos sociales y, en específico, en el movimiento de mujeres. Dado que uno de los principales supuestos del modelo era la privatización de los servicios públicos en aras de disminuir la intervención del Estado, tanto los tecnócratas en los gobiernos latinoamericanos, como Estados Unidos y las instituciones de financiamiento internacional, promovieron el surgimiento de organizaciones no gubernamentales.<sup>318</sup>

En el discurso, el objetivo era doble: fomentar la participación de la sociedad civil y financiar programas de desarrollo<sup>319</sup> que mitigaran los costos de los ajustes a través de recursos privados.<sup>320</sup>

En la práctica, este nuevo paradigma de participación societal dio lugar, por un lado, a la fragmentación de los movimientos sociales en pequeños grupos altamente especializados, y por el otro, a una dependencia de los fondos que otorgaban las instituciones extranjeras.

---

<sup>316</sup> Babb (1996), *ibid*, p. 31.

<sup>317</sup> Sharon Hostetler, JoAnn Lynen y otros, *A High Price to Pay: Structural Adjustment and Women in Nicaragua*, Witness for Peace, Washington, 1994, pp. 5-7.

<sup>318</sup> Ewig explica que, desde fines de los ochenta, las agencias internacionales fomentaron el surgimiento de ONGs a manera de “contrapesos democráticos frente a los regímenes militares en la región latinoamericana.” A su vez, Fisher, explica que las ONGs son vistas por las agencias internacionales de desarrollo, como el Banco Mundial, como la panacea a los problemas de desarrollo de los países del tercer mundo. Dado que, en teoría, están libres de intereses políticos y de un afán de lucro, estas organizaciones son vistas como las perfectas intermediarias para destinar recursos a la población. El problema que surge es ¿quién las eligió como intermediarias? Fisher, *op. cit.*, pp. 441-443. Ewig, *op. cit.*, p. 75.

<sup>319</sup> Es importante decir que el “desarrollo,” es concebido por las agencias de financiamiento como algo que requiere soluciones técnicas y no políticas, de ahí que se sigan medidas de compensación o de saneamiento y no proyectos que busquen atacar la raíz estructural de la exclusión social. Como afirma Sofia Montenegro, en los noventa “El desarrollo, por tanto, se institucionalizó y se profesionalizó. Se establecieron formas estructuradas de conocimiento, de técnicas, de estrategias y de prácticas disciplinarias que organizaron la generación, validación y difusión del desarrollo, promoviendo una forma de concebir la vida social como un asunto técnico, siendo éste precisamente uno de los problemas del discurso del desarrollo.” Montenegro, *op. cit.*, p. 41.

<sup>320</sup> Fisher plantea que, generalmente, se esperan tres cosas de las ONGs: contribuir a empoderar a la sociedad civil, democratizar los escenarios políticos y promover el desarrollo. Fisher, *op. cit.*, p. 444.



El movimiento de mujeres en América Latina experimentó estos mismos cambios. A diferencia de la segunda ola, en que el movimiento tuvo un eco importante entre los sectores populares y actuaba al lado de proyectos políticos (generalmente de izquierda) que buscaban transformar las estructuras políticas y económicas de las sociedades latinoamericanas, a partir de los noventa lo que observamos es la atomización paulatina del movimiento y la conformación de ONGs dirigidas por feministas expertas, que pasaron de las trincheras a la academia o a la lógica del asistencialismo.<sup>321</sup>

Sin embargo, hay que decirlo, esta transición no es gratuita. El fracaso de los gobiernos o partidos de izquierda en asumir una agenda feminista<sup>322</sup> y la necesidad de obtener fondos para poder seguirse movilizand, <sup>323</sup> llevó a muchas mujeres a promover su lucha fuera de los mecanismos tradicionales de hacer política y a manejar un discurso más moderado.<sup>324</sup>

Asimismo, la adopción de esta nueva forma de organización llevó a muchas feministas latinoamericanas a afirmar su autonomía frente al Estado y frente a los partidos políticos de izquierda. Las ONGs aparecían como una opción, en teoría, apolítica, que les permitiría elaborar una agenda feminista que no fuera dictada por intereses partidistas y/o del gobierno en cuestión. El movilizarse a través de una organización “no-gubernamental” y “no lucrativa” prometía ser una estrategia capaz de garantizar que los beneficios alcanzarían a todas las mujeres por igual.

Además, de manera paralela, y como parte del proceso de globalización, en la década del noventa se multiplicaron los espacios y los foros internacionales desde los cuales las activistas podían erigir sus demandas, intercambiar estrategias y experiencias e incluso tomar el pulso de los avances o

---

<sup>321</sup> Sonia Álvarez describe justamente cómo durante los noventa convergen cinco procesos dentro del movimiento de mujeres en América Latina: la proliferación de los espacios y lugares de actuación de las mujeres feministas, la asimilación de los elementos (más digeribles) de los discursos y agendas feministas, la progresiva profesionalización y especialización de importantes sectores del movimiento, la creciente articulación de los espacios de las activistas feministas (individuas, grupos y ONGs) y la transnacionalización de los discursos y las prácticas del movimiento. Sonia E. Álvarez, “Los feminismos latinoamericanos se globalizan en los noventa: retos para un nuevo milenio,” en María Luisa Tarrés (coord.), *Género y Cultura en América Latina*, México, Colegio de México, 1998, pp. 91-93.

<sup>322</sup> Para ver un análisis completo sobre el fracaso de la izquierda en adoptar una agenda feminista, ver: Randall, (1992) *op. cit.*

<sup>323</sup> Como afirma Helen Dixon, escritora y feminista nicaragüense, “...en los noventa un montón de gente salió del Estado y las ONGs sirvieron como un almohadón laboral para mucha gente. La cooperación externa tenía bastantes fondos para proyectos de género y para armar su concepto de “sociedad civil” basado sobre todo en ONGs de mujeres, aunque no tanto en función de construir el movimiento social. Esto permitió, con la reducción del Estado, que las ONGs asumieran las demandas de la población y ayudó amortiguar una rebeldía social frente a la organización del Estado y la economía neo-liberal.” Entrevista realizada en febrero de 2004, Granada, Nicaragua.

<sup>324</sup> Álvarez explica cómo un buen número de feministas que participan en los foros regionales y mundiales, han optado por un discurso *ad hoc* a los debates del momento. Es decir, consideran necesario actualizarlos y adoptarlos a los discursos de ciudadanía, derechos humanos, que parecen estar tan en boga. (Basado en declaraciones de Virginia Vargas y Carmen Tornaría, feministas peruana y uruguaya, respectivamente). Álvarez, *op. cit.*, pp. 100-101. El problema es que al buscar insertar sus demandas en estos discursos, se pierde de vista la especificidad de las necesidades de las mujeres y se diluyen en reclamos generales que no atacan la raíz estructural de la exclusión.

retrocesos del movimiento.<sup>325</sup> Las ONGs, a su vez, se convirtieron en las interlocutoras más privilegiadas en estos procesos, lo cual les permitía recibir toda la atención y el soporte económico por parte de organismos internacionales como la ONU, el Banco Mundial o el mismo FMI.<sup>326</sup> De ahí que, si a las limitantes internas le agregamos los incentivos en el sistema internacional para organizarse de esta forma, entenderemos porqué en los noventa el movimiento de mujeres se oenegizó de una manera tan acelerada y uniforme en toda América Latina.

A pesar de la supuesta autonomía política y cobijo financiero que brindaban las ONGs al movimiento de mujeres, desde mediados de la década empezaron a escucharse las primeras voces al interior del mismo que criticaban los límites de esta nueva forma de organización. Estas críticas, sobre todo, fueron enarboladas por feministas radicales, quienes hicieron su primera protesta pública en 1993 durante el VI Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe, celebrado en el Salvador, y continuaron pronunciándose en el siguiente encuentro celebrado en Chile tres años más tarde.<sup>327</sup> En sus declaraciones denunciaban el proceso de institucionalización y burocratización del movimiento feminista, la pérdida de su radicalidad y la falta de autonomía que mostraban frente a las instituciones y dineros del sistema capitalista occidental. Aquí, se evidenció una transición en torno al debate sobre la autonomía, éste “se desplazó de la cuestión de la autonomía frente a los

---

<sup>325</sup> Esta multiplicación obedece, tanto a la búsqueda de los propios movimientos por abrirse nuevos espacios (pues, como afirma Cassen “si las políticas nacionales están predeterminadas por orientaciones definidas a escala internacional... a esa escala también deben realizarse las protestas y la elaboración de propuestas alternativas.”) como al interés, por parte de organismos internacionales - ONU, OEA, Banco Mundial, etc- por erigirse como los árbitros y los diseñadores de estos debates en política internacional. Ver: Bernard Cassen, “Alarma neoliberal ante la oposición mundial. ‘Ladran, Sancho...’, *Le Monde Diplomatique*, marzo, 2001. Citado en: Vargas, *op. cit.*, p. 200.

<sup>326</sup> Fisher afirma que “las ONGs se han convertido en las ‘hijas privilegiadas’ de las agencias de desarrollo oficiales y han sido aclamadas como la nueva panacea para curar las enfermedades del proceso de desarrollo.” Fisher, *op. cit.*, p. 442. Para Álvarez, las razones por las que los grandes organismos internacionales reorientaron el flujo de sus recursos, de los gobiernos a las ONGs, obedece a “el desperdicio, la malversación de fondos, la rotación del personal técnico gubernamental...” que se daba a nivel del Estado. Álvarez, *op. cit.*, p. 92. Por su parte Jules Falquet analiza cómo, lo que podría parecer en un primer momento una victoria de los movimientos sociales- colocar los temas de sus demandas en la política internacional, es parte más bien de un proceso inverso: la imposición de las prioridades de instituciones como la ONU y la USAID en la agenda de las ONGs e incluso de un diseño deliberado de una ‘sociedad civil’ mucho más moderada y “bastante menos amenazadora que un movimiento social, político o revolucionario.” Jules Falquet, “Mujeres, feminismo y desarrollo: un análisis crítico de las políticas de las instituciones internacionales,” en *Revista Desacatos*, número 11, 2003, pp. 13-35.

<sup>327</sup> En un documento titulado “Manifiesto de las Cómplices a sus compañeras de ruta” un grupo de feministas mexicanas y chilenas (Margarita Pisano, Ximena Bedrega, Francesca Gargallo, Amalia Fischer, Edda Gabiola, Sandra Lidid y Rosa Rojas) criticaban las estrategias del movimiento feminista que quería actuar dentro del sistema, pues consideraba que el tratar de cabildear o ejercer influencia sobre éste debilitaba al movimiento, apagaba los proyectos de transformación. El manifiesto “era una abierta manifestación de rechazo al rumbo tomado por el feminismo institucional...que no postulaba ninguna crítica a la política económica mundial posterior a la caída del Muro de Berlín en 1989 y que no cuestionaba la procedencia de los fondos que utilizaba en la red de organizaciones no gubernamentales en que se había convertido.” En Chile, durante el VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, hicieron otro pronunciamiento bajo el título “Permanencia voluntaria en la utopía” en el cual sostenían que “...estas instituciones no son neutras, que pertenecen a un sistema y lo sostienen y que el dinero pasa entonces a ser un instrumento político.” Ver: “Permanencia voluntaria en la utopía. El Feminismo Autónomo en el VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe”, Chile 1996, México, *La Correa Feminista*, 1997, p. 56. Citado en: Francesca Gargallo, *op. cit.*, pp. 140-141, 144.

partidos políticos a la cuestión del financiamiento y de la influencia ideológica del norte y/o de las instituciones internacionales.”<sup>328</sup>

Esta nueva concepción de autonomía llevó también a un rompimiento entre las activistas latinoamericanas. Por un lado aparece el ‘movimiento burocrático- institucional’ compuesto por especialistas y miembros de ONGs que recibían financiamiento internacional, y por otro se encuentran las autónomas, que criticaban (y critican) la tendencia oenegizadora en el movimiento feminista.<sup>329</sup> No obstante, para las primeras, el lugar y la atención que empezaron a ocupar en las instituciones no era sinónimo de que hubieran sido cooptadas, sino que representaba el resultado de la “eficacia de las incansables acciones que en los años recientes ha llevado a cabo un número cada vez mayor de feministas.”<sup>330</sup> Es decir, la llegada de la categoría género (y la pérdida de radicalidad en el discurso feminista) no era vista como una acción unilateral por parte de los organismos o una “conspiración” ajena al movimiento,<sup>331</sup> sino que obedecía al hecho de que muchas feministas consideraban que en esos espacios se estaban dictando las reglas y por tanto era necesario tomarlas como espacios de lucha del feminismo para poder ir más allá de la utopía.<sup>332</sup>

El ascenso de las expertas y la oenegización del movimiento es, en todo caso, un proceso en el que interactuaron factores internos y externos al movimiento. Sin embargo, es innegable que ha generado una serie de dinámicas que dañan sustantivamente la capacidad transformadora del mismo. A grandes rasgos, puedo mencionar cuatro: el surgimiento de una nueva dependencia, la despolitización de las agendas, la pérdida del carácter popular del movimiento y la privatización de los servicios.

---

<sup>328</sup> Falquet, *op. cit.*, p. 20.

<sup>329</sup> Es importante aclarar que la clasificación no está exenta de excepciones. Varias de las autoproclamadas autónomas participan también en ONGs o se encuentran en la academia; la diferencia es que actúan en instituciones a las cuales les atribuyen mayor capacidad transformadora, son más críticas de las fuentes del financiamiento y suelen señalar los déficits de un discurso de género.

<sup>330</sup> Álvarez, *op. cit.*, pp. 107-108.

<sup>331</sup> Hasta la feminista radical Francesca Gargallo coincide con esto, cuando, al referirse al triunfo de la categoría género por encima de otras más radicales como el patriarcado, afirma: “Un sistema de género que las agencias de cooperación no hubieran tenido la fuerza de imponer a las intelectuales feministas, de nos ser porque algunas de ellas ya se estaban encargando de difundirlo...” Gargallo, *op. cit.*, p. 21.

<sup>332</sup> Las “institucionalizadas” mexicanas, por ejemplo, reaccionan a estas críticas y llaman utópicas a las feministas autónomas. En un editorial de Debate Feminista, una de las principales publicaciones feministas de México, afirmaban “El exceso del discurso utópico liquida la posibilidad de amar lo posible, y sin algo de adhesión a lo posible, la búsqueda de lo posible, no podemos hacer de la política una dimensión humana.” Editorial, *Debate Feminista*. La escritura de la vida y el sueño de la política, año 8, Vol. 15, México, 1997, p. xi. Citado en: Gargallo, *ibid.*, p. 141. Virginia Vargas, por su parte, explica que el movimiento feminista ha tenido que formar redes regionales y globales para actuar sobre la globalización, los espacios convocados por la ONU son aplaudidos por ella como nuevas oportunidades: “...las mismas conferencias mundiales de Naciones Unidas, abrieron espacio para desarrollar conciencia crítica de lo que avanzaba y de lo que no se abordaba en derechos sobre aspectos cruciales para la humanidad...” Vargas, *op. cit.*, p. 199. *cfr.* Falquet, *op. cit.* Es importante mencionar que Virginia Vargas es considerada una de las líderes de la tendencia institucionalizada del feminismo y que tiende a defender los pactos y alianzas con las instituciones internacionales. Para ver más sobre la discusión entre autónomas e institucionalizadas, ver: Mary García Castro y Laurence Hallewell, “Engendering Powers in Neoliberal Times in Latin America: Reflections from the Left on Feminists and Feminisms,” en *Latin American Perspectives*, Vol. 28, No. 6, 2001, pp. 17-37.

El primero está relacionado con el debate entre autónomas e institucionalizadas y se refiere a la nueva dependencia que generan las ONGs, ya no en relación a los partidos o los gobiernos, sino en relación a las instituciones de financiamiento internacional y a las organizaciones internacionales. El problema de la cooperación y el financiamiento es que la asignación de los recursos no es neutral. Tras la caída del comunismo, Estados Unidos se erigió en el principal proveedor de los recursos, ya sea a través de su gobierno o a través de sus fundaciones o agencias de desarrollo (como la USAID), o de manera indirecta, a través del FMI y el Banco Mundial.<sup>333</sup> Como es de esperarse, Estados Unidos busca financiar aquellos proyectos que vayan de acuerdo a su concepción de desarrollo y de derechos de las mujeres.<sup>334</sup> No es casual que la categoría género, que tiene sus orígenes en el feminismo anglosajón, y el concepto de “empoderamiento,” también enarbolado por las estadounidenses, hallan permeado las agendas de las feministas latinoamericanas. Ni es casual que en la academia y en los proyectos de las ONGs jamás se hable de feminismo, sino de “perspectiva de género.” Las organizaciones más visibles son las de carácter reformista, mientras que las abiertamente feministas son tachadas de radicales.

El siguiente punto está estrechamente vinculado con este. Con la despolitización de las agendas me refiero a la manera en la que son abordados por las ONGs los problemas de exclusión social, política y económica de las mujeres. Estos son vistos como cuestiones que requieren soluciones técnicas y no transformaciones estructurales.<sup>335</sup> Las ONGs se preocupan más por la obtención de recursos que en cuestionar las bases de la exclusión,<sup>336</sup> de tal forma que, como afirma Falquet, “la visión de transformación completa se ha modificado en una serie de reivindicaciones de arreglos y mejorías parciales, una lista de propuestas legislativas abstractas y de micro-proyectos locales para mediatizar la creciente miseria de las mujeres.”<sup>337</sup>

Con el tercero me refiero a dos caras de la misma moneda: el ascenso de las expertas y la pérdida del carácter popular del movimiento. Las ONGs colocan al frente del movimiento a mujeres educadas, generalmente de clase media, que tienen la experiencia para cabildear con los organismos internacionales o la capacidad para elaborar informes o evaluaciones basados en estudios

---

<sup>333</sup> Instituciones que, en un esquema de pos guerra fría y de unipolaridad, tendrán como finalidad promover la democratización y el buen gobierno de acuerdo a la visión estadounidense. Montenegro, *op. cit.*, p. 42.

<sup>334</sup> “La cooperación internacional, como el feminismo mismo, cambió entre los años 1980 y los 1990. Entre otros aspectos, después de la caída del Muro de Berlín en 1989, la cooperación europea se volcó sobre los países del centro y el este de su continente y en América Latina fluyeron fondos de origen estadounidense, acompañados del moralismo público y el conductismo estadounidenses, amén de la imposición de las figuras de la experta y de la líder y de las categorías de análisis elaboradas en sus propias academias.” Gargallo, *op. cit.*, p. 23. “A raíz de la caída del muro de Berlín hubo un proceso de readaptación, ya no existían ideologías supuestamente, en el planeta domina el pensamiento único y el mundo es unipolar. Para las agencias el asunto era cómo mantener la situación estable, y es entonces cuando al desarrollo se le agregó la democratización, el buen gobierno y la búsqueda de la gobernabilidad.” Montenegro, *op. cit.*, p. 42.

<sup>335</sup> Aunque pueden existir ONGs más progresistas, justamente por el origen de sus recursos, suelen ser más pro status quo. Fisher, *op. cit.*, p. 446.

<sup>336</sup> Montenegro, *op. cit.* p. 44.

<sup>337</sup> Falquet, *op. cit.*, p. 21.

cuantitativos.<sup>338</sup> Son estas feministas las que reciben el financiamiento y las que se erigen en representantes del resto de las mujeres latinoamericanas. Este hecho daña la dimensión democrática del movimiento en dos sentidos. Primero porque sólo unas cuantas reciben los recursos de manera directa y pueden asistir a los encuentros o foros internacionales, y segundo, porque aunque pretendan representar a otras mujeres, en realidad no hay un mecanismo de rendición de cuentas hacia los sectores populares (en todo caso, rinden cuentas a las instituciones que las financian).<sup>339</sup>

Finalmente las ONGs, en su afán de promover el desarrollo y llenar el vacío que dejan los recortes al gasto social en el modelo de Estado neoliberal, contribuyen a privatizar los servicios.<sup>340</sup> Se han convertido en el principal mecanismo para aliviar los problemas de pobreza y exclusión que atañen a las mujeres, privatizando una labor que correspondía antes a un servicio público. Esta privatización lleva a una desigual asignación de recursos, pues las ONGs no tienen la capacidad del Estado para desarrollar proyectos a nivel nacional y la elección de las comunidades que recibirán los beneficios se hace a discreción de las organizaciones y no con base en las necesidades de la gente. Aún cuando se trate de organizaciones que cuestionan la asignación de recursos en el presupuesto gubernamental o que reclaman una mayor intervención del Estado, contribuyen, paradójicamente, a todo lo contrario.

Así pues, un balance del movimiento de mujeres latinoamericano en los noventa, muestra la apertura de espacios a nivel internacional, la creación de nuevos foros, la consolidación de redes transnacionales e incluso la adopción, por parte de las nuevas democracias electorales, de programas e instituciones que integran la categoría “género.” Sin embargo, también arroja un proceso de atomización, desmovilización, formación de elites y pérdida de capacidad transformadora que es innegable.<sup>341</sup> En Nicaragua, el movimiento experimentó estos mismos cambios y el balance de sus logros está también atravesado por profundas contradicciones y retos.

---

<sup>338</sup> Por ejemplo, Álvarez afirma que, durante la Conferencia de la Mujer organizado por la ONU en Beijing, las “ONG diestras en el cabildeo- que contaban con personal especializado en política, experiencia previa en el proceso de la ONU y cuantiosos fondos provenientes del extranjero- fueron quienes organizaron las actividades nacionales y regionales de Beijing, definieron la agenda del movimiento general de mujeres para tal ocasión y organizaron las coordinaciones y redes previas...” Álvarez, *op. cit.*, pp. 112-113.

<sup>339</sup> Como explica Fisher, este es un problema que atañe a todas las ONGs. Ver Fisher, *op. cit.*, pp. 441-443.

<sup>340</sup> Esto no significa que dentro del modelo de Estado neoliberal no se hayan creado instituciones que, en teoría, buscaban avanzar los intereses de la mujer. De hecho, muchas de las democracias formales que llegan a América Latina integran a sus maquinarias gubernamentales “institutos de la mujer” o áreas de “asuntos de la mujer.” No obstante, los recursos destinados a estas son mínimos, y de hecho, suelen contratar a ONGs para que estas realicen “...funciones de recolección de datos, de evaluación o instrumentación de las políticas, así como otras formas de ‘administración de proyectos’ ” Álvarez, *op. cit.* pp. 104-105, 110-111. Para ver más sobre la privatización de los servicios por parte de las ONGs, ver: Montenegro, *op. cit.*, p. 43. Fisher, *ibid.*, p. 454.

<sup>341</sup> Incluso, hay elementos que reproducen la s características de la primera ola del movimiento de mujeres en América Latina: la presencia de un mayor número de mujeres de clase media y educadas como protagonistas del movimiento y la defensa de una agenda más bien moderada con estrategias más reformistas que revolucionarias, son sólo algunas de las más visibles.

## 4.2 Las nicaragüenses frente al Estado: “ser mujer” como estrategia política

### 4.2.1 El gobierno de Violeta Chamorro: neoliberalismo y conservadurismo

La llegada de Violeta Chamorro al poder en 1991 refleja, más que la fuerza de una líder, de un partido o de una ideología, el cansancio de un pueblo después de diez años de guerra y de crisis económica.<sup>342</sup> La participación de las integrantes de AMNLAE en el proceso electoral fue sumamente marginal. En todo caso, la organización se alineó nuevamente con el Frente Sandinista y, mientras su publicidad en las calles anunciaba “las mujeres y Daniel [Ortega] se aman,”<sup>343</sup> Violeta Chamorro se proyectaba como la madre de los nicaragüenses que sería capaz de reunificar a las familias y como defensora de un modelo de mujer totalmente opuesto al que se había intentado construir en toda la década anterior.<sup>344</sup> El FSLN no manejó para nada una campaña que integrara demandas feministas y se limitó a prometer mayor solidaridad y dignidad para los nicaragüenses bajo la frase “todo será mejor.”<sup>345</sup> Sin embargo, las mujeres de AMNLAE no exigieron mayores promesas. Su apuesta era hacia la continuación de un gobierno que sabían sería mucho más progresista que uno que proclamaba la defensa de la moralidad, la religión y la familia.<sup>346</sup>

El gobierno de Violeta Chamorro se caracterizó por promover una política económica neoliberal al lado de una política social conservadora. Es decir, por un lado promovía la existencia de un Estado que tuviera una intervención limitada en la economía, pero por otro, reforzó, en el aspecto social y familiar, sus mecanismos de ingerencia, desde una postura reaccionaria y antifeminista.<sup>347</sup> Esta característica del gobierno afectó doblemente a las nicaragüenses, pues en las áreas de educación, salud y trabajo quedaron prácticamente borradas del presupuesto gubernamental, mientras que en los temas de familia y sexualidad aparecían bajo un discurso que limitaba su papel al de madre y esposa abnegada.

---

<sup>342</sup> Era bien sabido que Doña Violeta era respaldada por Estados Unidos y que la transición política era la única manera de poner fin a la guerra de la contra y al bloqueo estadounidense. En su discurso, Violeta prometía reunificación familiar, estabilidad política y económica a través de programas de ajuste estructural y, sobre todo, paz.

<sup>343</sup> Karen Kampwirth, “Feminism, Antifeminism, and Electoral Politics in postwar Nicaragua and El Salvador,” en *Political Science Quarterly*, Vol. 113, No.2, 1998, p. 265.

<sup>344</sup> De hecho Kampwirth realiza una lectura, desde la perspectiva de género, de las campañas políticas de Chamorro y Ortega en las elecciones del noventa. La autora plantea que mientras Ortega proyectó una imagen de padre amoroso aunada a la de un fuerte vaquero que aparecía rodeado de jovencitas, Chamorro utilizó la de una mujer madre, viuda y con valores tradicionales sólidos. Así mismo, cuestiona porqué su discurso abiertamente anti feminista no fue criticado por Ortega o por las miembros de AMNLAE. La respuesta, para ella, es que el FSLN no quería arriesgarse a contradecir un discurso que todavía hallaba eco en varias nicaragüenses, mientras que AMNLAE no reaccionó por la dependencia que tenía del Frente y porque tenían miedo de hacer cualquier pronunciamiento que afectara su campaña. Para ver más, ver: Kampwirth (1996), *op. cit.*, pp. 67-86; Kampwirth (1998), *ibid*, pp. 259-279.

<sup>345</sup> Kampwirth (1998), *op. cit.*, p. 265.

<sup>346</sup> *Ibid*, p. 275.

<sup>347</sup> Isbester explica cómo entre el neoliberalismo y el conservadurismo de las altas esferas de la iglesia católica nicaragüense existía una fuerte correlación: “Las dos ideologías, una económica, una sociopolítica, se legitimaban y reforzaban mutuamente.” Para ver más: Isbester, *op. cit.*, p. 121.

En cuanto a su política social conservadora, destacan la ley contra la sodomía y la penalización del aborto. La primera se vio reflejada en el artículo 204 de la ley del código penal sobre delitos sexuales, el cual formaba parte de una iniciativa abiertamente homofóbica contra la sodomía que existía en el código de 1974 y que fue reforzada en 1992 por el gobierno. El artículo 204 advertía que “...cualquier persona que induzca, promueva o practique la copulación con gente del mismo sexo de manera escandalosa, será castigada con un periodo de uno a tres años en la cárcel.”<sup>348</sup> A pesar de que las feministas presentaron un documento donde mostraba cómo el 204 violaba por lo menos 20 artículos de la constitución, la ley fue declarada constitucional un año después. La estrecha relación con la iglesia católica, tuvo un peso innegable en esta ley. El cardenal Obando y Bravo, amigo cercano de la presidenta Chamorro, llegó a declarar en reiteradas ocasiones que “las prácticas homosexuales son inmorales y todo cristiano sensible y responsable debe estar de acuerdo con la ley 204.”<sup>349</sup> Es claro que en una sociedad, donde más de un 80 por ciento de la población es católica, esta declaración es política y tiene penosas consecuencias.<sup>350</sup>

La penalización del aborto, por su parte, estaba contemplada en el artículo 208 del código penal, el cual negaba el derecho al aborto incluso en caso de violación y sólo posibilitaba que la mujer exigiera apoyo económico para el hijo por parte del agresor, “obligando a la víctima embarazada a mantener contacto con su violador.”<sup>351</sup> Esta medida representaba un retroceso considerable en términos de los derechos sexuales y reproductivos que habían alcanzado las mujeres con la revolución sandinista. La iglesia católica estuvo presente en todos estos debates, apoyando y reforzando la postura conservadora del gobierno de Chamorro. En julio de 1994, por ejemplo, el cardenal Obando y Bravo encabezó una marcha “para protestar contra una eventual despenalización del aborto y contra cualquier forma de control natal, incluidos los condones.”<sup>352</sup>

A pesar de que los dos artículos fueron rechazados unánimemente por la bancada sandinista en el congreso, ambos fueron aprobados por una coalición ligada al partido encabezado por Doña Violeta, la Unión Nacional Opositora (UNO).<sup>353</sup> El resultado: una caída considerable de los abortos terapéuticos dentro del sistema de salud y un aumento estrepitoso de muertes maternas a causa de abortos auto inducidos.<sup>354</sup>

---

<sup>348</sup> Kampwirth (1996), *op. cit.*, p. 78

<sup>349</sup> *Idem.*

<sup>350</sup> “Nicaragua en cifras,” en *Ibis en Centroamérica* (Derechos, Educación y Desarrollo) <http://www.ibis.dk/ca/> Según los datos de esta organización, en Nicaragua un 85% de la población dice ser católica (cifra que coincide también con el “Factbook” publicado por la CIA en su página de internet: <http://www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/nu.html>)

<sup>351</sup> Isbester, *op. cit.*, p. 114-116. Kampwirth (1996), *op. cit.*, pp. 76-78.

<sup>352</sup> Para cerrar la marcha el cardenal presentó una carta a la asamblea con 70 mil firmas de católicos, donde se denunciaba la “crisis moral” del país debido a la “educación ateizante” de los ochenta. Grupo Envío, “Cardenal marcha contra el aborto y el control natal,” *Revista Envío*, 1994, no. 150. <http://www.envio.org.ni/articulo.php?id=2433>

<sup>353</sup> Kampwirth (1996), *op. cit.*, pp. 76-78.

<sup>354</sup> Isbester, *op. cit.*, p. 117.

Además de estas leyes el gobierno promovió, a través de programas educativos, un modelo de familia en el que sólo eran reconocidas las parejas heterosexuales y casadas por la ley civil (a pesar de que los sandinistas habían ya otorgado derechos a las parejas viviendo en amasiato) y en el que se promovía un papel de la mujer limitado al de ama de casa y madre de familia. Uno de los principales instrumentos para promover este modelo fue la educación a nivel básico, a través de libros de texto que tenían un contenido altamente católico y conservador,<sup>355</sup> poniendo en entredicho el carácter laico de la educación en Nicaragua.<sup>356</sup>

En lo referente a los ajustes estructurales, el gobierno impulsó cinco medidas principalmente: desregulación de los precios, disminución de la estructura estatal y privatización de los monopolios del gobierno (se privatizaron más de 300 empresas gubernamentales en las áreas agrícola, industrial y comercial), reforma del sector financiero (incluyendo la apertura a bancos extranjeros y la reducción de la banca estatal), integración al mercado mundial de la economía (a través de la eliminación de las tarifas de protección para importación y exportación) y recorte de los servicios otorgados por el Estado (educación, salud, entre otros).<sup>357</sup>

Cada una de estas medidas tuvo un efecto directo en la vida de las mujeres nicaragüenses.<sup>358</sup> Por ejemplo, como parte de los recortes al presupuesto gubernamental, la mayor parte de los Centros de Desarrollo Infantil y los Servicios Infantiles Rurales, creados durante el periodo sandinista para apoyar a las mujeres trabajadoras, fueron cerrados. Esto dificultó aún más el que las mujeres tuvieran un trabajo en el sector formal de la economía, con una jornada laboral y un horario fijo, y creó incentivos indirectos para el empleo informal,<sup>359</sup> en el cual los ingresos eran un 80% menores al ingreso necesario para cubrir las necesidades básicas de alimentación<sup>360</sup> y en el que las mujeres

---

<sup>355</sup> Tal es el caso de la publicación de nuevos libros de texto, editados por el Ministerio de Cultura y financiados por la USAID, que buscaban abiertamente inculcar valores familiares y relaciones de género “correctas”. En los libros, aparecían imágenes de mujeres casadas y de madres cocinando felizmente en sus hogares; y en el ejemplar dedicado a sexto grado, se dedicaban nueve páginas completas a la discusión de los 10 mandamientos de la religión católica. La USAID destinó aproximadamente \$15 millones de dólares a esta serie llamada “Moral y Civismo.” Ver: Kampwirth (1996), *op. cit.*, p. 73.

<sup>356</sup> Incluso el Ministro de Educación, Umberto Belli, “trató en 1994 de transformar el artículo 124 de la constitución, mismo que garantizaba la educación pública secular, y remplazarlo con un sistema escolar público católico.” Al final, las protestas obligaron a Belli a desistir de su iniciativa. Isbester, *op. cit.*, p. 115.

<sup>357</sup> Hostetler, Lynen y otros, *op. cit.*, pp. 6-9.

<sup>358</sup> Una declaración reveladora es la que hace Blanca Obando Fonseca, entrevistada en 1993: “...Antes las mujeres se sentían tristes, enfermas, deprimidas, por la guerra, pero ahora ¿sabes qué pasa? Es siempre “no hay leche, no hay jabón, no hay azúcar, no hay papel higiénico, no tengo dinero para comprar aceite, mi hijo se enferma, no tengo dinero para llevarlo al hospital, no hay medicina en los hospitales...” Citada en: Hostetler, Lynen y otros, *ibid.*, p. 11.

<sup>359</sup> En Nicaragua, las actividades más típicas dentro del sector informal eran (y son) la venta de pequeños artículos de consumo y la venta de “fritangas” (comida rápida) en las afueras de los hogares. Esto permite a las madres seguir cuidando a sus hijos mientras realizan la venta del día y seguir cumpliendo con sus tareas domésticas. Justamente, la entrada al sector informal es una de las respuestas que las mujeres nicaragüenses dieron a la crisis. Para ver más: Florence Babb, “Negotiating Domestic and Social Spaces: Gender and Power in Post-1990 Nicaragua,” Ensayo presentado para el simposio *Struggles for Social Space: Gender and Power in Latin America* durante el XIII Congress of the International Union of Anthropological and Ethnological Sciences, México, 1995, p. 12.

<sup>360</sup> *Ibid.*, p. 9.



estaban desprovistas de una legislación u organización sindical que velara por sus derechos laborales.<sup>361</sup>

Además, se aplicó un plan de reconversión económica (que agudizó el proceso de compactación que habían llevado a cabo los sandinistas), a través del cual el gobierno ofrecía incentivos económicos para que los trabajadores del Estado renunciaran a sus empleos y formaran, supuestamente, pequeños negocios. El resultado fue el despido masivo de cientos de trabajadores, sobre todo de mujeres que, según declaraciones del propio gobierno, pudieron regresar a sus casas a continuar con su rol tradicional de madres y esposas.<sup>362</sup> Tan solo entre 1990 y 1992, el empleo en el sector formal disminuyó en un 18%, el desempleo aumentó en un 19% y el subempleo en un 45%.<sup>363</sup>

Finalmente, como parte de la integración al mercado mundial, se promovió la creación de zonas francas y de maquilas. Las mujeres son generalmente las favoritas para realizar este tipo de trabajo, no sólo porque ofrecen una mano de obra más barata, sino porque es una labor sujeta a rutinas repetitivas y minuciosas que se suponen más aptas para la personalidad de las mujeres. Nicaragua no fue la excepción. El trabajo en la maquila incentivó la entrada masiva de mano de obra femenina, pero con las carencias e injusticias típicas, en términos de derechos laborales, de este tipo de empleos.<sup>364</sup> Las siguientes declaraciones de Sonia son tan sólo una pequeña muestra de la vida en la maquila: “Adentro es duro, no te podés mover ni hablar, la espalda me duele de estar tanto tiempo sentada en un banco sin respaldo, la pelusa que sueltan las telas me tiene con una tos horrible. Creo que tengo artritis porque las muñecas me duelen...No, mi vida no cambió nada al trabajar en la Zona Franca, más bien empeoró.”<sup>365</sup>

---

<sup>361</sup> Babb (1996), *op. cit.*, p. 40. Cabe recordar que los sindicatos (y las secretarías de la mujer al interior de los mismos) habían servido como espacios de acción política y organización de las mujeres. De ahí que, el aumento del empleo en el sector informal tuvo también un impacto negativo indirecto para el movimiento de mujeres, en tanto se pierde un importante espacio de acción colectiva.

<sup>362</sup> Se calcula que más del 70 por ciento de los empleados públicos que fueron despedidos, eran mujeres; es decir, las más afectadas por estos recortes fueron ellas, las cuales tenían una mayor presencia en el sector público. Isbester, *op. cit.*, p. 112. Babb (1996), *ibid.*, p.41.

<sup>363</sup> Babb (1996), *ibid.*, p.32.

<sup>364</sup> Durante la revolución sandinista la zona franca (donde están ubicadas las maquilas) quedó bajo el control del gobierno y operaban solo algunas empresas estatales. En 1990, sin embargo, la zona fue reabierta por el gobierno y éste empezó a ofrecer incentivos directos e indirectos a la inversión extranjera (mano de obra barata, exención de pago de impuestos y ausencia de prestaciones laborales), con el fin de crear fuentes de empleo. En los primeros años de la década estaban ya operando 18 empresas en la zona franca: Fortex Group (una de las más conflictivas), China Unida, Chentex, Ecco de Nicaragua (Italia), Metro Garment, Cupido Internacional, American Textil e Induquinisa, entre otras. De éstas, cinco eran estadounidenses, cinco taiwanesas, tres surcoreanas, una de Hong Kong, otra italiana y solo dos nicaragüenses. Los abusos eran (y son) el pan de cada día de las trabajadoras de la maquila. Para empezar, ganaban en promedio 650 córdobas mensualmente, cuando el costo de la canasta básica de 53 productos en Managua era de mil 602 córdobas con 89 centavos. Además de casos que el propio movimiento de mujeres denunció, como discriminación hacia las mujeres embarazadas, jornadas de trabajo extra sin pago alguno y múltiples enfermedades como artritis y mala circulación a causa de las malas condiciones de trabajo. Para ver más: Helen Roux, “En las maquilas te sacan el jugo...”, Revista La Boletina, No. 31, Managua, Editorial Puntos de Encuentro.

<http://boletina.puntos.org.ni/Anteriores/bole31/smtxt.html>

<sup>365</sup> Entrevista realizada por Helen Roux a una trabajadora de la maquila, bajo el pseudónimo “Sonia”. En: *idem*.

No obstante, no todas las medidas impulsadas por el gobierno de Chamorro actuaban en detrimento de la situación de la mujer. De hecho, se promovieron iniciativas que buscaban, al menos en el discurso, favorecerla directamente. Sin embargo, el carácter neoliberal y conservador del gobierno impidió que estas iniciativas tuvieran un impacto real en la vida de las nicaragüenses o que se crearan alianzas fructíferas con el movimiento de mujeres. Por ejemplo, algunas de las mujeres de la UNO se aliaron con las y los sandinistas para conseguir que se aprobara la iniciativa de ley para la paternidad responsable en 1992, pero esta alianza no se repitió ni en el caso del aborto ni en el de la ley antisodomia.<sup>366</sup> En 1993 se relanzó el Instituto Nicaragüense de la Mujer,<sup>367</sup> el cual tenía como objetivos “promover la participación de la mujer nicaragüense en condiciones de igualdad de oportunidades...;” sin embargo, el instituto carecía de fondos suficientes y tenía entre sus representantes a mujeres no feministas y sin experiencia en la defensa de los derechos de la mujer.<sup>368</sup> Finalmente, por iniciativa de la Red de Mujeres contra la Violencia, el gobierno de Chamorro implementó las Comisarías de la Mujer y la Niñez que buscaban resolver los problemas de violencia contra las mujeres y los niños; pero en las asesorías que se daban se mantenía la idea de que la mujer era parcialmente responsable por la violencia en su contra y sus alcances estaban limitados por un código penal que ni siquiera reconocía los casos de violación de mujeres por parte de sus cónyuges o de sus parejas de hecho.<sup>369</sup> De ahí que los esfuerzos en materia de derechos de la mujer por parte del gobierno resultaran, más bien, contradictorios a la luz de una serie de leyes, programas, campañas públicas en los medios y alianzas con una iglesia católica reaccionaria, que los deterioraban.

En última instancia, los pasos hacia la institucionalización de la “agenda de la mujer” coinciden con la tendencia de las democracias electorales que llegaron en los noventa a Latinoamérica por institucionalizar aquellos temas sociales considerados relevantes para las agencias de financiamiento internacional. Los derechos de las minorías (los indígenas, los discapacitados, los jóvenes, los niños, las mujeres) han sido incluidos en las políticas públicas de estos gobiernos a través de la formación de instituciones incipientes que establecen la versión oficial para abordar sus problemas y carencias, dentro de la lógica del asistencialismo y no de la transformación de las causas de su exclusión.

---

<sup>366</sup> Isbester, *op. cit.*, p.117.

<sup>367</sup> El Instituto había sido creado durante el gobierno sandinista desde 1985, pero había perdido su fuerza e impacto. De ahí que éste haya sido nuevamente lanzado por el gobierno de Chamorro. Montenegro, *op. cit.*, p. 34.

<sup>368</sup> *Ibid.*, p. 119.

<sup>369</sup> *Ibid.*, pp. 119-121.

#### 4.2.2 El movimiento feminista en los noventa: el caso de la Red de Mujeres contra la Violencia

Sería injusto e inadecuado decir que el gobierno de Violeta Chamorro no halló resistencia por parte de las mujeres, específicamente de las feministas. Como afirma Kampwirth "...por cada acto antifeminista del ejecutivo, el movimiento de mujeres parecía reaccionar con un mayor y más diverso compromiso feminista."<sup>370</sup> De hecho, los primeros años del gobierno de Chamorro vieron la consolidación de la autonomía, que desde fines de los ochenta, se había empezado a gestar en el movimiento de mujeres. Coinciden además con la transformación del movimiento tanto en términos de sus estrategias organizativas como en la identidad colectiva que lo mantenía unido, y con un renovado aprovechamiento de los espacios y foros en el sistema internacional. No obstante, con esta transformación vienen nuevos retos, que se explican por el carácter antes descrito del gobierno de Chamorro y que están atravesados por las mismas contradicciones que afectaron a los movimientos de mujeres en América Latina en los noventa. La historia particular de la Red de Mujeres contra la Violencia ilustra muy bien este proceso.

Aunque los primeros rompimientos con el FSLN habían empezado años antes, los dos momentos que marcan simbólicamente el inicio de la autonomía del movimiento respecto a los partidos y gobiernos son el "Festival de las 52%" en 1991 y el Encuentro "Diversas pero Unidas" en enero de 1992.

El primero se convocó el 8, 9 y 10 de marzo y tenía como objetivo reunir a todas las activistas nicaragüenses, independientemente de su afiliación partidista, creencia religiosa u horizonte ideológico.<sup>371</sup> Se trataba de una celebración del día internacional de la mujer alternativa a la asamblea convocada por AMNLAE para esa misma fecha y que proponía, en lugar de un congreso formal, la realización de una verdadera feria con exposiciones y actividades artísticas por parte de colectivos de mujeres.<sup>372</sup> El festival fue la respuesta de diversas mujeres tanto dentro como fuera de AMNLAE que consideraban necesario discutir temas que habían quedado fuera de la lista de prioridades de las y los sandinistas: violencia contra las mujeres, homofobia y heterosexualidad, la necesidad de una educación no sexista y la autonomía del movimiento respecto al partido.<sup>373</sup> El evento no fue bien recibido ni por las miembras de AMNLAE ni por los medios de comunicación sandinistas, los cuales descalificaron a las participantes de divisionistas, burguesas, antisandinistas,

---

<sup>370</sup> Kampwirth (1996), *op. cit.*, p. 75.

<sup>371</sup> Criquillion, *op. cit.*, p.218.

<sup>372</sup> Helen Dixon, "El desafío de la articulación en el Movimiento autónomo de mujeres," en Montenegro, *op. cit.* pp. 85-87.

<sup>373</sup> Randall (1992), *op. cit.*, pp. 62-63.

lesbianas y disidentes.<sup>374</sup> A pesar de esto, el festival fue todo un éxito. Logró convocar a cientos de nicaragüenses, incluyendo a un buen número de feministas jóvenes y de organizaciones de feministas lesbianas.<sup>375</sup> A partir de este momento se hizo evidente que AMNLAE había dejado de ser la voz dirigente y central del movimiento de mujeres y, justamente a causa de su actitud negativa frente al evento, incrementó el afán de varios grupos de feministas por dejar atrás “todo tipo de atadura política con el FSLN...”<sup>376</sup> y de desligarse por completo de la asociación.<sup>377</sup>

A principios del año siguiente tuvo lugar el Encuentro “Diversas pero Unidas,” el cual marcó más decididamente cuáles serían las pautas de esta nueva etapa del movimiento de mujeres: autonomía respecto al gobierno y los partidos políticos, diversidad en cuanto a los temas de la agenda y descentralización en la organización del movimiento a través de la creación de redes horizontales.<sup>378</sup>

El evento no fue financiado por ningún partido político ni por ningún organismo externo, la convocatoria estaba abierta a todas las mujeres (podían asistir a título personal sin representar a ninguna institución) y no hubo una declaración previamente escrita (más bien se llegó a consensos a partir de una serie de preguntas abiertas);<sup>379</sup> de ahí que el Encuentro haya sido calificado como “la primera iniciativa impulsada desde las bases.”<sup>380</sup>

El Encuentro fue todo un éxito en términos del número de asistentes y de las líneas de acción acordadas. En lugar de las 250 que se esperaban, asistieron 800 mujeres de los más diversos ámbitos (maestras, estudiantes, amas de casa, trabajadoras de la salud, teólogas, obreras, etc.) y en cuanto a las líneas de acción se logró la creación de siete redes temáticas y operativas (economía y medio ambiente, violencia, sexualidad, salud, educación, mujeres comunicadoras y participación en organizaciones mixtas), las cuales tendrían como objetivo coordinar las acciones que surgieran en el movimiento en cada una de estas áreas.<sup>381</sup>

---

<sup>374</sup> En un artículo publicado en el periódico sandinista *El Nuevo Diario*, las líderes de AMNLAE afirmaron que las que formaban parte del grupo de las 52% eran “una organización de elite” y cuando se les pidió su opinión sobre el lesbianismo contestaron “¿Cuál lesbianismo? Nosotros amamos a los hombres” Citado en: *Ibid.*, p. 63.

<sup>375</sup> Babb, por ejemplo, afirma que es también en estos años en los que el movimiento gay y lésbico aumenta su presencia en el ámbito público, como respuesta a las leyes abiertamente homofóbicas del gobierno de Chamorro. Babb (1996), *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>376</sup> Criquillion, *op. cit.*, p. 220.

<sup>377</sup> Isbester, *op. cit.*, p. 134.

<sup>378</sup> La siguiente frase de Dixon, feminista nicaragüense, explica muy bien porqué se tomó la decisión de que el movimiento se organizara en redes: “Frente a la experiencia de los años 80, en las que el control político y el nivel de las estructuras formales eran de rigor, se propuso organizar redes con la idea de que fueran instancias horizontales, menos jerárquicas y más abiertas. También se planteó mantener estructuras formales por miedo a un gobierno no revolucionario que cerrara los espacios logrados en la década anterior.”

<sup>379</sup> Criquillion, *op. cit.* p. 221.

<sup>380</sup> Declaración de Milú Vargas, reconocida feminista, entrevistada por Margaret Randall, en Randall (1992), *op. cit.*, p. 67.

<sup>381</sup> Cabe destacar que el que se decidieran por redes, en lugar de la creación de una instancia central que coordinara a los demás organismos, obedece a una apuesta por la descentralización y democratización de la toma de decisiones del movimiento, que permitiera a la vez tomar acciones concretas. Como afirma Isbeter, las redes “están organizadas para alcanzar una meta precisa...y deja[n] la formación de una identidad colectiva en manos de cada una de las organizaciones. Con el fin de alcanzar su meta, una red generalmente divide entre los distintos

Sin embargo, a finales de la década del noventa, sólo quedaban dos de las siete redes: la Red de Mujeres por la Salud y la Red de Mujeres contra la Violencia,<sup>382</sup> y actualmente, sólo sobrevive la última.<sup>383</sup> Las razones tienen que ver con la dificultad de mantener una red en torno a la cual se articulen efectivamente diversas organizaciones, tanto por la falta de recursos como por la capacidad o no de crear un eje temático que mantenga unida a esa red. Es en este último sentido, en el que tanto la Red de Mujeres por la Salud como la Red de Mujeres contra la Violencia, fueron sumamente exitosas. Como explica Isbester, ambas redes crearon una nueva identidad colectiva relacionada con la politización del cuerpo de la mujer y de los temas considerados antes privados (llámese salud reproductiva, sexualidad o violencia intrafamiliar),<sup>384</sup> desligada de cualquier identidad partidista y vinculada totalmente a una identidad de género. El vacío que dejó el gobierno de Chamorro en términos de los servicios de salud y atención legal a las mujeres permitió que estas redes se erigieran en verdaderas defensoras y proveedoras de los mismos. Además, la experiencia previa de muchas de estas activistas en las Casas de la Mujer<sup>385</sup> creadas por AMNLAE (que se ocupaban y ocupan de estos ejes temáticos) les dio el conocimiento óptimo para poder crear ahora sus propias organizaciones.

La Red de Mujeres contra la Violencia, en específico, se trata de una red que agrupaba en un inicio a 22 organizaciones aproximadamente, incluyendo “asociaciones, colectivos, casas de mujeres, iglesias, sindicatos, redes locales y mujeres a título individual.”<sup>386</sup> Su creación obedece a la creciente violencia contra la mujer que se presentó justo después de finalizada la guerra y del retorno a sus hogares de miles de hombres que habían participado en la misma. Con un escenario de crisis económica y desempleo, la violencia de los hombres hacia las mujeres (generalmente de parte de los maridos hacia sus esposas) aumentó considerablemente: de acuerdo al Instituto Nicaragüenses de la Mujer entre 1990 y 1994 la violencia contra la mujer en todas sus formas aumentó un 12.6 por ciento, el número de violaciones denunciadas aumentó en un 21 por ciento y

---

colectivos las tareas de organizar, buscar fondos, escribir reportes, medios de comunicación, etc. Para ver más: Isbester, *op. cit.* pp. 140-142.

<sup>382</sup> Ewig, *op. cit.* p. 85.

<sup>383</sup> Montenegro, *op. cit.*, p. 46.

<sup>384</sup> Isbester, *op. cit.*, pp. 146-148.

<sup>385</sup> Las Casas de la Mujer fueron creadas por AMNLAE en 1988 como centros para atender las necesidades médicas, legales y emocionales de las mujeres. En 1991, después de enfrentamientos con la directiva de AMNLAE, algunas de las Casas declararon su autonomía frente a la asociación, por considerar que ésta estaba sujeta al FSLN, por su carácter vertical y por no aceptar la agenda feminista que éstas buscaban impulsar. (*Ibid.*, p. 136). Se calcula que había aproximadamente 52 a principios de los noventa, ofreciendo servicios en el área de salud, apoyo psicológico y asesoría legal, así como talleres en áreas de sexualidad, reproducción elegida y capacitación laboral. Kampwirth (1998), *op. cit.*, p. 272.

<sup>386</sup> Aunque la Red agrupó en un inicio a un número de 22 organizaciones, en 1995 decidieron abrirse a organizaciones mixtas y no sólo de mujeres, alcanzando un número de 150. Martina Herrera, “Estudio de caso: Red de Mujeres contra la Violencia, Nicaragua,” ponencia presentada en el *Simposio 2001 Violencia de género, salud y derechos en las Américas*, Cancún, México, junio 4 al 7 de 2001.

una de cada dos mujeres habían sido abusadas por su pareja, aunque sólo el 2 por ciento realizaba una denuncia ante la policía.<sup>387</sup>

No obstante, las distintas organizaciones de la red, se negaron a atribuir la violencia sólo a un contexto económico específico y fueron más allá al afirmar que la violencia contra la mujer se ejercía debido a la inequidad de género y al poder que ejercen los hombres sobre el cuerpo de la mujer.<sup>388</sup> Es aquí que se empieza a consolidar una identidad colectiva basada en el hecho de ser mujeres, pues la experiencia de violencia y de opresión atravesaba a todas las activistas y participantes de la Red, por su condición de género y por los roles que les habían sido atribuidos, independientemente de su afiliación partidista, profesión, clase social, religión, etnia, etcétera.

Las principales actividades de la Red consistían en organizar conferencias, elaborar folletos informativos sobre qué hacer en situaciones de violencia y lanzar campañas de sensibilización acerca de la violencia contra la mujer. La primera campaña que lanzó la Red, titulada “Rompiendo el Silencio,” fue sumamente exitosa y consistió tanto en spots de radio y televisión, como en la realización de pintas afuera de las casas bajo el lema “Aquí vive un hombre que le pega a su mujer.”<sup>389</sup>

Sin embargo, la Red también llevó a cabo acciones para exigir respuestas concretas por parte del gobierno de Violeta Chamorro. En este sentido impulsaron la creación de las Comisarías de la Mujer dentro de la Policía Nacional (con personal capacitado para atender los casos de violencia contra la mujer) y la aprobación de la ley 150 que sanciona los delitos sexuales (para que el Estado pudiera intervenir sin necesidad de que hubiera una denuncia previa por parte de la mujer afectada).<sup>390</sup> En 1994 lograron, a través de una recolecta de firmas, que el gobierno ratificara la Convención Interamericana Belem do Pará lanzada por la Organización de Estados Americanos (OEA) que “plantea a los Estados la obligación de prevenir, castigar y erradicar todas las formas de violencia contra las mujeres.” Finalmente, elaboraron un anteproyecto de ley para ser presentado a la Asamblea Nacional, con el fin de que la Convención de la OEA se aplicara efectivamente y de que las leyes nacionales se adecuaran a los compromisos internacionales. El resultado fue la aprobación en 1996 de la ley 230 de Reforma y Adiciones al Código Penal, según la cual se reformaba el Código para poder incluir artículos de prevención y sanción de la violencia doméstica; la ley: “reconocía la violencia intrafamiliar como un delito de orden público, establecía las medidas

---

<sup>387</sup> Isbester, *op. cit.*, p. 157.

<sup>388</sup> *Ibid.* La autora explica que, para llegar a estas conclusiones, la Red organizó varios talleres y conferencias en los cuales las mujeres pudieron compartir sus experiencias y entender mejor las causas de su opresión.

<sup>389</sup> Violeta Delgado, “La Red de Mujeres contra la Violencia pasó ya varias pruebas de fuego,” *Revista Envío*, Número 253, abril de 2003, <http://www.envio.org.ni/articulo.php?id=1214>

<sup>390</sup> *Idem.*

de protección, establecía el delito de lesiones psicológicas y eliminaba del Código el amancebamiento y el adulterio.”<sup>391</sup>

La Red llevó a cabo estas acciones con el apoyo del financiamiento internacional (sobre todo de la ONG suiza, SWISSAID) y tuvo como plataformas de acción y aprendizaje encuentros mundiales como la Conferencia de El Cairo en 1994 y la de Beijing en 1995 convocadas por la ONU. Además, el carácter no partidista de la Red permitía que sus activistas colaboraran con el gobierno de Chamorro (brindando asesorías en las Comisarías de la Mujer y en el Instituto Nicaragüense de la Mujer),<sup>392</sup> y que negociaran a su vez con la bancada sandinista cuando requerían el apoyo de sus congresistas (por ejemplo, para pasar la ley 230). En cuanto a sus integrantes, debido a que las medidas legales que exigían del gobierno de Chamorro requerían conocimientos técnicos específicos, la Red empezó a tener como principales interlocutoras a las más expertas y conocedoras. Como afirma Violeta Delgado, ex directora de la Red, “...en poco tiempo habíamos pasado de estar en una acera pintando en los muros...a estar en la acera de enfrente actuando como co-ejecutoras con el Estado.”<sup>393</sup>

La Red entonces operaba, y opera, como muchas de las ONGs que surgieron en los noventa, hace uso de los nuevos espacios internacionales, depende del financiamiento internacional, es autónoma frente a los gobiernos y partidos políticos, provee servicios que el Estado no cumple y tiene al frente a expertas que realizan las labores de cabildeo. Otra coincidencia es el discurso con el que defienden sus demandas. La Red, sobre todo a partir de 1995, no se presenta como una organización feminista y su agenda está más bien articulada por un discurso de derechos humanos que es mucho más aceptado en el lenguaje internacional que usan las ONGs y los organismos internacionales.<sup>394</sup> Las consecuencias de esto, aunque difíciles de medir, se ven reflejadas en la falta de profundidad de los acuerdos y de las transformaciones que impulsa la Red. Por ejemplo, para poder negociar una ley, como la 230, con el gobierno de Chamorro, tuvieron que dejar de lado una propuesta que era mucho más específica y contundente;<sup>395</sup> el colaborar con el Instituto Nicaragüense de la Mujer no les

---

<sup>391</sup> Es importante mencionar que el proceso de aprobación no estuvo exento de debates y negociaciones complicadas. De hecho la ley aprobada fue mucho más vaga y menos contundente de la planteada inicialmente por la Red. Para ver más sobre el proceso de negociación, ver: Delgado, *idem*.

<sup>392</sup> Isbester, *op. cit.*, p. 121.

<sup>393</sup> Delgado, *op. cit.*

<sup>394</sup> Isbester, *op. cit.*, p. 159. Este énfasis en la violencia desde el discurso de los derechos humanos, coincide con el enfoque adoptado en la Conferencia de Beijing convocada por la ONU. Como afirma Álvarez, “el tema de la violencia contra la mujer, que hace diez años ni siquiera fue mencionado en la Plataforma para la Acción de Nairobi, ocupó un lugar preponderante en los documentos nacionales y regionales de Beijing como un asunto de ‘derechos humanos’” Álvarez, *op. cit.*, p. 105.

<sup>395</sup> Delgado, *op. cit.* Se trató inicialmente de proponer una nueva ley (no sólo una reforma al Código Penal) que abordara exclusivamente el tema de la violencia contra la mujer, pero al final la que quedó es mucho más amplia, incluyendo a todos los miembros de la familia. El problema de esto es que las causales son distintas y cuando se habla de “violencia intrafamiliar” se corre el riesgo de que los problemas de la mujer se diluyan en un discurso más general. Por ejemplo, entre las causas de violencia que menciona la Red están: “falta de información sobre los derechos y leyes que protegen a las mujeres y la niñez, falta de transparencia en la administración de justicia,

garantizaba que éste fuera más progresista en sus propuestas y, en general, actuar al lado de un gobierno que era abiertamente antifeminista y conservador no podía arrojar resultados del todo positivos. De hecho, hasta la fecha, las miembras de la Red siguen preguntándose: “¿Vamos a seguir haciendo nosotras lo que al Estado le toca, vamos a seguir gestionando nosotras recursos para hacer lo que el Estado debe hacer?”<sup>396</sup>

Es importante decir que la Red, durante todos esos años, continuó siendo un espacio crítico frente al gobierno de Chamorro y frente a los sandinistas.<sup>397</sup> A diferencia de AMNLAE, sus decisiones no estaban supeditadas a las de ningún partido político y lejos de ser una organización jerárquica, procuró siempre hacer más horizontal la toma de decisiones. Su labor impidió que la llegada de un gobierno neoliberal y conservador se tradujera en la pérdida de todos los logros que había alcanzado el movimiento de mujeres durante la década anterior y supo sensibilizar a la población sobre un tema tan grave como es el de la violencia contra las mujeres.

Al igual que las demás organizaciones que decidieron separarse de AMLAE y declarar su autonomía frente al FSLN, la Red logró construir una identidad colectiva basada en el hecho de ser mujeres. Sus mensajes y programas iban dirigidos a todas las nicaragüenses, independientemente de su afiliación partidista. En un país altamente dividido entre sandinistas y anti-sandinistas, un discurso así de amplio e incluyente era sumamente necesario.

No hay que olvidar, sin embargo, que la Red es un caso exitoso en relación a las demás organizaciones que se crearon en esta nueva etapa del movimiento. No es casual que sea la única red que sigue existiendo de las siete que se crearon a principios de los noventa. Es evidente que los costos que plantea la autonomía en términos de acceso a recursos (financieros e institucionales) actuaron en detrimento de las otras redes. Con esto no quiero decir que no existan otros grupos movilizándose fuera de la Red, sino que esos otros grupos son menos efectivos y que la falta de coordinación entre los mismos hace que sus esfuerzos sean más dispersos y sus resultados atomizados.

---

falta de sensibilidad y capacitación de las y los funcionarios públicos.” (Citado en: Herrera, *op. cit.*, p. 2) En ninguna de estas causas aparece el machismo o la cultura patriarcal que existe en Nicaragua, elementos fundamentales para entender la violencia contra las mujeres. Para ver más sobre un enfoque más integral sobre las causales de la violencia, ver: Roger N. Lancaster, *Life is Hard: Machismo, Danger and the Intimacy of Power in Nicaragua*, Berkeley, University of California Press, 1992.

<sup>396</sup> Delgado, *op. cit.*

<sup>397</sup> Aunque escapa al marco histórico de esta investigación vale la pena mencionar el caso de Zoilamérica para ejemplificar la autonomía de la Red frente al FSLN. En el año de 1998, un escándalo de abuso sexual envolvió a Daniel Ortega (ex presidente, diputado y dirigente del partido sandinista) y afectó considerablemente la imagen de las altas jerarquías del FSLN. Se trató de una acusación presentada por Zoilamérica Narváez en contra de Ortega, en la que lo culpaba de haber abusado sexualmente de ella. Lo peculiar del caso: Zoilamérica es hijastra de Daniel Ortega. La Red de Mujeres Contra la Violencia, a pesar de estar conformada en su mayoría por ex sandinistas y militantes del partido, apoyó decididamente a Zoilamérica. AMNLAE, por su parte, guardó silencio. Aunque no hay evidencias que demuestren que cubrían abiertamente a Ortega, es claro que su activismo a favor de Zoilamérica (finalmente una mujer víctima de violencia con un testimonio presentado ante la justicia nacional e internacional) se vio claramente mermado por su dependencia del FSLN.



### **4.3 Las mujeres nicaragienses: ni sandinistas ni individuos del mercado**

Los años noventa estuvieron llenos de retos para el movimiento de mujeres en Nicaragua. Marcan justamente la transición de un movimiento que operaba prácticamente como un apéndice del FSLN hacia uno que se declara autónomo de cualquier institución política y que opta, más bien, por una identidad colectiva basada en el hecho de ser mujeres. Ser mujer se convierte en una estrategia política en tanto le permite al movimiento reinventarse y formar alianzas más allá de una afiliación partidista que había mostrado sus límites y sus costos la década anterior.

Además, al igual que en el resto de América Latina, los noventa representan la llegada de las democracias formales pero también de las economías de mercado y de los recortes presupuestales que afectan severamente la calidad de vida de las mujeres. Frente a esto y frente a los nuevos costos que implica organizarse y seguir abriendo espacios en la sociedad civil, estas mujeres decidieron seguir luchando por sus derechos. El movilizarse, ya sea a través de marchas, de la formación de redes o del cabildeo frente al gobierno, es un pronunciamiento en contra de volverse meros individuos del mercado y es una apuesta hacia la búsqueda de una sociedad más justa.

Tanto la Red de Mujeres contra la Violencia como las otras organizaciones del movimiento que optaron por construir una autonomía organizativa e identitaria, decidieron que su estrategia no estaba en pronunciarse como sandinistas ni en dejarse llevar por las fuerzas del mercado, sino en la creación de una identidad cohesionadora que les permitiera enfrentarse a unos y otros: ser mujeres.

## Conclusión

Contar la historia del movimiento de mujeres en Nicaragua equivale a hacer un recuento sobre los avances y retrocesos que ha tenido el activismo de miles de mujeres en América Latina en contra de la discriminación y del sistema patriarcal. Es también una forma de tomar el pulso sobre su situación actual y de evaluar cuáles son las estrategias que pueden o no fortalecer al movimiento en los años venideros.

Sin duda Nicaragua no es un caso aislado y sus transiciones políticas, en específico las que experimentó en la segunda mitad del siglo XX, permiten echar luz sobre una discusión que está muy presente entre académicas y activistas feministas: la cuestión de la autonomía y su relación con el impacto del movimiento en la realidad social.

Esta tesis abordó justamente el tema de la autonomía, tanto organizacional como de recursos. Aunque en mayor medida se hizo referencia al Estado como la principal institución que puede beneficiar u obstaculizar los objetivos del movimiento, también hablé, sobre todo en el último capítulo, de las instituciones de financiamiento internacional. Como telón de fondo de esta discusión presenté la relación entre el movimiento de mujeres y el Estado, la cooperación u oposición del movimiento con las instituciones estatales y las políticas de género de las elites gobernantes.

Para poder hilar ese objetivo, presenté la hipótesis de que la autonomía es un elemento necesario para que el movimiento pueda mantener una agenda propia, independiente de intereses partidistas o de criterios externos a la organización. No es, sin embargo, suficiente para que éste sea efectivo. Incluso, puede actuar en detrimento de sus alcances cuando el acceso a recursos es limitado y hay una clara pérdida de influencia en las instituciones políticas formales. Para el caso nicaragüense, el paso de un movimiento que operaba prácticamente al interior del Estado a uno que actúa desde la sociedad civil para erigir sus demandas no ha sido del todo fácil. No sólo porque el gobierno de Violeta Chamorro tenía una agenda conservadora en lo social y neoliberal en lo económico, sino porque el esquema de organismos no gubernamentales presentó nuevas debilidades: atomización del movimiento, dependencia del financiamiento internacional, participación popular limitada, entre otros. Tuvo, no obstante, otras fortalezas: autonomía frente a las elites gobernantes, horizontalidad organizativa, capacidad de erigir una política de identidad basada en el género, mayor acceso a foros internacionales, etc.

La presente investigación me permitió demostrar que, en efecto, la autonomía organizacional y de recursos frente al Estado es elemental; así como lo es la autonomía frente al financiamiento internacional. Sin embargo, estas afirmaciones requieren de algunos matices. Primeramente, considero que la autonomía frente al Estado no anula automáticamente las posibilidades de cooperación con el mismo. Dicho de otra forma, un movimiento de mujeres autónomo bien puede

cooperar con las elites gobernantes y ganar con ello efectividad. Esto, evidentemente, dependerá de qué elites estén en el poder y de las políticas de género que impulsen. En segunda, es importante reconocer que el modelo de onegeización presenta debilidades no necesariamente vinculadas con la dependencia de recursos, sino con sus modos de operación.

En cuanto al primer punto, si bien la autonomía frente al Estado es necesaria porque, como se vio en los tres capítulos históricos, las elites gobernantes apoyan al movimiento si y sólo si éste se ajusta a sus necesidades y objetivos; es un hecho que cuando existen coincidencias en las agendas puede darse una cooperación útil, no sólo para el Estado, sino para el movimiento.

Por ejemplo, durante la primera ola, las sufragistas mantuvieron una relación de cooperación con las elites liberales que rindió frutos sobre todo en los rubros de educación, trabajo y derechos matrimoniales. No fue así sin embargo en lo relacionado a su principal demanda: el voto. Este les fue otorgado, en el afán de beneficiar a un debilitado régimen somocista, hasta 1955. La autonomía de estas mujeres frente a los liberales era nula, así es que literalmente tuvieron que esperar un siglo para que se diera esta coincidencia. La política de género de estas elites era limitada, a pesar de tratarse del partido más progresista durante esta etapa. Es decir, si las sufragistas hubieran sido autónomas en sus recursos y organización, habrían tenido una mayor capacidad de cabildeo; pero, no habrían llegado muy lejos con una elite que seguía siendo claramente patriarcal.

Así mismo, durante la segunda ola las sandinistas se beneficiaron de su cooperación con el FSLN. No sólo por el apoyo que otorgó el gobierno a AMNLAE, principal organización del movimiento de mujeres en los setenta y ochenta, sino por los puntos que cubrían sus leyes y programas: desde justicia social para las mujeres de los barrios populares hasta campañas publicitarias que cuestionaban los roles tradicionales de género. Se trataba aquí de una elite gobernante mucho más progresista, que al menos en un principio, demostró genuinamente que quería llevar a cabo una revolución no sólo en términos de clases sino también en relación a cuestiones socioculturales. Los límites de la cooperación, sin embargo, aparecieron por la falta de autonomía de AMLAE. Cuando la guerra civil se agudizó y el FSLN exigió a todas sus organizaciones populares que cerraran filas, AMLAE no tuvo elección. Su agenda se redujo a la que imponía verticalmente el partido y sus actividades empezaron a replicar las de las otras organizaciones: defensa de la Revolución. Nuevamente la cooperación hubiera sido más benéfica si AMNLAE hubiera sido autónoma, con la ventaja que ofrecía el tener como interlocutor a un gobierno con una política de género mucho más acorde con los intereses del movimiento.

Finalmente, durante la tercera etapa, el movimiento logró su autonomía frente al Estado y frente a los partidos políticos. Ni sus recursos ni su organización dependen más de las elites gobernantes. Sin embargo, el movimiento se enfrentó a un gobierno, dirigido por Violeta Chamorro, con una política de género que afectó los objetivos del movimiento de mujeres desde dos frentes: el económico y el

social. Con el primero me refiero a los ajustes estructurales y la forma en que éstos perjudican directamente a las mujeres, y con el segundo al conservadurismo de Chamorro y su consecuente énfasis en los roles tradicionales de género. Los avances que se habían logrado en la década anterior se ven gravemente afectados por un gobierno que limita los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres y que promueve políticas abiertamente homofóbicas. A pesar de esto, el movimiento (en específico, la Red de Mujeres Contra la Violencia), halló espacios de cooperación con el gobierno de Chamorro, desde una posición de autonomía. Sin embargo, estos espacios no se tradujeron en una política de género más progresista por parte del gobierno. Los límites de la cooperación no los marcó la falta de autonomía de las miembros de la Red, sino el tipo de elite que estaba en el poder.

Con lo anterior quiero enfatizar que para que la cooperación y/o las alianzas entre el movimiento de mujeres y las elites gobernantes sean fructíferas, se requiere de la confluencia de dos factores: la autonomía organizacional y de recursos del movimiento y una política de género progresista por parte de las elites gobernantes. Si se presenta la primera sin la segunda, los alcances serán limitados por el tipo de políticas que ese gobierno estará dispuesto a impulsar (como en el caso de la Red). Si se presenta la segunda sin la primera, eventualmente alguna situación coyuntural hará que los intereses del movimiento pasen a un segundo o tercer plano en el orden de prioridades del gobierno (como sucedió con AMLAE). En ninguno de los tres momentos presentados en esta investigación coincidieron ambos factores y de hecho en la primera etapa no está presente ninguno de los dos. Sin embargo, esta afirmación permite hacer una reflexión en perspectiva y delinear posibles escenarios para el movimiento de mujeres nicaragüense protagonizado actualmente por las mundializadas.

En cuanto al segundo punto, la oenegización del movimiento de mujeres y sus límites, considero que así como alguna vez el feminismo fue crítico de la izquierda, supo ubicar sus fallas y desafiar su estructura, así mismo debe cuestionar el orden actual y enfrentar la visión condescendiente que se tiene sobre la “sociedad civil.” Esta última categoría, otrora relacionada con la participación activa de todos los sectores de la población, se ha vuelto sinónimo de cualquier acción de las ONGs, sin importar si éstas involucran a cuatro o a cien personas de manera directa. En este sentido, el movimiento de mujeres tiene que reflexionar sobre los límites que tiene organizarse sólo desde ese espacio llamado sociedad civil. Como planteé en la introducción de la presente tesis, cuando este concepto implica la participación directa de los sectores populares, la capacidad transformadora del movimiento es mucho mayor, pues no se erigen como representantes del resto de las mujeres sino que permiten que sean ellas mismas las que resuelvan sus necesidades. Así como las sandinistas de AMLAE en su momento supieron involucrar a las mujeres de los barrios, de las universidades y de los sindicatos, así mismo hoy la Red tendría que aprovechar su horizontalidad para dejar de ser un movimiento de elite y recuperar su carácter popular. Es necesario que el movimiento de mujeres, no

sólo en Nicaragua, sino en el resto de América Latina, replantee sus alcances y recupere su capacidad transformadora.

Finalmente, considero que una lección importante que arroja el movimiento de mujeres en Nicaragua es la manera en la que una política de identidad basada en el género puede ser una estrategia efectiva para deslindarse de agendas partidistas y hacer extensivo un llamado a todas las mujeres, independientemente de su afiliación. Fueron sobre todo las feministas nicaragüenses las que construyeron el nuevo significado de “ser mujer” en Nicaragua. Uno desligado del partido o del gobierno, uno alejado del individualismo que etiqueta a todos los ciudadanos por igual. La presente tesis me permitió recorrer la historia de todas aquellas que rompieron el silencio y decidieron hablar desde el nosotras. Fue así, un ejercicio para hilar la memoria colectiva del movimiento de mujeres nicaragüenses, con ese *hilo ciego* que describe Ana Ilce Gómez, poeta nicaragüense, en el siguiente poema.

### **Mujeres con guitarra**

Hay muchas mujeres lapidadas a lo largo  
de la historia.  
Su vida fue de jaurías y de toros rabiosos  
de sangre alzada  
de mordeduras largas.

Mujeres que le devolvieron al mundo  
la embestida,  
que se inmolaron o tuvieron que matar  
para seguir viviendo,  
esas que en la hora más oscura  
roturaron el campo con sus uñas  
para que vos y yo pasemos.

Hondas mujeres  
que quizás una lenta madrugada  
marcharon al fuego o a la horca  
por cosas tales como desordenar  
el orden público  
por inventar una nueva manera de descifrar  
la vida  
por tener voz  
o por infieles  
o ateas.

Ellas ya no están. Sus cabezas reposan  
sobre un siglo o dos. Sus ojos  
ya no existen.

Pero de ellas perdura una hebra sutil  
un hilo ciego que sin saberlo  
nos hace crecer y despertarnos en la noche  
con unas ganas inmensas de vivir  
de derribar todos los muros  
de desafiar todas las hogueras  
así como de amar y de pulsar  
todas  
toditas las guitarras de la tierra.

## Anexo 1

Ejes temáticos e históricos			
	1era ola: las sufragistas	2da ola: las sandinistas	3er momento: las mundializadas
	(Fines del siglo XIX y principios del XX)	(Décadas de 1970 y 1980)	(Primera mitad década de 1990)
	<i>Nivel internacional</i> : movimiento sufragista en Europa y llegada de ideas ilustradas a América Latina con gobiernos liberales/ <i>Nivel nacional</i> : gobiernos liberales y dictadura Somoza	<i>Nivel internacional</i> : movilizaciones populares en América Latina, los "nuevos movimientos sociales"/ <i>Nivel nacional</i> : revolución sandinista y movimientos populares	<i>Nivel internacional</i> : llegada de gobiernos neoliberales a América Latina, ajustes estructurales/ <i>Nivel nacional</i> : gobierno de Violeta Chamorro, agenda neoliberal en lo económico y conservadora en lo social
<b>Autonomía organizacional (relación con el Estado)</b>	Cooperación con los gobiernos liberales, incluyendo la dictadura Somoza. Dependencia institucionalizada en el ALA Femenina del Partido Liberal	Cooperación con el gobierno sandinista. Dependencia institucionalizada en AMLAE	Autonomía manifiesta en actuación del movimiento fuera del Estado, a través de ONGs. Cooperación parcial con el gobierno de Chamorro, pero sin aliarse al partido en el poder (UNO).
<b>Autonomía de recursos (fuentes de financiamiento)</b>	Dependencia de recursos del Partido Liberal	Dependencia de recursos del Frente Sandinista de Liberación Nacional	Dependencia de recursos fuera del Estado: financiamiento internacional
<b>Agenda/ demandas</b>	Agenda liberal vinculada a derechos a nivel formal Ejemplos: voto, trabajo, educación, derechos matrimoniales	Agenda feminista y socialista Ejemplos: revolución, pobreza, ayuda a sectores populares, violencia intrafamiliar, trabajo social en barrios populares	Agenda feminista más clara, sin tintes de partidos políticos Equidad de género, derechos humanos, violencia intrafamiliar, sexualidad, salud reproductiva
<b>Tipo de organización</b>	Elite/ vertical	Popular/ vertical	Elite/horizontal
<b>Política de identidad</b>	"Las sufragistas"	"Las sandinistas"	"Las mujeres"/"las mundializadas"
<b>Composición social</b>	Clase media alta, educadas, burguesas	Clases populares, clases medias, con o sin educación, carácter más heterogéneo	Las movilizadas: clase media, educadas, especialistas Las beneficiadas: clases populares
<b>Elites gobernantes/ política de género</b>	Liberales: discurso ilustrado, las mujeres como individuos iluminados. Política de género: participación de las mujeres para construir la nueva sociedad (portadoras de los nuevos valores)	Sandinistas: discurso socialistas, las mujeres como las compañeras de la revolución. Política de género: participación de las mujeres desde las trincheras y como madres de los soldados de la revolución	Chamorro: discurso neoconservador, las mujeres como madres y esposas abnegadas. Política de género: vuelta de las mujeres a los hogares y encargadas de reunificar a las familias nicaragüenses

## Bibliografía

AGUILAR T. Ana Leticia y Otras, *Movimiento de mujeres en Centroamérica*, Managua: Las Dignas, 1997.

AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Para comprender el mundo actual: una gramática de larga duración*, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003.

AMORÓS, Celia, “Presentación (que intenta ser un esbozo del status questionis)”, en Celia Amorós (editora): *Feminismo y Filosofía*, Madrid, Editorial Síntesis, AÑO

ASTELARRA, Judith, *¿Libres e iguales? Sociedad y política desde el feminismo*, Chile, CEM Ediciones, 2003.

BABB, Florence, “Negotiating Domestic and Social Spaces: Gender and Power in Post-1990 Nicaragua,” Memoria del simposio *Struggles for Social Space: Gender and Power in Latin America* durante el XIII Congress of the International Union of Anthropological and Ethnological Sciences, México, Julio, 1995, (en prensa).

BELTRÁN, Elena y Maquieira Virginia (eds), *Feminismos, Debates teóricos contemporáneos*, Madrid, Alianza Editorial, 2001

BERIAIN, Josetxo y Iturrate, José Luis (editores), *Para comprender la teoría sociológica*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1998.

CALDERÓN, Fernando, “Los movimientos sociales en América Latina: entre la modernización y la construcción de la identidad”, en Fernando Quesada (ed.), *Filosofía política I: Ideas políticas y movimientos sociales*, Madrid: Editorial Trotta, 2002, pp. 187-202.

CAMPUZANO, Luisa, “Ser cubanas y no morir en el intento” en Rafael Hernández (comp.), *Sin urna de cristal*, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003, pp.75-86.

CENTRO DE INVESTIGACIÓN CENZONTLE, *Un marco conceptual para el análisis del poder de las mujeres*, Managua: Cenzontle, 1991.

CHÁVEZ Meteoyer, Cynthia, *Women and the State in Post-Sandinista Nicaragua*, London, Lynne Rienner Publishers, 2000.

COBO, Rosa, *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean-Jaques Rousseau*, Madrid, Editorial Cátedra, 1995.

COBO DEL ARCO, Teresa, *Políticas de Género durante el Liberalismo: Nicaragua 1893-1909*, Managua, Ed. UCA, 2000.

COHEN, Jean L.; Arato, Andrew, “Los movimientos sociales y la sociedad civil” en *Sociedad Civil y Teoría Política*, México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

CRICQUILLION, Ana, “The Nicaraguan Women’s Movement: Feminist Reflections from Within” en *The Politics of Survival: Grassroots Movements in Central America*, Nueva York, Ed. Minor Sinclair, 1995.



DEERE, Carmen Diana y León, Magdalena *Género, Propiedad y Empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, México, UNAM-FLACSO, 2002.

DE BARBIERI, Teresita, “Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género” en Laura Guzmán Stein y Gilda Pacheco Oreamuno (comp.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*, Costa Rica, IIDH-ASDI- Comisión de la Unión Europea, 1997.

DOMÍNGUEZ, Jorge I., *Technopols. Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990's*, Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania, 1997.

FERNÁNDEZ Poncela, Ana María,, *Mujeres, Revolución y Cambio Cultural*, México: Biblioteca Anthropos-UAM, 2000.

GARCÍA CASTRO, Mary, “Mujer y feminismos en tiempos neoliberales en América Latina. Balance y utopías de fin de década: ecos de Brasil,” Conferencia en Latin American Studies Association (LASA), Chicago, Illinois, 24-26 de septiembre, 1998.

GARGALLO, Francesca, *Ideas feministas latinoamericanas*, México, Universidad de la Ciudad de México, 2004.

GONZÁLEZ, Cristina, *Autonomía y Alianzas: el movimiento feminista en la ciudad de México, 1976-1986*, México: UNAM, 2001.

GONZÁLEZ, Victoria, *Josefa Toledo de Aguerri (1866-1962) and the forgotten history of Nicaraguan feminism, 1821-1955*, (en prensa).

GONZÁLEZ, Victoria y Kampwirth, Karen (comp.), *Radical women in Latin America. Left and Right*, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2001.

HAWKESWORTH, Mary E., “Democratization: Reflections on Gendered Dislocations in the Public Sphere”, en Rita Mae Nelly (eds), *Gender, Globalization & Democratization*, Oxford, Rowman & Littlefield Publishers, 2001, p. 223-236.

HERRERA, Martina, “Estudio de caso: Red de Mujeres contra la Violencia, Nicaragua,” ponencia presentada en el *Simposio 2001 Violencia de género, salud y derechos en las Américas*, Cancún, México, junio 4 al 7 de 2001.

HOSTETLER, Sharon, Lynen, JoAnn y otros, *A High Price to Pay: Structural Adjustment and Women in Nicaragua*, Witness for Peace, Washington, 1994.

HOUTART, François, “La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo,” en José Seoane y Emilio Taddei (comp.), *Resistencias mundiales: de Seattle a Porto Alegre*, Buenos Aires, Ed.Clacso, 2001.

ISBESTER, Katherine, *Still Fighting. The Nicaraguan Women's Movement, 1977-2000*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2001.

JENKINS, Richard, *Social Identity*, Nueva York, Routledge, 1996.

KABBER, Naila, “From Feminist Insights to an Analytical Framework: an Institutional Perspective on Gender Inequality”, (en prensa).

LAMAS, Marta, "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría 'género'", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Ed. Porrúa-PUEG, 1996.

LANCASTER, Roger N., *Life is Hard: Machismo, Danger and the Intimacy of Power in Nicaragua*, Berkeley, University of California Press, 1992.

LYCKLAMA á Nijeholt, Geertje; Vargas, Virginia; Wieringa, Saskia (comp.), *Triángulo de poder*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.

LOZANO, Lucrecia, *De Sandino al triunfo de la Revolución*, México: Siglo XXI, 1989.

MEYNEN, Wichy y Vargas, Virginia, *La autonomía como estrategia para el desarrollo desde los múltiples intereses de las mujeres*, (en prensa).

MACKINNON, Catherine A., *Hacia una teoría feminista del Estado*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1989.

MARDONES, José María (coord.), *Diez palabras clave sobre movimientos sociales*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1996.

MARTÍNEZ, Alicia Inés, "Un vínculo en tensión: políticas públicas y diferencias genéricas", en Alicia Inés Martínez (comp.), *Mujer, gobierno y sociedad civil, Políticas en México y Centro América*, México, FLACSO, 1993. pp. 7-50.

MATO, Daniel (coord.), *Teoría y Política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Caracas, Nueva Sociedad, 1994.

MCADAM, Doug, *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago, The University of Chicago Press, 1982,

MOLYNEUX, Maxine, "Women in Socialist Societies: Problems of Theory and Practice", en Kate Young, Wolkowitz and Mc Collagh (eds), *Of Marriage and the Market: Womens Subordination Internationally and Its Lessons*, Londres, Routledge, 1984, pp. 55-90.

MONTENEGRO, Sofía, "Movimiento de Mujeres y Estado Nicaragüense," en *Memoria del Primer Encuentro de Mujeres Líderes: Incidencia Política del Movimiento de Mujeres en Nicaragua*, Managua, Prolid-Red Alforja-Cantera, 2002.

MURGUIALDAY, Clara (coord.), *Feminario resultado del Encuentro "Relaciones Internas en el Movimiento de Mujeres"* que se realizó los días 2 y 3 de octubre de 1992 en Matagalpa, Nicaragua, (en prensa).

OLIVERA, Mercedes y Fernández, Anna María, "Subordinación de género en las organizaciones populares nicaragüenses", en Mercedes Olivera, Anna María Fernández y Carlos Vilas (coord.), *Democracia emergente en Centro América*, México: UNAM, 1993.

PATEMAN, Carole, *The sexual contract*, Standford, Standford University Press, 1988.

PATERNOSTRO, Silvana, *En la tierra de dios y del hombre: hablan las mujeres de América Latina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001.

- RANDALL, Margaret, *Todas estamos despiertas: testimonios de la mujer nicaragüense*, México: Siglo XXI, 1981.
- RANDALL, Margaret, *Gathering Rage: The Failure of Twentieth Century Revolutions to Develop a Feminist Agenda*, Monthly Review Press, 1993.
- RANDALL, Margaret, *Sandino's Daughters Revisited, Testimonies of Nicaraguan Women in Struggle*, New Jersey: Rutgers University Press, 1994.
- RANDALL, Margaret, *Sandino's Daughters*, New Jersey: Rutgers University Press, 1995.
- RIVERA Garretas, María Milagros, *Nombrar el mundo en femenino: pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Barcelona, Editorial Icaria, 1994.
- ROUQUIÉ, Alain, *Las fuerzas políticas en América Central*, México: FCE, 1994.
- SALTALAMACCHIA, Natalia, Pisan, Francis y Tickner, Arlene, *Redes Transnacionales en la Cuenca de los Huracanes*, (en prensa).
- SÁNCHEZ Olvera, Alma Rosa, *El feminismo mexicano ante el movimiento urbano popular. Dos expresiones de lucha de género (1970-1985)*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 2002.
- SUÁREZ GARCÍA, Xanthis, *Adelante Mujeres Construyamos el Futuro*, Managua: Grupo Emigdio Suárez Ediciones, 2000.
- TARRES, María Luisa, (coord.), *Género y Cultura en América Latina*, México, Colegio de México, 1998.
- TRAÑA Galeano, Marcia, *Apuntes sobre la historia de Managua*, Managua, Printart Editores, 2000.
- VARGAS, Virginia, "Los feminismos latinoamericanos y sus disputas por una globalización alternativa," en Daniel Mato (coord.), *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*, Caracas, FACES-UCV, 2003, pp. 193-217.
- VILAS, Carlos (coord.), *Democracia emergente en Centroamérica*, México, UNAM-CEICH, 1993.
- ZEBADÚA Yáñez, Verónica Alicia, *¿Lo personal es político?: un panorama del concepto de "lo político" en la teoría feminista*, Tesis, México: ITAM, 2001.

## **Hemerografía**

- ACOSTA- BELÉN, Edna y E. Bose, Christine, "From Structural Subordination to Empowerment: Women and Development in Third World Contexts", *Gender & Society*, Vol. 4, No. 3, 1990, pp. 299-320.
- ALVAREZ Suárez, Mayda "Mujer y poder en Cuba", en *Revista Temas*, no. 14, 1998, pp. 13-25.

- BABB, Florence, "After the Revolution: Neoliberal Policy and Gender in Nicaragua," en *Latin American Perspectives*, Vol. 23, No.1, 1996, pp. 27-48.
- BONDI, Liz, "Ubicar las políticas de la identidad", en *Debate Feminista*, Año 7, Volumen 4, México, 1996, pp. 14-37.
- BUTLER, Judith, "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista" en *Debate Feminista*, Año 9, Vol. 18, 1998, pp. 296-314.
- BUTLER, Judith y Laclau, Ernesto, "Los usos de la igualdad" en *Debate Feminista*, Año 10, Vol. 19, 1999, pp. 115-139.
- COCHRAN, August B. y Scott, Catherine V., "Class, State and Popular Organization in Mozambique and Nicaragua", en *Latin American Perspectives*, Vol. 129, No. 2, 1992, pp. 105-124.
- CONNELL, R. W., "The State, Gender, and Sexual Politics: Theory and Appraisal", en *Theory and Society*, Volumen 19, 1990, pp. 507-544.
- CORAGGIO, José Luis y Irvin, George, "Revolution and Democracy in Nicaragua" en *Latin American Perspectives*, Vol. 12, No. 2, 1985, pp. 23-38.
- CURIEL, Ochy, "Identidades esencialistas o construcción de identidades políticas: el dilema de las feministas negras", [http://www.creatividadfeminista.org/articulos/fem\\_2003\\_negras.htm](http://www.creatividadfeminista.org/articulos/fem_2003_negras.htm)
- DELGADO, Violeta, "La Red de Mujeres contra la Violencia pasó ya varias pruebas de fuego," *Revista Envío*, Número 253, 2003.
- EINWOHNER, Rachel L.; Hollander, Jocelyn A.; y Olson, Toska; "Engendering social movements: cultural images and movement dynamics" en *Gender & Society*, Vol. 14, No. 5, 2000, pp. 679-699.
- EWIG, Christina, "The Strengths and Limits of the NGO Women's Movement Model: Shaping Nicaragua's Democratic Institutions", *Latin American Research Review*, Vol. 343, No. 3, 1999, pp. 75-102.
- FALQUET, Jules, "Mujeres, feminismo y desarrollo: un análisis crítico de las políticas de las instituciones internacionales," en *Revista Desacatos*, número 11, 2003, pp. 13-35.
- FISHER, William F., "Doing Good? The Politics and Antipolitics of NGO Practices," en *Annual Review of Anthropology*, Vol. 26, 1997, pp. 439-464.
- GARCÍA Castro, Mary y Hallewell, Laurence, "Engendering Powers in Neoliberal Times in Latin America: Reflections from the Left on Feminists and Feminisms," en *Latin American Perspectives*, Vol. 28, No. 6, 2001, pp. 17-37.
- HOBSON, Bárbara y Lindholm, Marika, "Collective Identities, Women's Power Resources, and the Making of Welfare States", en *Theory and Society*, Volumen 26, 1997, pp. 475- 508.
- KAMPWIRTH, Karen, "The Mother of the Nicaraguans: Doña Violeta and the UNO's Gender Agenda," en *Latin American Perspectives*, Vol. 23, No.1, 1996, pp. 67-86.

KAMPWIRTH, Karen, "Feminism, Antifeminism, and Electoral Politics in postwar Nicaragua and El Salvador," en *Political Science Quarterly*, Vol. 113, No.2, 1998, pp. 259-279.

LEFF, Nathaniel, "Economic Retardation in Nineteenth-Century Brazil", *Review of Economic History*, 1972, pp. 484-507.

Luciak, Ilja A., "Gender Equality and Electoral Politics on the Left: A comparison of El Salvador and Nicaragua", en *Journal of International Studies and World Affairs*, Vol. 40, No. 1, 1998, pp. 39-66.

MARX FERREE, Myra y Merrill, David A., "Hot movements, cold cognition: Thinking about social movements in gendered frames", en *Contemporary Sociology*, Vol. 29, No. 3, mayo 2000, p. 454-463.

MIDLARSKY, Manus I. y Roberts, Kenneth, "Class, State and Revolution in Central America: Nicaragua and El Salvador compared", *The Journal of Conflict Resolution*, Vol 28, No. 2, 1985, pp. 163-193.

MOLYNEUX, Maxine, "Mobilization without emancipation" Women's Interests, the State and Revolution in Nicaragua" en *Feminist Studies*, No. 2, 1985, pp. 227-254.

MOSER, Caroline O. N., "Gender planning in the Third World: Meeting practical and strategic gender needs", *World Development*, Vol. 17, No. 11, 1989, pp. 1799-1825.

MOUFFE, Chantal, "Por una política de la identidad nómada", en *Debate Feminista*, Año 7, Volumen 4, México, 1996, pp. 3-14.

POLLETTA, Francesca; Jasper, James M; "Collective identity and social movements" en *Annual Review of Sociology*, Vol. 27, 2001, pp. 283-306.

REIF, Linda, "Women in Latin America Guerrilla Movements: A Comparative perspective", en *Comparative Politics*, Vol. 18, No. 2, 1986, pp. 147-169.

RUCCIO, David F., "State, Class and Transition in Nicaragua", en *Latin American Perspectives*, Vol. 15, No. 2, 1988, pp. 50-71.

SAFA, Helen Icken, "Women's Social Movements in Latin America," en *Gender & Society*, Vol. 4, No. 3, 1990, pp. 354-369.

STOLTZ CHINCHILLA, Norma, "Mobilizing Women: Revolution in the Revolution", en *Latin American Perspectives*, Vol. 4, No. 4, 1977, pp. 82-102.

----, "Class Struggle in Central America: Background and Overview", *Latin American Perspectives*, Vol. 5, No. 2, 1980, pp. 2- 23.

----"Revolutionary Popular Feminism in Nicaragua: Articulating class, gender and sovereignty," en *Gender and Society*, Vol. 4, No. 3, 1990, pp. 370-397.

----, "Marxism, Feminism and the Struggle for Democracy in Latin America", en *Gender and Society*, Volumen 5, No. 3, 1991, pp. 291-310.

WAYLEN, Georgina, "Women and Democratization: Conceptualizing Gender Relations in Transition Politics", en *World Politics*, Vol. 46, No. 3, 1994, pp. 327-354.

### **Publicaciones electrónicas**

Creatividad Feminista

<http://www.creatividadfeminista.org>

*Revista Envío.*

<http://www.envio.org.ni>

Revista *La Boletina*,

Editorial Puntos de Encuentro

<http://boletina.puntos.org.ni>